

En territorio enemigo



Jack Conrad

Publicado originalmente en inglés como *In the Enemy Camp. Using parliament for revolution* (1993)

Traducción a cargo de Ediciones Extáticas y sus colaboradores. Agradecemos a quienes han hecho posible la publicación de este libro.

ISBN: 978-84-317-0616-6

Ediciones Extáticas

edextaticas@riseup.net / edicionesextaticas.noblogs.org

Ni copyright, ni copyleft, ni propiedad intelectual.

De todos para todos.

Los editores alientan la reproducción y difusión de este texto bajo los medios necesarios.

Este texto fue editado y maquetado en algún rincón de lo que se conoce como Madrid, en marzo de 2026.

Prefacio

El mundo se encuentra en medio de un periodo de reacción y Gran Bretaña no se encuentra en medio de una revolución. No obstante, como explica Jack Conrad, esto no significa que, cuando se celebren las elecciones, debamos limitarnos a elegir entre partidos burgueses, optando por el que parece el mal menor. Sugerir que debemos hacerlo es seguir, consciente o inconscientemente, los pasos de los mencheviques, quienes imaginaban que en Rusia el partido del capitalismo liberal, el partido de los *kadetes*, era la clave del progreso. Nuestro camarada muestra de manera elocuente que hoy la izquierda oportunista en Gran Bretaña ha asignado ese papel al Partido Laborista.

Las organizaciones de la izquierda oportunista en Gran Bretaña tienen una prioridad principal y absoluta: sacar a los conservadores del poder. Para ellos, eso solo se puede lograr apoyando al Partido Laborista. Así que, cuando llegaron las elecciones generales de abril de 1992, hicieron la vista gorda ante el corrupto historial antiobrero de los laboristas y su compromiso abierto y sin pudor de mantener el capitalismo, y actuaron lealmente como soldados de Kinnock.

Los marxistas auténticos no fomentan ilusiones en torno al laborismo. Lo que Gran Bretaña necesita es socialismo. Lograr eso significa luchar por una política independiente de la clase trabajadora, lo que a su vez implica refundar el Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB), ganando para él —no para el Partido Laborista— la posición de partido natural de la clase trabajadora. Con ese objetivo nos presentamos a las elecciones generales de abril de 1992. Nuestra campaña representó una etapa sumamente significativa y necesaria en la lucha por refundar el PCGB; proporcionó una oportunidad inestimable para desafiar al laborismo y presentar, de manera verdaderamente masiva, el programa del comunismo. Los

4 JACK CONRAD

detalles de todo esto, en especial sobre el trasfondo teórico e histórico del trabajo comunista en el Parlamento y en las elecciones parlamentarias, se encuentran en el folleto del camarada Jack Conrad. Dada la actual confusión ideológica en la izquierda, creemos que actuará como un soplo de aire fresco y revitalizador.

Comité Central Provisional
Partido Comunista de Gran Bretaña
Diciembre de 1992

Introducción

Para los comunistas —es decir, los comunistas reales, en contraposición a los «oficiales» o falsos comunistas—, las elecciones al Parlamento burgués son una cuestión secundaria. No consideramos los comicios como el motor de la historia ni como la fuerza que impulsa el movimiento político de las naciones y los pueblos. Tal como dejaron claro Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, son las «luchas de clases», hasta llegar a la revolución, las que constituyen el «movimiento histórico que acontece ante nuestros ojos».¹

Esto no significa, empero, que seamos indiferentes ante las elecciones. Mientras amplios sectores de la población trabajadora mantengan ilusiones sobre las posibilidades del Parlamento, «consideramos que es deber del Partido Comunista» presentar candidatos, «ya que queremos utilizar todas las vías posibles para propagar las ideas del comunismo».²

Conviene decir que muchos en la izquierda británica apenas rinden un homenaje meramente de palabra, si acaso, al enfoque marxista-leninista sobre las elecciones. Y eso es muy significativo. En las condiciones actuales, la «cuestión electoral» marca una de las principales divisiones dentro del movimiento de la clase trabajadora en nuestro país. La actitud ante las elecciones no solo define los polos *revolucionario* y *reformista* de nuestro movimiento obrero, también define, de modo diferente, el pusilánime centro «menchevique» que vacila entre ambos.

Para comprender por qué es así, por qué consideramos necesario presentar candidatos comunistas —incluso en competencia con los del Partido Laborista—, por qué antepo-

1. MARX&ENGELS, *Manifiesto del Partido Comunista*, Ediciones Extáticas, 2025, p. 82.

2. JACK CONRAD, *Which Road?*, 1991, p. 97.

la reconstrucción del Partido Comunista y la conciencia de los trabajadores avanzados a la cuestión de quién gobierna Gran Bretaña y por qué no nos importa en absoluto la indignación centrista del «van a dividir el voto», no hay mejor manera que comenzar examinando el Parlamento y las elecciones a la luz tanto de la teoría marxista como de la historia del comunismo.

Debe decirse que, mientras algunos se enorgullecen de su desdén hacia la teoría y la historia, nosotros adoptamos una postura muy distinta. Sin teoría marxista no puede existir un movimiento marxista. Esa es una máxima que la mayoría aceptaría. Pero ¿qué ocurre con la historia? Está claro que no buscamos crear una imagen idealizada del pasado. No, para nosotras la experiencia histórica es la gran maestra de nuestro movimiento. Comprender la historia significa aprender de los avances y fracasos del pasado, con el propósito de guiarnos hacia nuestra autoemancipación definitiva.

Como escribió una vez el gran Franz Mehring:³ «El proletariado tiene, frente a todos los demás partidos, la ventaja de poder extraer constantemente nuevas fuerzas de la historia de su propio pasado, para librar mejor sus luchas presentes y alcanzar el nuevo mundo del futuro».

Al examinar en este folleto la historia de la actitud de nuestro movimiento hacia el Parlamento y el uso que ha hecho de las elecciones, buscamos precisamente extraer nuevas fuerzas para las batallas que aún tenemos por delante.

3. FRANZ MEHRING (1846-1919): Autor de una destacada biografía de Karl Marx y figura clave en la formación del Partido Comunista de Alemania.

1. El Parlamento

La mejor manera de comenzar nuestro debate sobre la «cuestión electoral» es con el propio Parlamento. Al igual que los *états-generaux* franceses, el *rigsdag* sueco, el *landstande* alemán y las cortes españolas, el Parlamento inglés tuvo su origen en la contradicción endémica del feudalismo entre lo que más tarde se denominó el «derecho divino» de los reyes y el «derecho de resistencia» de los barones.¹ Durante el siglo XIII este «derecho de resistencia» creció hasta tal punto que los magnates baronales podían, mediante una rebelión concertada o una presión colectiva, exigir a «sus reyes que promulgaran actos de autolimitación».² La Carta de Ottokar en Estiria, la Carta Magna en Inglaterra, la Bula de Oro en Hungría y el Pacto de Koszye en Polonia tenían el objetivo común de «restaurar» las supuestas «antiguas libertades» de los nobles y, por ende, obtener una mayor parte del escaso plusvalor extraído de los campesinos oprimidos.

El poder dual, aunque sellado y santificado en cartas meticulosamente redactadas, demostró ser inherentemente inestable. Entre los barones irreprimibles y el rey inquebrantable, existía la amenaza siempre presente de una guerra civil. Por lo tanto, ambos grupos de ladrones, armados hasta los dientes, tenían un interés urgente en cortejar a la naciente clase mercantil y gremial. La riqueza y el poder de estos advenedizos habían crecido tanto que consideraban las contribuciones a las arcas del Estado «una ayuda que ellos mismos habían concedido en lugar de un impuesto que se les imponía».³ Esta creciente confianza en sí mismos explica perfectamente

1. MARC BLOCH, *Feudal society*, vol. 2, 1965, p. 466 [ed. cast.: *La sociedad feudal* (Akal, Madrid, 1986)].

2. J. C. HOLT, *Magna Carta*, 1992, p. 26.

3. RONALD BUTT, *A history of parliament*, 1989, p. 11.

la famosa decisión tomada en 1265 por el partido baronial de Simon de Montfort de convocar por primera vez al consejo a representantes de las ciudades, municipios y *Cinque Ports*,⁴ es decir, a «los ciudadanos o burgueses más rectos y discretos».⁵

Irónicamente, la entrada pasiva de la burguesía en la política acabó favoreciendo el «aspecto estrictamente individual del Estado».⁶ Con el poder central en sus manos, con las riendas profanas de la diplomacia, el tesoro y la casa de la moneda, el rey pudo ofrecer un contrato social más fiable y magistral que cualquier otro grupo baronial egoísta, especialmente después de que las principales familias lucharan entre sí hasta el agotamiento mutuo en la Guerra de las Dos Rosas.⁷

Desde el punto de vista constitucional, la integración de la burguesía en el Estado y la aplicación de la «clase» política tuvieron consecuencias inmediatas. Fundamentalmente, supuso la división del consejo del rey. Una rama consolidó en torno a sí las funciones ejecutivas mediante un personal asalariado fijo, que se reunía en la Cámara Estrellada.⁸ La

4. La alianza de los Cinco Puertos (*Cinque Ports*) era un grupo de importantes puertos marítimos situados en la costa sureste de Inglaterra, principalmente en los condados de Kent y Sussex. Su origen se remonta a la Edad Media, cuando estos puertos recibieron privilegios especiales —exenciones fiscales, autogobierno parcial y derechos comerciales— a cambio de proporcionar barcos y marineros al rey para la defensa naval del reino.

5. *Ibid.*, p. 110

6. G. W. F. HEGEL, *Philosophy of Right*, 1967, p. 181.

7. Guerra civil entre las casas de Lancaster y York por el trono inglés (1455-1487), que terminó con la victoria de Enrique VII y el inicio de la dinastía Tudor.

8. NdE: La *Star Chamber* era un tribunal inglés del siglo XVI cuyo objetivo principal eran los casos de calumnias y traición.

otra evolucionó hasta convertirse en un Parlamento amplio, normalmente anual, con dos cámaras: la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes.⁹

No hace falta decir que esta última cámara era un asunto plutocrático. Lejos del principio de «una persona, un voto», la cámara baja estaba formada y representaba a los ricos y bien relacionados, aquellos organizados en corporaciones altamente oligárquicas y exclusivas. Los obreros y campesinos no tenían cabida.¹⁰ Tanto los pares como los maestros de los gremios consideraban que nuestros antepasados solo servían para trabajar, pagar diezmos y, si era necesario, la horca.

A pesar de su estrecha base social entre las clases propietarias, se acabaría entendiendo que el Parlamento feudal no tenía derecho a dirigir la política, y mucho menos el poder de transformar la sociedad. Se toleraban las críticas, al menos si eran del tipo servil. Pero se esperaba la concesión de impuestos exorbitantes, que invariablemente se malgastaban en guerras aristocráticas, libertinaje y alianzas matrimoniales. Así pues, la invención del Parlamento en la Edad Media no fue el comienzo de la democracia que muchos historiadores modernos nos quieren hacer creer. Este Parlamento, tal y como señaló el propio Adam Smith, no tenía nada que ver con la soberanía popular, sino con las maniobras entre la corona y los barones.

Desde entonces, el Parlamento ha cambiado, por supuesto, tanto en sus funciones externas como internas. Externamente, la afirmación ampliamente aceptada de que a través del

9. Hasta el siglo XII «parlamento» significaba simplemente una «conversación» entre cualquier persona, desde reyes hasta amantes.

10. Hubo algunos lugares en Europa —Suecia, Dinamarca, Frisia Occidental y el Tirol— donde los campesinos lograron entrar en el Parlamento. Pero incluso en estos países, donde aún perduraban las tradiciones del comunismo primitivo y el Estado era débil, «las elecciones las celebraba una élite campesina» (A. R. MYERS, *Parliaments and Estates in Europe*, 1975, p. 26).

Parlamento se ejerce el gobierno popular le permite servir como una densa maraña de mistificación ideológica tras la cual se puede ocultar la realidad capitalista del estado actual en Gran Bretaña. El Parlamento y las expulsiones parlamentarias se utilizan de esta manera para obtener el consentimiento popular para la explotación de la mayoría por parte de unos pocos. Internamente, aunque el poder de las transnacionales, el primer ministro, el gabinete, los altos funcionarios y el MI5 supera con creces al de cualquier diputado de a pie, debido a sus propias contradicciones internas la burguesía considera que el Parlamento es un foro vital en el que sus diversas facciones y agrupaciones pueden negociar el poder, el clientelismo y la popularidad.

Hoy por hoy, el Parlamento se reúne bajo techos abovedados de un esplendor gótico, entre delicadas filigranas y gárgolas que parecen observarlo todo. Los procedimientos están colmados de reliquias feudales, desde las oraciones matutinas hasta los pares hereditarios.¹¹ Sin embargo, el Parlamento es una institución totalmente burguesa.¹² Debido a este hecho, fácilmente discernible pero fundamental y definitorio, afirmamos que, así como la burguesía agotó hace tiempo el

11. NdE: aunque tampoco sea un cambio completo de paradigma, hace seis días (se escribe esta nota el 17 de marzo de 2026) se ha aprobado una ley en Reino Unido que suprime el carácter hereditario de los escaños de la Cámara Alta, por lo que los 92 pares que aún gozaban de este estatus vitalicio abandonarán su puesto al cierre del actual periodo de sesiones.

12. Esto ha sido así desde mediados del siglo pasado. Engels, en un escrito de 1845, señala que «Lo que se llama el lado monárquico y aristocrático de la Constitución [inglesa] solo puede subsistir porque la burguesía tiene interés en su mantenimiento *aparente*; tanto lo uno como lo otro ya no tienen más que una existencia ficticia» (F. ENGELS, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, 1845, p. 314, marxists.org).

potencial progresista que una vez poseyó, también lo ha hecho el Parlamento (como veremos, esta afirmación se basa en mucho más que un simple razonamiento inductivo).

Aunque el Parlamento es una forma del Estado capitalista —y, por lo tanto, no es algo que pueda trasladarse al comunismo, que no conoce ni clases ni Estado—, la autoproclamada izquierda «sensata» de nuestro país se niega a reconocer la naturaleza reaccionaria del Parlamento. Al contrario, lo veneran y están dispuestos, como los aztecas modernos, a arrancar el corazón de la política independiente de la clase trabajadora con tal de apaciguar a su dios adoptivo. Así, para ellos, el Parlamento no es una institución burguesa, sino «el producto de los obstáculos pasados para la democracia»,¹³ un órgano que «expresa la soberanía del pueblo»¹⁴ y que, si «cuenta con el respaldo del poder movilizado del movimiento obrero», puede traer consigo el «socialismo».¹⁵

No nos plegamos ante este ni ante ningún otro santuario burgués. El Parlamento no es un templo de la liberación. Es, ante todo, una farsa. Es comprensible, pues, que William

13. PCGB, *British Road to Socialism*, 1978, p. 37.

14. TONY BENN, *Industry, technology and democracy*, 1978, p. 6. Vale la pena citar este pasaje en su totalidad:

La democracia parlamentaria que hemos desarrollado y establecido en Gran Bretaña no se basa en la soberanía del Parlamento, sino en la soberanía del pueblo, que, al ejercer su voto, cede sus poderes soberanos a los miembros del Parlamento para que los ejerzan en su nombre durante la duración de una sola legislatura, poderes que deben devolverse intactos al electorado al que pertenecen, para que los vuelva a ceder a los miembros del Parlamento que elija en cada elección general posterior.

No es de extrañar que Tony Benn quiera «un cambio importante en el poder entre el gobierno y los gobernados mediante el fortalecimiento del papel del Parlamento» (*ibid.*, p. 17).

15. BOB SEWELL, *Militant International Review*, otoño de 1986, p. 11.

Morris¹⁶ pensara que un destino adecuado para el elegante edificio de Charles Barry¹⁷ sería servir como «mercado de estiércol». ¹⁸ Como acabamos de decir, el Parlamento proporciona la mistificación democrática que oculta la realidad del poder en Gran Bretaña. Porque, aunque la gente se interesa bastante por las elecciones a su cámara baja e incluso por los intercambios gladiatorios que caracterizan sus debates preparados, el Parlamento no da poder a las masas. Francamente, quien «posee y controla los medios de producción vale más que cualquier número de elecciones generales». ¹⁹ Marx estaba en lo cierto cuando dijo que la democracia burguesa da a las masas la oportunidad de decidir «una vez cada tres o seis años qué miembro de la clase dominante habrá de representarlos falsamente» en el Parlamento. ²⁰

Esto, y no la llegada de una democracia genuina, la «integración de los sindicatos en el Estado» y la transformación de los trabajadores de súbditos en ciudadanos, es el significado de la constante ampliación del sufragio parlamentario desde que el Parlamento se abrió a la burguesía con la Ley de Reforma de 1832. Sí, es cierto que desde 1928, cuando las mujeres finalmente obtuvieron el derecho al voto a los 21 años, alrededor del 96% de las personas legalmente

16. Artista, diseñador, escritor y socialista británico. Fundador del movimiento *Arts&Crafts*, promovió el valor del trabajo artesanal frente a la producción industrial. Fue militante en la *Social Democratic Federation* (SDF) pero, tras el giro hacia el parlamentarismo y el nacionalismo impulsado por su fundador Henry Hyndman, Morris se separó de la organización junto con otros miembros destacados, entre ellos Eleanor Marx, para fundar la Liga Socialista [*Socialist League*].

17. Arquitecto inglés que diseñó el Palacio de Westminster tras el incendio de 1834.

18. WILLIAM MORRIS, *News from nowhere*, 1973, p. 257.

19. JACK CONRAD, *Which Road?*, 1991, p. 8.

20. A veces se traduce como quién los «representará y oprimirá» en el Parlamento.

definidas como adultas han tenido derecho a voto.²¹ Pero aunque esto da la apariencia de un gobierno de la mayoría, la esencia de la democracia parlamentaria no es diferente de cualquier otra forma de Estado burgués, como el *apartheid*, el totalitarismo fascista o la junta militar.

La esencia del Estado no son las funciones ajenas de proporcionar seguridad social o bienestar, y mucho menos «la realidad de la idea ética», como imaginaba Hegel.²² El Estado es, como demostró Marx, un órgano de dominio de clase, compuesto por organismos «especiales» de personas, como las fuerzas armadas, las prisiones y la burocracia. Existe para la represión de una clase por otra y opera mediante la legalización, la moderación y la organización de la lucha de una clase contra otra. El Estado surge cuando y en la medida en que los antagonismos de clase no pueden conciliarse, y su mera existencia demuestra que los antagonismos de clase son irreconciliables.

Antes y después del sufragio universal, la historia de Gran Bretaña muestra que ha existido una guerra civil permanente, no declarada e incipiente en este país. Por ejemplo, tras la Revolución Francesa, se acuartelaron soldados en todas las ciudades y pueblos industriales estratégicos. No estaban allí para salvarlos de una posible invasión, sino para protegerse contra una posible insurrección. Ciento cincuenta años más tarde, el mariscal de campo Lord Carver reconoció, en un extraño acto de honestidad oficial, que hasta justo antes de la Segunda Guerra Mundial «el ejército consideraba que su

21. En 1918 se aprobó la Ley de Representación del Pueblo (*Representation of the People Act*), que permitió votar a las mujeres mayores de 30 años que cumplían ciertos requisitos de propiedad. No fue hasta la Ley de Igualdad del Sufragio (*Equal Franchise Act*) de 1928 cuando las mujeres mayores de 21 años pudieron votar, alcanzando así los mismos derechos de voto que los hombres.

22. G. W. F. HEGEL, *Philosophy of Right*, (1967), p. 155.

función principal era mantener la ley y el orden en el país y consideraban la lucha en guerras extranjeras como su función secundaria».²³

La obra del brigadier Frank Kitson de 1971 sobre los disturbios civiles demuestra que poco ha cambiado. Escrita en un contexto de creciente combatividad industrial, estancamiento económico y situación revolucionaria en los Seis Condados,²⁴ su célebre obra *Low intensity operations* populariza, en la práctica, los planes contrarrevolucionarios del ejército.²⁵ El propósito y el tono general de su libro están diseñados para ganarse el apoyo de la clase media a la acción militar contra la «subversión». De manera reveladora, por subversión se refiere a «todas las medidas ilegales que no impliquen el uso de la fuerza armada», «presiones políticas y económicas, huelgas, marchas de protesta y propaganda», y, en general, aquellas medidas «emprendidas por un sector de la población de un país para derrocar a quienes gobiernan el país en ese momento, o para obligarlos a hacer cosas que no quieren hacer».²⁶

Entre el ejército, como último recurso, y el Parlamento, como primera línea de defensa, la burguesía cuenta con un sinfín de otras instituciones, leyes y tradiciones establecidas para proteger sus privilegios. Los tribunales, el sistema

23. DESMOND WILCOX, entrevista «Profile», *BBC TV*, 14 de agosto de 1979; parafraseado en TONY BENN, *Arguments for Democracy*, 1982, p. 7.

24. Irlanda del norte se encuentra dividida en Seis Condados: Antrim, Armagh, Down, Fermanagh, Londonderry y Tyrone.

25. FRANK KITSON, *Low intensity operations*, (1971), p. 3.

26. Ver *Operaciones terrestres*, vol. 3 – Operaciones contrarrevolucionarias. Ofrece una visión escalofriante del grado en que el ejército ha sido entrenado para hacer frente a «disturbios civiles derivados de conflictos laborales, antagonismos raciales y religiosos y tensiones sociales. Que saborean la revuelta o incluso la rebelión». En caso de disturbios sociales incontrolables, el ejército se uniría a la policía y a

bipartidista, la función pública, el Banco de Inglaterra, la Cámara de los Lores, la policía y los medios de comunicación están a su disposición para «controlar y equilibrar» cualquier derecho democrático. Además, la constitución británica no escrita le proporciona el mecanismo legal perfecto para cambiar rápidamente de forma. Haciendo uso de sus prerrogativas, la corona puede destituir a cualquier gobierno y disolver la Cámara de los Comunes en cualquier momento.²⁷ Al fin y al cabo, Gran Bretaña no es oficialmente una democracia parlamentaria. Es una monarquía.²⁸ Los ministros del

las autoridades civiles en un «triunvirato». Seguiría las siguientes seis directrices para impedir el éxito de una revolución:

- a) la aprobación de normas de emergencia para facilitar la realización de una campaña nacional;
- b) diversas medidas políticas, sociales y económicas destinadas a ganarse el apoyo popular y contrarrestar o superar cualquier cosa que ofrezcan los insurgentes;
- c) la creación de una organización eficaz para el control civil y militar conjunto a todos los niveles;
- d) la creación de una organización de inteligencia eficaz, integrada y de ámbito nacional, sin la cual las operaciones militares nunca podrán tener éxito;
- e) El fortalecimiento de la policía y las fuerzas armadas indígenas para que su lealtad sea incuestionable y su trabajo eficaz. Esto suele ser más fácil de decir que de hacer;
- f) medidas de control destinadas a aislar a los insurgentes del control popular» (extractos publicados en *Time Out*, 10 de enero de 1975).

27. En 1975 el primer ministro laborista australiano Gough Whitlam fue destituido por el representante de la reina, el gobernador general.

28. Hasta 1977 la Oficina Central de Información describía al Reino Unido como un «Estado monárquico». Por eso, lo que en este país se considera propiedad del Estado es, en realidad, propiedad de la Corona; por eso, las liquidaciones del impuesto sobre la renta se envían «al servicio de Su Majestad»; por eso, los procesos penales se llevan a cabo en nombre de «la Reina»; y por eso no hay bandera ni himno nacional, sino solo la bandera de la Unión y un himno real (ver IVOR JENNINGS, *The queen's government*, 1965).

gabinete, los miembros del Parlamento, los miembros de las fuerzas armadas, la policía y el poder judicial juran lealtad a la corona en lugar de al gobierno electo o al pueblo. Por eso, constitucionalmente, los ministros derivan su autoridad del hecho de haber sido nombrados miembros del Consejo Privado de la corona, y no de ser líderes del partido mayoritario en la Cámara de los Comunes.

Por supuesto, la forma en que la burguesía elige o se ve obligada a gobernar no es crucial. Lo que nos preocupa es el hecho de que, debido al capitalismo, la mayoría de la población, esclava de los salarios, vive con el miedo constante a la pobreza, mientras que una pequeña minoría gobierna y se enriquece mediante la explotación de su mano de obra. Por eso, los comunistas no nos hacemos ilusiones con el Parlamento burgués, ni tenemos la misión sagrada de mejorarlo uniéndonos a la cruzada de la reforma constitucional para las relaciones públicas, la abolición de la Cámara de los Lores y la elección de un presidente. Al igual que con la mentira de que la relación entre el capitalista y el trabajador es igualitaria, que no hay explotación si el capitalista da «un salario justo por un día de trabajo justo», nuestra tarea es arrancar todos los velos de la democracia detrás de los cuales la burguesía esconde su dominio. Debemos abrir los ojos de las masas a la realidad del Estado burgués, en preparación para el «momento crítico, el combate decisivo».²⁹ Eso es exactamente lo que nuestro trabajo electoral está diseñado para facilitar.

Porque, aunque en nuestra sociedad las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes, esto no significa que no haya descontento. Sin duda lo hay. Incluso en tiempos «normales», tiempos que no se caracterizan por crisis económicas y políticas, un gran número de personas, cuando no la

29. F. ENGELS, *Introduction to Marx's The Class Struggle in France*, en MARX&ENGELS, SW, 1968, p. 666.

mayoría, están insatisfechas con sus vidas. La discriminación nacional y sexual, los bajos salarios, los despidos, la contaminación, el aumento de los precios, de los impuestos fiscales, la tendencia belicista; todo ello provoca movimientos que tienen el potencial de romper la coraza de la legalidad burguesa.

Aquí es donde entra en juego el sistema bipartidista, con su siempre presente partido de oposición al gobierno, listo para tomar el relevo,³⁰ tal como señaló Lord Balfour, primer ministro conservador entre 1902 y 1906, en su introducción al clásico de Walter Bagehot de 1867, *La constitución inglesa*:

Nuestros gabinetes de oposición, aunque pertenecen a partidos diferentes, nunca han discrepado sobre los fundamentos de la sociedad. Y es evidente que toda nuestra maquinaria política presupone un pueblo tan fundamentalmente unido que puede permitirse discutir con seguridad, y tan seguro de su propia moderación que no se ve peligrosamente perturbado por el incesante estruendo del conflicto político.³¹

A través del sistema bipartidista el descontento puede ser reconducido de forma segura mediante la esperanza y tal vez la consecución de llevar el partido alternativo al poder. Cuando ese partido forma un gobierno, es evidente, eso no significa el derrocamiento del sistema y el fin de todos sus males. Lo

30. La «mayor contribución del siglo XIX al acto de gobernar», según afirmó el profesor Lowell de Harvard en su «tratado anterior a 1914» sobre la constitución británica, fue «la de un partido fuera del poder que es reconocido como perfectamente leal a las instituciones del Estado y dispuesto a asumir el cargo sin alterar las tradiciones políticas de la nación» (citado en JOHN GOLLAN, *The British political system*, 1954, pp. 19-20).

31. WALTER BAGEHOT, *The English Constitution*, 1974, pp. xxiii-xxiv.

único que ocurre es que el velo ideológico cambia de color; la realidad capitalista sigue siendo la misma, al igual que el inevitable y constante peligro de guerra y recesión.

La aparición del Partido Laborista no cambió nada. Tampoco lo hizo su sustitución del Partido Liberal como partido de oposición al gobierno. A pesar de las disputas y el «ruido interminable del conflicto político» entre ellos, los laboristas y los conservadores no son diferentes cuando se trata de defender al imperialismo británico y los «fundamentos de la sociedad» capitalista. La razón del comportamiento aparentemente extraño del Partido Laborista —«extraño» dada su base en la clase trabajadora y sus afiliados sindicales— se explica por completo con su programa político, su liderazgo y sus formas organizativas, todo lo cual lo convierte en un partido obrero burgués reaccionario.

El «debate» de las elecciones generales de 1992 entre el Partido Laborista y el Partido Conservador fue un ejemplo perfecto del papel del sistema bipartidista. Según Kinnock,³² la oscilación a la baja de la economía a principios de la década de 1990 no tenía nada que ver con el sistema capitalista en sí mismo y con el hecho de que Gran Bretaña está entrelazada con la economía mundial, representada principalmente por Estados Unidos, la Comisión Europea y Japón.

Toda la culpa recayó sobre una sola persona. Que hubiera tres millones de desempleados, que Gran Bretaña tuviera un déficit comercial sin precedentes, que su declive a largo plazo continuara sin cesar, todo era culpa suya. Deshazte de él, dijo Neil Kinnock, y todo cambiará. Se podría pensar que esta persona debía de ser una especie de demonio sobrehumano. Pero no. Como era de esperar, el hombre resultó ser el epítome de la monotonía y la ineficacia del establishment:

32. Neil Kinnock fue un político británico y líder del Partido Laborista entre 1983 y 1992. Fue líder de la oposición y candidato laborista en las elecciones generales de 1992 frente a John Major.

John Major. Esto aplica en ambos sentidos. Sabemos que, si Kinnock hubiera llegado al número 10 y, como era previsible, la economía no hubiera experimentado una metamorfosis histórica, los conservadores habrían contado exactamente la misma historia.

En tiempos «normales», amplios sectores de los «descontentos» se dejan engañar por esta basura. Se ven confundidos por los efectos distorsionadores de la ideología burguesa y, en consecuencia, durante la mayor parte de sus vidas no piensan en profundidad sobre la política, si es que lo hacen. Solo en tiempos «anormales», por ejemplo en situaciones revolucionarias, el «contrato» entre los gobernantes y los gobernados «se viene abajo», y la mayoría de la población, por iniciativa propia, comienza a buscar una alternativa al capitalismo y a toda su política.³³

Lo que esto exige a los comunistas, la «fuerza de choque» del proletariado, es un cambio rápido de táctica, pasando de las «escaramuzas» parlamentarias a la acción «decisiva».³⁴ La ira y la determinación de las masas deben dirigirse con plena fuerza revolucionaria contra el Estado burgués, incluido el Parlamento. Marx y Engels llegaron hace mucho a esta conclusión. «La clase trabajadora», dijeron, «no puede apoderarse de la maquinaria estatal ya existente y utilizarla para sus propios fines».³⁵

Dicho de otro modo, el comunismo nunca podrá ser legislado por un Parlamento burgués «transformado». Obviamente, las situaciones revolucionarias y las elecciones generales no suelen coincidir. Más aún, no se puede insistir lo suficiente

33. MARX&ENGELS, *Selected Works* [en adelante, SW], 1968, p. 666.

34. *Ibid.*, p. 665.

35. Estas palabras fueron utilizadas por primera vez por Marx en su obra *La guerra de 1870 en Francia* y posteriormente citadas por los coautores del *Manifiesto Comunista* en su prefacio de 1872 a la edición alemana (*Manifiesto of the Communist Party*, 1973, p. 8).

en que las situaciones revolucionarias son momentos de vida o muerte. Dudar a causa de sutilezas democráticas burguesas es morir. El Parlamento, como parte y forma del Estado burgués, tendrá que ser destruido mediante la revolución, la verdadera comadrona del socialismo. Por eso decimos que los planes para una vía parlamentaria británica hacia el socialismo, promovidos por los «comunistas oficiales», tanto los laboristas del Campaign Group como militantes similares, no solo están condenados al fracaso, sino que representan una barrera que hay que superar si queremos evitar el terror contrarrevolucionario que resulta inevitable si no se aprovecha el momento tan fugaz de una situación revolucionaria.³⁶

Como era de esperar, en defensa de su política putrefacta, las damas y caballeros del oportunismo exigen que les digamos qué reemplazará sus planes utópicos para el Parlamento. No hay problema. La vida misma les ha dado la respuesta. Tal y como la «experiencia práctica» hizo su «demostración» ante Marx y Engels, sobre todo en la Comuna de París de 1871, el Estado burgués destruido será sustituido por la *dictadura del proletariado* o, en otras palabras, por el «proletariado organizado como clase dominante».

Marx saludó a la Comuna de París, «esa esfinge tan tentadora para la mente burguesa», como el «glorioso precursor de una nueva sociedad».³⁷ Como señaló Lenin en su obra *El Estado y la revolución*, la Comuna fue un caso de «la cantidad transformándose en calidad». Esto se debía a que la democracia, introducida de la manera más plena y coherente posible, se transformó de democracia burguesa en democracia proletaria; del Estado (una fuerza especial para la represión de una

36. Grupo parlamentario del Partido Laborista del Reino Unido formado por diputados de izquierda, creado en 1982 tras divisiones internas en el partido.

37. HAL DRAPER [ed.], MARX&ENGELS, *Writings on the Paris Commune*, (1971), p. 97.

clase determinada) en algo que ya no es propiamente un Estado.³⁸ Esta «forma positiva» del Estado proletario surgió de las llamas de la lucha de clases, no de las plumas de teóricos reclusos en torres de marfil, ni tampoco de los votos de los legisladores parlamentarios jubilados. Fue en el crisol de una profunda situación revolucionaria donde se forjó la Comuna, el arma utilizada por las masas como órgano de su lucha y de su poder.

Huelga decir que, con sus orígenes en una toma proletaria de París, la Comuna era un completo anatema y una «antítesis directa» de la farsa y la hipocresía del Parlamento burgués. La Comuna fue un semiestado que se sustentaba en el apoyo activo del «pueblo armado», no en el consentimiento pasivo y atomizado; «su primer acto fue la supresión del ejército permanente y su sustitución por el pueblo armado».³⁹

La Comuna «fue un órgano de trabajo no parlamentario». No separaba las funciones legislativas y ejecutivas del Estado, ni contaba con políticos profesionales que vivieran a expensas del pueblo. La Comuna estaba compuesta por delegados elegidos que recibían un salario equivalente al de un trabajador, delegados que podían ser destituidos de forma inmediata. Esto la convirtió en una anticipación del siglo XIX del comunismo del siglo XXI, una anticipación que proyectó su brillante luz sobre todo el siglo intermedio. Como es bien sabido, París no fue la única. En Rusia, tanto en 1905 como en febrero de 1917, surgieron órganos similares: los *soviets*. En octubre de 1917 llegaron a convertirse en el poder estatal del país. No se trataba de un acontecimiento local ni nacional, sino que fue, sin lugar a dudas, el producto directo de una tormenta mundial. Italia, Austria y Finlandia crearon sus propias versiones de los soviets.

38. LENIN, *CW*, vol. 25, 1977, p. 424.

39. HAL DRAPER [ed.], MARX&ENGELS, *Writings on the Paris Commune*, (1971), p. 73.

Hungría y Alemania llegaron a tener repúblicas soviéticas de corta duración. Incluso en la «conservadora» Gran Bretaña, los consejos de acción de 1920 y 1926 tenían características distintivas similares a las de los soviets.

Aquí, dado que solo por un cheque de 100 libras de la BBC los líderes «oficiales» comunistas están dispuestos a decir a diestro y siniestro que las revoluciones y los soviets son fenómenos obsoletos de un pasado lejano, vale la pena recordar la Gran Huelga de los mineros de 1984-5 y sus grupos de apoyo. Organizados en prácticamente todas las ciudades y pueblos, los grupos de apoyo a los mineros reunieron en su seno a casi toda la vanguardia de nuestra clase, así como a representantes específicos de grupos y partidos de izquierda, secciones sindicales militantes y otras organizaciones obreras.

Por nuestra parte, hicimos todo lo posible para fomentar lo que era embrionario y llevarlo a su pleno desarrollo. Por supuesto, no sucedió. Pero lo mismo puede decirse de los consejos de acción de 1920 y 1926, a los que incluso la pequeña burguesía de izquierda, como el Partido Socialista de los Trabajadores, concede gran importancia. Desgraciadamente, el carácter visionario de estos grupos solo se aplica al pasado lejano. Cuando se trata del presente, y más aún del futuro, reina la miopía. Los grupos de apoyo a los mineros señalaron lo que vendrá, como lo hace el niño al adulto. En ese sentido, aunque los mineros fueron derrotados, nada se debe ni puede restar a sus grupos de apoyo. Al ser un verdadero paso adelante en la lucha de clases y un auténtico heraldo del futuro, valieron más que todos los planes de un camino pacífico y parlamentario hacia el socialismo juntos.

Los mineros y sus simpatizantes demostraron una vez más que son las masas, y no los «grandes hombres», quienes hacen la historia. Durante períodos de intensa lucha de clases

—como la Gran Huelga de los mineros—, la gente común realiza milagros imaginativos que dejan a los llamados «marxistas creativos» completamente atrás.

Los auténticos comunistas aprenden de las masas. Marx y Engels lo hicieron. Lenin lo hizo, y también lo ha hecho el Comité Central Provisional del PCGB. Como dijimos en el libro *Which Road?*: «cuando se nos pregunta cómo será la dictadura del proletariado en Gran Bretaña, respondemos: miren la Gran Huelga de los mineros. Aunque tuvo muchas de las características de luchas industriales pasadas, algún día será “celebrada como el glorioso presagio de una nueva sociedad”». ⁴⁰

En este sentido, en absoluto pedimos perdón por argumentar y luchar por la muerte del Parlamento y el nacimiento de los soviets en Gran Bretaña. Si queremos ver una sociedad sin clases, realmente no hay otra vía. No solo porque los soviets sean infinitamente más democráticos, sino porque solo a través de órganos de transición como esos la clase trabajadora puede llevar a cabo su misión histórica de realizar el comunismo, que por definición deja atrás al Estado, ese cuerpo ajeno que se sitúa por encima de la sociedad.

40. JACK CONRAD, *Which Road?*, 1991, p. 81.

2. Trabajar en territorio enemigo

Debido a que forma parte del Estado burgués, los comunistas nunca han ocultado su objetivo de acabar con el Parlamento. Sin embargo, desde la época de la Primera Internacional (1864-1876), nuestros compañeros han participado con éxito en las elecciones parlamentarias y en el Parlamento burgués. Solo para los anarquistas que piensan que «votar nunca ha cambiado nada» y los filisteos que creen que «todos los cambios vienen a través del Parlamento» esto parece un *Catch-22* imposible.¹ En realidad, no hay ninguna paradoja. Los comunistas no buscan trabajar de forma constructiva en el Parlamento, reformarlo o hacerse con él. Utilizamos el Parlamento únicamente con fines de agitación.² No hace falta decir que esta agitación está diseñada para multiplicar las fuerzas de la revolución. De esa manera, y solo de esa manera, las elecciones parlamentarias pueden considerarse un instrumento de emancipación, y el Parlamento «deja de ser una mera herramienta en manos de la burguesía».³

Aunque esto pueda enfurecer a algunos boicoteadores «comunistas revolucionarios» de hoy en día, Engels también compartía esta opinión.⁴ Consideraba que el trabajo

1. NdT: *Catch-22* es un término que proviene de la novela de Joseph Heller y describe un dilema absurdo o paradójico del que no se puede salir, donde cualquier decisión parece condenada al fracaso. En español se puede entender como un «dilema imposible» o un «círculo sin salida».

2. ALAN ADLER [ed.], *Theses, resolutions, manifestos of the first four congresses of the Third International*, 1980, p. 97.

3. K. KAUTSKY, *The class struggle*, 1971, p. 188.

4. El principal blanco de las polémicas de Engels sobre esta cuestión eran los anarquistas, entonces liderados por Bakunin, que abogaban por la abstención de toda política que no tuviera como objetivo la liberación «inmediata y completa» de la clase obrera. Engels ridiculi-

electoral comunista era algo excelente. De hecho, en su introducción a *La guerra civil en Francia*, de Marx, elogió de un modo enérgico el «asombroso crecimiento» de los votos obtenidos por el partido obrero revolucionario en Alemania, el Partido Socialdemócrata, después de que Bismarck concediera el sufragio universal masculino en 1866. La democracia burguesa podía ser una farsa; no obstante, el trabajo electoral del SDP tuvo tanto éxito que «la burguesía y el gobierno llegaron a temer mucho más la acción legal que la ilegal del partido obrero, los resultados de las elecciones que los de la rebelión».⁵ Así, para Engels, la forma en que el SDP había utilizado el sufragio universal para aumentar constantemente su fuerza había «proporcionado a sus compañeros de todos los países una nueva arma, y una de las más afiladas».⁶

zaba esa postura seudorrevolucionaria. «En tiempos tranquilos», dijo, «cuando el proletariado sabe de antemano que, en el mejor de los casos, solo puede conseguir unos pocos representantes en el Parlamento y no tiene ninguna posibilidad de obtener la mayoría parlamentaria, a veces se puede hacer creer a los trabajadores que es una gran acción revolucionaria quedarse en casa durante las elecciones y, en general, no atacar al Estado en el que viven y que los oprime, sino atacar al Estado como tal, que no existe en ninguna parte y que, por lo tanto, no puede defenderse. Esta es una forma espléndida de comportarse de manera revolucionaria, especialmente para las personas que se desaniman fácilmente» (MARX&ENGELS, *Collected Works* [en adelante, *CW*], vol. 23, 1988, p. 583).

5. MARX&ENGELS, *SW*, 1968, p. 660. Barry Hindess, un antiguo marxista y siempre un filisteo profesional, afirma que «las confusiones y ambigüedades del relato de Engels han perseguido los debates marxistas posteriores» (Barry Hindess, *Parliamentary democracy and socialist politics*, 1983, p. 16). No hace falta decir que las «confusiones y ambigüedades» existen únicamente en la mente torturada de Hindess.

6. MARX&ENGELS, *SW*, (1968), p. 659.

Las elecciones para Engels eran una vía de agitación que permitía a los comunistas «entrar en contacto con las masas populares». ⁷ Por lo tanto, eran un indicador de la madurez revolucionaria: si nuestros votos eran bajos, esto debía servir de advertencia contra cualquier acción precipitada. Dicho de otro modo, si las masas no están preparadas para votarnos, tampoco estarán preparadas para hacer la revolución con nosotros. Si, por el contrario, el voto es alto, esto debería impulsarnos a la «batalla decisiva». En las elegantes palabras del propio Engels, disputar las elecciones «nos informa con precisión sobre nuestra propia fuerza y la de todos los partidos hostiles, y por lo tanto nos proporciona una medida de proporción para nuestra acción sin igual, protegiéndonos tanto de la timidez inconsecuente como de la temeridad inoportuna». ⁸

En Alemania diputados de clase obrera como Wilhelm Liebknecht⁹ y August Bebel¹⁰ fueron brillantemente eficaces. Como matones parlamentarios, dejaron en ridículo a

7. *Ibid.*, p. 660.

8. *Ibid.*

9. Wilhelm Liebknecht (1826-1900). Provenía de una familia de académicos y funcionarios públicos, estudió teología, filosofía y filología. Se convirtió en revolucionario y participó en el levantamiento de Baden de 1848. En 1862 regresó a Berlín tras su exilio en Londres. Para entonces se había convertido en un «convencido seguidor de Marx y Engels» (HELGA GRENBING, *History of the German labour movement*, 1985, p. 45). En 1865 fue expulsado de Berlín y se trasladó a Leipzig, donde pronto entabló amistad con August Bebel. En 1869 fundó junto con August Bebel el Partido Socialdemócrata Alemán (SDP).

10. August Bebel (1840-1913). Era un maestro tornero que, tras varios años de viajes, se estableció en Leipzig. En 1863 no se unió a Lassalle, en aquel momento la figura más popular del movimiento obrero alemán, sino que permaneció en la asociación educativa de comerciantes, donde se opuso a todos los intentos de dar a la asociación un carácter político. Llegó incluso a oponerse al sufragio universal, porque consideraba que los trabajadores aún carecían de la madu-

Dennis Skinner. Utilizaron hábil y enérgicamente el Parlamento contra la burguesía, lo utilizaron como plataforma desde la que agitar contra ella y reunir a las fuerzas de la revolución (a pesar de la «inmunidad» parlamentaria, la oposición a la guerra franco-prusiana les valió dos años de prisión). Sin embargo, como sabemos, había otra cara de la moneda. Los ricos y poderosos no escatimaron esfuerzos para comprar a los representantes del proletariado. Y al final, el dinero, los halagos, las veladas elegantes, la rutina parlamentaria y las artimañas tuvieron éxito donde fracasaron las leyes antisocialistas.

Eduard Bernstein se convirtió en portavoz de la burocracia sindical y del cáncer revisionista que carcomía sin cesar el programa revolucionario de la socialdemocracia alemana.¹¹ Comenzando con una crítica «abierta» de la teoría marxista de la crisis, las dudas sobre la inevitabilidad de la

rez política necesaria. En el verano de 1865 seguía luchando contra los seguidores de Lassalle, acusándolos de «esperar únicamente una oportunidad para levantar la bandera del comunismo con todos los horrores que ello conlleva». Su conflicto con Lassalle lo llevó a Marx, y estaba en camino de convertirse en socialista cuando, en 1865, tuvo lugar su encuentro con Liebknecht en Leipzig. Ambos profesaban las doctrinas de Marx y Engels: ambos se oponían a Prusia y estaban a favor de una Alemania unificada; y estas convicciones compartidas los llevaron a unirse en una acción política común» (HELGA GRENBING, *History of the German labour movement*, 1985, p. 46).

11. Las verdaderas personificaciones de la burocracia sindical, Ignaz Auer, secretario del partido, y Karl Legien, presidente del comité central de los sindicatos libres, inicialmente «se negaron a entrar en discusiones teóricas y especulaciones sobre el futuro». Sin embargo, no hay duda de que Bernstein expresó sus opiniones ocultas. Auer reprendió a Bernstein de manera reveladora en una carta privada con las siguientes palabras: «Mi querido Ede, el tipo de cosas que pides no se consiguen aprobando una resolución: no se consiguen con palabras, se consiguen con hechos» (citado por HELGA GRENBING, *History of the German labour movement*, 1985, p. 82).

guerra bajo el capitalismo y el empobrecimiento relativo de las masas, Bernstein continuó, en nombre de «ganar la batalla por la democracia», rechazando la necesidad de la revolución y la «dictadura del proletariado». ¹² Al igual que nuestros actuales partidarios del camino parlamentario, Bernstein consideraba que la democracia burguesa «no necesitaba ser destruida, sino solo desarrollada». ¹³ El sufragio universal podía ser más que «el derecho a elegir al carnicero». ¹⁴ Ofrecía la posibilidad de convertir poco a poco a «los representantes del pueblo de amos en verdaderos servidores del pueblo». ¹⁵

Había una lógica en este revisionismo que afirmaba que «el movimiento lo era todo» y el programa máximo «nada». Esa lógica era la de la traición. En agosto de 1914 la fracción parlamentaria del Partido Socialdemócrata votó a favor del presupuesto de guerra del káiser y, en nombre de la defensa de la «patria», instó a la clase obrera alemana a participar en la carnicería de la Primera Guerra Mundial. Los diputados oportunistas repitieron esta traición en todo el mundo «civilizado»: en Gran Bretaña, en Francia, en Rusia y en todas partes se vendieron al enemigo principal, que estaba en casa, no en el extranjero.

A raíz de ello, algunos concluyeron que la debacle de 1914 significaba que, para evitar el mismo destino, los comunistas debían boicotear el Parlamento, incluidas las elecciones. Esa fue la postura que mantuvieron Sylvia Pankhurst en Gran Bretaña, el KAPD en Alemania, Bordiga en Italia y Gorter y Pannekoek en los Países Bajos, comunistas de «izquierda» que ganaron momentáneamente cierto protagonismo en los

12. EDUARD BERNSTEIN, *Evolutionary Socialism*, 1961, p. 146.

13. *Ibid.*, p. 143.

14. *Ibid.*, p. 144.

15. *Ibid.*, p. 144.

primeros años de la Tercera Internacional.¹⁶ Huelga decir que su determinación de no tener nada que ver con el

16. Su tradición se mantiene hoy en día en su forma clásica en grupos como la Corriente Comunista Internacional y la Organización Comunista de Trabajadores. Podemos hacernos una idea de su postura infantil y nihilista sobre el Parlamento a partir de la siguiente cita de la CWO: «Nuestros antepasados de la clase trabajadora lucharon por nada. Hoy en día, la mejor forma de reconocerlo es no votar [...]. Si las masas de trabajadores no votan, se socava el sistema» (*Workers Voice*, primavera 1992). Pero además de los comunistas «de izquierda» clásicos, hay otros grupos que afirman no tener nada que ver con el comunismo «de izquierda». Afortunadamente, los argumentos de este tipo no se basan, en su gran mayoría, en afirmaciones al estilo de Gerry Healy de que Gran Bretaña se encuentra en una situación revolucionaria y al borde de un levantamiento armado. No. Lo que tenemos es moralismo anarquista. Las elecciones son injustas, el Partido Laborista es proimperialista, ni un gobierno laborista ni uno conservador supondrán ninguna diferencia para la gente corriente. Todo eso es cierto. Todo irrelevante.

Un ejemplo típico es el Revolutionary Communist Group, una organización que tuvo sus orígenes en el antisoviético SWP y el entorno trotskista amante del Partido Laborista, pero que acabó apoyando a Gorbachov, al que solo abandonó justo antes de la contrarrevolución de agosto de 1991. A pesar de este largo recorrido político, el RCG ha mantenido una inmadurez política constante que le lleva, de forma bastante ilógica, a vincular el odio justificado hacia el Partido Laborista con un llamamiento al «boicot de las elecciones» (*Fight Racism, Fight Imperialism*, febrero - marzo de 1992). Así pues, con el pretexto de separar a los trabajadores —a la mayoría de los cuales tacha de aristócratas laborales proimperialistas— del Partido Laborista, en realidad les deja solo al Partido Laborista como alternativa parlamentaria a los conservadores.

Por supuesto, para separar realmente a los trabajadores del Partido Laborista es necesario refundar el PCGB y construir un movimiento de masas militante de toda la clase que pueda desafiar al capitalismo. Como nos dice la teoría del marxismo-leninismo, eso nunca se puede hacer manteniéndose al margen de la lucha política representada por el Parlamento burgués.

Parlamento —por temor a que este los corrompiera— supuso descartar, junto con el oportunismo, la posibilidad de utilizarlo para la agitación revolucionaria. La validez de la vía parlamentaria no llegó a su fin con el colapso de la Segunda Internacional. De hecho, si nos fijamos en los bolcheviques en Rusia, que formaban parte del ala izquierda de la Segunda Internacional, podemos ver que el uso revolucionario del Parlamento contribuyó en gran medida a la Revolución de Octubre.

3. Bolcheviques y mencheviques

Rusia presentaba características únicas. Era algo natural y no había por qué sorprenderse. Sin embargo, también tenía características de carácter general. Es más, podemos decir que en Rusia las contradicciones del imperialismo encontraron su *máxima expresión*. Afortunadamente, los bolcheviques fueron capaces de adaptar su teoría, estrategia y táctica a la difícil y desafiante situación objetiva. Es aquí donde encontramos el significado universal de la experiencia bolchevique, entre otras cosas, su uso de las elecciones parlamentarias y el Parlamento. Así pues, ¿cuál era la política electoral de los bolcheviques? Para responder, debemos examinar brevemente la dialéctica de la revolución rusa.

Lo que separaba a los bolcheviques y a los mencheviques era mucho más que la disputa sobre criterios de afiliación flexibles o estrictos, que precipitó la escisión de 1903 entre estos antiguos partidarios unidos de *Iskra*.¹ La escisión en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso —donde surgieron los *bolshevikí* [miembros de la mayoría] y los *menshevikí* [miembros de la minoría]— se derivó de dos enfoques estratégicos muy diferentes de la revolución en Rusia. Ambas alas del partido coincidían en que lo que se requería y se avecinaba era, en esencia, lo mismo que en Inglaterra en 1648, en Estados Unidos en 1776 y en Francia en 1789; es decir, una revolución burguesa. Esta era una posición perfectamente ortodoxa. No hay que olvidar que Rusia estaba gobernada por un zar autocrático y una camarilla de clérigos y nobles. El desarrollo capitalista era aún comparativamente débil y, en consecuencia, la clase obrera era pequeña.

1. Primer periódico marxista para toda Rusia. NdE: se puede encontrar más información en los libros de nuestra colección de Lenin —*Agitación política* y, especialmente, *Lenin redescubierto*—.

Partiendo de este punto común, y con una referencia aparentemente intachable a los «clásicos», los mencheviques sostenían que la tarea de los marxistas consistía en ganarse el apoyo de la clase obrera en favor de la burguesía. Aquella debía presionar, persuadir y animar a esta a llevar a cabo la revolución burguesa contra el zarismo. Por encima de todo, la clase obrera no debía «aventurarse». Eso ahuyentaría a la burguesía y, en consecuencia, reduciría el alcance de su revolución. Solo cuando la burguesía estuviera firmemente afianzada en el poder sería viable la perspectiva del socialismo. Era entonces, solo *tras* la victoria de la burguesía, *una vez* que el dominio burgués se hubiera consolidado en una democracia parlamentaria y el desarrollo capitalista hubiera proletarizado a la masa de la población, cuando la clase obrera podría fijarse como objetivo la posibilidad de llegar al poder por sus propios medios. Hasta que la burguesía no hubiera cumplido con su papel asignado, la hegemonía de la clase obrera estaba decididamente fuera de la agenda. En palabras de la conferencia de los mencheviques: a menos que «la revolución se extendiera a Europa Occidental [...], la socialdemocracia no debía aspirar a tomar el poder ni a compartirlo en un gobierno provisional, sino que debía seguir siendo un partido de oposición revolucionaria extrema».²

Los bolcheviques consideraban que esa estrategia etapista carecía por completo de vida, era artificial, conservadora, mecánica y ahistórica. En otras palabras, no tenía nada que ver con el marxismo genuino. La burguesía rusa era una criatura sin carácter en comparación con sus homólogas inglesas, estadounidenses y francesas, que en su día fueron revolucionarias. Estos epígonos eran incapaces de hacer la revolución. Las masas entrarían en acción debido a sus propias

2. Resolución de la conferencia menchevique, abril-mayo de 1905, citada por NEIL HARDING [ed.] en *Marxism in Russia*, 1983, p. 315.

demandas y agravios. Cuando lo hicieran, la burguesía no se apresuraría a encabezarlas, sino que, temerosa, caería en los brazos del zar y de la reacción.

El análisis bolchevique distaba mucho de ser negativo. Lo que era *inmediatamente* posible en Rusia era algo infinitamente más valioso para el proletariado de Rusia y del mundo que una democracia burguesa débil, frágil e inestable. La clase obrera podía hacer mucho más que secundar lo insecurable y esperar pasivamente su momento como un «partido de extrema oposición revolucionaria» menchevique.

Los intereses objetivos de las clases populares en Rusia hacían posible que la clase obrera tomara la bandera de la democracia y *la iniciativa*. Con un liderazgo decidido, audacia e imaginación, las trabajadoras podían ganarse el apoyo de las masas campesinas y liderar el derrocamiento del zarismo (por eso los bolcheviques querían un partido altamente disciplinado y centralizado). Si se convertían en la fuerza hegemónica de la revolución en lugar de ceder dócilmente el poder a la burguesía, como instaban los mencheviques, las clases populares *debían tomar el poder* y mantenerlo *durante el mayor tiempo posible* bajo la forma de una dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado.

Tal dictadura —el Estado— era intrínsecamente inestable y, si Rusia quedaba aislada, imposible de mantener. Hay que decir que los bolcheviques confiaban en que no produciría tal aislamiento. Consideraban que los países capitalistas avanzados estaban objetivamente maduros para el socialismo. Ya no era la época de la burguesía. El siglo XX marcaba el amanecer de la transición mundial del capitalismo al socialismo. Fue en este contexto donde los bolcheviques situaron su estrategia para la revolución. La revolución en Rusia no solo podía, sino que debía actuar como chispa para la venidera revolución europea. Sin la revolución europea, se

hundirían; pero con ella podrían avanzar *sin interrupciones* —es decir, sin necesidad de una segunda revolución específicamente proletaria— hacia las tareas del socialismo.

¿Cómo acabaron las cosas? Pues bien, según los mencheviques, el resultado se acercó mucho más a las perspectivas de los bolcheviques que a las suyas propias. Y no solo en el grandioso año de 1917, sino también en 1905, el del gran ensayo general. El zarismo, que llevaba mucho tiempo al borde del abismo, estuvo a punto de caer como consecuencia de la indignación popular ante la agitación, la pérdida innecesaria de vidas y las penurias materiales que provocó la guerra rusojaponesa de 1905.

Frente y por causa de esta, el descontento estalló en el campo en forma de revueltas campesinas, en el ejército y la marina como motines y en las ciudades como huelgas políticas y manifestaciones masivas. Se trataba de una acuciante situación revolucionaria que puso a prueba sin piedad las teorías, los programas y las expectativas de todos los partidos, grupos y facciones de la clase obrera. Hay que reconocer, como el propio Trotsky decía, que en 1905 los mencheviques «actuaron como bolcheviques».³ Ante la realidad de una burguesía cobarde y servil y el heroísmo y la determinación de la clase obrera, los mencheviques dejaron momentáneamente de lado su programa y se dejaron llevar por el entusiasmo de la oleada revolucionaria.⁴ En circunstancias tan esperanzado-

3. El «no faccioso» Trotsky declaró en 1907, con su habitual grandilocuencia, que «las diferencias de opinión entre nuestras facciones son tan insignificantes, tan inciertas, tan minúsculas, que parecen arrugas fortuitas en la gran frente de la revolución» (LEOPOLD H. HAIMSON [ed.], *The Mensheviks*, 1979, p. 354).

4. La conferencia menchevique de mayo de 1905 —la primera reunión independiente del incipiente partido menchevique— acordó que, si la revolución los llevaba al poder, se verían obligados, aun a riesgo de correr la misma suerte que la Comuna de París, a llevar a cabo su programa máximo. En noviembre de ese mismo año el perió-

ras, Lenin no tenía ninguna intención de sacar rédito político fácil con un «ya os lo dije». La revolución era lo primero. Acogió a los mencheviques como compañeros de armas e hizo todo lo posible por reforzar la unidad del Partido. Y con toda razón. La práctica habla más alto que las polémicas del pasado.

Las revoluciones deben resolverse de forma positiva. Si no, lo harán de forma negativa. O ganará la revolución o ganará la contrarrevolución. Por eso los bolcheviques estaban decididos a llevar al límite todas las posibilidades de éxito que existían en 1905. Nada, absolutamente nada, debía desviar o debilitar la determinación de las masas de llevar las cosas hasta el final. Por supuesto, las revoluciones no son procesos unidireccionales. La iniciativa y las maniobras tácticas no son prerrogativa exclusiva de las fuerzas populares. Los de arriba, aunque divididos, confundidos y aterrorizados por unos acontecimientos revolucionarios que «nunca pueden comprender realmente», siguen contando con los recursos, las finanzas y la experiencia necesarias para ofrecer concesiones bien elegidas. Así, cuando los cosacos y la policía del zar no lograron aterrorizar a las masas y obligarlas a someterse, este recurrió a la democracia burguesa. Para salvar su régimen, su trono y su cabeza, el zar Nicolás II descubrió de repente las virtudes de la Duma o el Parlamento.

¿Cómo respondieron los bolcheviques a este gesto conciliador? Con el apoyo incondicional de la gran mayoría de los trabajadores avanzados, con absoluta convicción, con la negativa a desviarse del verdadero objetivo, los bolcheviques llamaron al boicot de las elecciones a la Duma. Eso no

dico menchevique *Nachalo* —influenciado por Trotsky y Parvus, pero con las principales figuras de la corriente dominante, Dan, Martov, Martynov y Potresov, como colaboradores habituales— llegó incluso a promover la idea de una revolución que «evolucionara» de su versión burguesa a una socialista (*ibid.*, p. 366).

significaba que los bolcheviques estuvieran diciendo que los trabajadores debían adoptar un moralismo de estilo anarquista. El llamamiento al boicot de las elecciones a la Duma fue un llamamiento a la acción, un llamamiento a hacer la revolución. Esto no tenía nada que ver con la impotencia. El boicot fue un desafío frontal y audaz al zarismo, y tuvo un éxito brillante. El boicot liderado por los bolcheviques puso al descubierto la irrelevancia de la democracia ficticia del zar y el verdadero valor del liberalismo burgués.

La revolución alcanzó su punto álgido en diciembre de 1905, en Moscú, donde los bolcheviques ejercían su mayor influencia. Las manifestaciones masivas se convirtieron en huelga general, y la huelga general, en insurrección. Con la ayuda activa de su población de un millón de habitantes, menos de mil guerrilleros lograron luchar tras las barricadas callejeras, mantener a raya a 10.000 soldados y romper el yugo del zarismo durante nueve días.

Los eventos de 1905 y los nueve días espléndidos de la Moscú insurreccional tuvieron una importancia y un impacto mundiales. Demostraron que la revolución no estaba muerta, que no era cosa del pasado, sino una realidad inspiradora y una promesa real para el futuro. Esto es muy relevante para nuestra época. Hay muchas similitudes y resonancias entre el período anterior a 1905 y la actualidad. Recordemos el mundo anterior a 1905.

Para la masa de socialdemócratas —así se autodenominaban entonces los comunistas— la revolución era, en el mejor de los casos, un recuerdo lejano. El topo de la revolución, bien enterrado, no había salido a la superficie desde París, 1871. A partir de ese momento, el capitalismo se había mantenido estable y la clase obrera tranquila —un terreno fértil, sin duda, para que tanto los revisionistas como los propagandistas burgueses afirmaran que 1871 fue una aberración—, que la revolución estaba obsoleta y que el proletariado se había

integrado y ya no estaba enajenado. En nueve días Moscú echó por tierra toda esa teoría cuidadosamente elaborada, ampliamente difundida y en la que muchos creían.

Lo que con una mano se da, con la otra se quita. Mientras se masacraba a la Moscú insurreccional y se enterraba a cientos de revolucionarios en fosas comunes, el zar ya estaba diluyendo la democracia zarista. Se impusieron nuevas restricciones sobre quién podía organizar mítines electorales, qué se permitía decir y quién tenía derecho a votar. Todo ello formaba parte integrante de la espiral reaccionaria hacia una contrarrevolución en toda regla. En esas condiciones, por difíciles que fueran, había motivos de sobra para creer que no todo estaba perdido. Sin duda, los bolcheviques estaban decididos a mantener viva la titilante llama de la revolución. Así, cuando en diciembre de 1905 Nicolás Romanov anunció nuevas elecciones a la Duma, convocaron otro boicot. Sin embargo, cuando llegaron las elecciones en 1906, fracasó. La Duma se reunió y la marea revolucionaria siguió perdiendo impulso.

A pesar de las calumnias y estupideces de los actuales «marxistas» académicos, reformistas y «comunistas oficiales», Lenin no era un dogmático. Si nos remitimos a su famoso folleto, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, encontramos la siguiente valoración:

El boicot a la Duma Blanca fue un error, aunque pequeño y fácilmente subsanable [...]. Lo que se aplica a las personas se aplica —con las modificaciones necesarias— a la política y a los partidos. No es sabio quien no comete errores. No existen tales hombres ni pueden existir. Es sabio quien no comete errores muy graves y sabe cómo corregirlos con facilidad y rapidez.⁵

5. LENIN, CW, vol. 31, 1977, pp. 35-6.

Sí, el segundo boicot fue un error, pero, como dijo Lenin, uno menor, *puesto que* se rectificó con rapidez y ingenio. En menos de un año, el boicot dio paso a una participación plena, efectiva y revolucionaria en las elecciones del zar. La participación bolchevique en lo que era una parodia incluso de la democracia burguesa no significó, empero, el fin del debate entre ellos y los mencheviques. De hecho, el debate continuó y alcanzó nuevas cotas (con el Congreso de Unidad de 1906, esto tuvo lugar en el contexto de un POSDR reunificado; constituyeron respectivamente las alas izquierda y derecha hasta 1912, cuando los mencheviques liquidacionistas fueron expulsados del Partido).

Dadas las *diferencias estratégicas* subyacentes —aunque esta vez filtradas a través del prisma más amable de las tácticas electorales, y no de la cruda inmediatez de hacer la revolución—, volvieron a surgir dos puntos de vista distintos. Desde el primer momento, estos cristalizaron las diferencias fundamentales entre el oportunismo y el marxismo genuino. Por eso merece la pena centrarse en la campaña electoral de 1906-7 y en los debates que la rodearon.

Comencemos por esbozar los partidos y las agrupaciones partidistas. En la extrema derecha se encontraba el bloque de partidos —la Unión del Pueblo Ruso, los monárquicos, el Consejo de la Nobleza Unida— conocido como las Centurias Negras. Se trataba de partidos contrarrevolucionarios y zaristas. Partidos que querían mantener el *statu quo*, partidos de los terratenientes, que organizaban y financiaban pogromos antijudíos.

A la izquierda de las Centurias Negras se situaban los octubristas, un partido burgués no tan de extrema derecha. Pero el principal partido de la burguesía eran los demócratas constitucionales, o *kadetes*. Los kadetes querían reformas, querían una monarquía constitucional y, para conseguirla, estaban dispuestos a amenazar al zar con la revolución. Sin

embargo, lo que no estaban dispuestos a hacer era llevar a cabo la revolución. La revolución se consideraba un *peligro* que la obstinada intransigencia del zar hacía cada vez más inminente. Los kadetes se horrorizaban ante la idea de la revolución. Era, sin duda, algo que había que evitar. Solo un enérgico programa de reformas liberales podría lograrlo, suplicaban servilmente al zar. Por lo tanto, había que bloquear los intentos de los kadetes por hacerse con la hegemonía del movimiento campesino y desenmascarar sin contemplaciones su hipócrita y falsa democracia.

«Aplicar el término “democrático” a los kadetes —escribió Lenin—, a un partido *monárquico*, a un partido que acepta una cámara alta, que propuso leyes represivas contra las reuniones públicas y la prensa y que suprimió de la respuesta al discurso del trono la exigencia del sufragio directo e igualitario por voto secreto, a un partido que se opuso a la formación de comités agrarios elegidos por todo el pueblo, significa *engañar al pueblo*. Es una expresión contundente, pero justa».⁶ Cabe señalar que quienes «aplicaron el término “democrático” a los kadetes» no fueron otros que los mencheviques. Los kadetes eran precisamente a quienes el menchevismo consideraba como los *dirigentes* de la revolución. Por eso sus líderes presentaron un sinfín de propuestas de acción conjunta con los kadetes y otras tantas excusas para justificar sus rechazos y sus actos de cobardía.

En cualquier caso, a la izquierda de los kadetes se encontraba la agrupación *trudovik*, que se declaraba a favor del socialismo y contaba con el apoyo de las masas campesinas. Los *trudovikí* incluían a personas sin afiliación partidista, pero en la práctica servían de correas de transmisión para el Partido Social-Revolucionario (*eseristas*) y el Partido Socialista Popular (*eseny*); este último, [escisión del primero], era más

6. *Ibid.*, p. 311.

afín en espíritu a los kadetes y más cercano a la burguesía que los socialrevolucionarios, que eran la organización revolucionaria más genuina.

Fue respecto a estos partidos y a las clases a las que representaban de forma diversa que las alas revolucionaria y oportunista del POSDR discutían y se posicionaban. El enfoque menchevique tenía dos vertientes principales. En primer lugar, la necesidad de mantener alejadas a las Centurias Negras: estas eran el enemigo a batir. En segundo lugar, como mencionamos anteriormente, hacer que la burguesía, es decir, los kadetes, luchara.

Los bolcheviques tenían una perspectiva muy diferente. Su visión de la política no venía determinada por quién era más malvado y quién menos, sino que estaba marcada por las necesidades de la clase obrera y por quién era revolucionario y quién no. Los terratenientes y la burguesía no lo eran revolucionarios, al contrario que los campesinos, dentro de estrictos límites históricos. Por consiguiente, aunque los bolcheviques querían derrotar tanto a las Centurias Negras como a los kadetes, querían llegar a los campesinos, y no solo a través de los trudovikí.

Mientras que los mencheviques habían apoyado la insurrección proletaria, la lucha en las barricadas y los soviets en 1905, cuando la ola revolucionaria decayó en 1906 volvieron a sus viejas costumbres y «recayeron en la vieja concepción del carácter burgués de la revolución rusa».⁷ El anuncio del zar, el 21 de julio de 1906, de que iba a disolver la Primera Duma puso en evidencia el retroceso de los mencheviques.

En un intento desesperado por defender el Parlamento del zar de 1905 al de 1906, los mencheviques lanzaron la consigna «una Duma con poderes reales» y convocaron una huelga general y manifestaciones. Para los bolcheviques, la

7. LEOPOLD H. HAIMSON [ed.], *The Mensheviks*, 1979, p. 368.

defensa de cualquier tipo de Duma zarista era una maniobra de distracción. Se burlaron del «cretinismo de la Duma» de los mencheviques y acudieron a las fábricas y a los barrios obreros para agitar en contra de la huelga general y las manifestaciones.

Se instó a los trabajadores a no emprender acciones precipitadas. Con la revolución a la defensiva, pero aún sin haber sido derrotada, y con el levantamiento de diciembre aún fresco en la memoria de todos, los bolcheviques sostuvieron que lo que se necesitaba era una asamblea constituyente surgida de la revolución, no una «duma con plenos poderes» zarista. En lugar de depositar sus esperanzas en una huelga general inmediata y en la capacidad de lucha de los kadetes, los bolcheviques se fijaron en los soviets, como «órganos del levantamiento».⁸

Mas para preparar el terreno para ello, para «iluminar y educar» a las masas sobre la necesidad de la revolución, Lenin y los bolcheviques estaban ahora dispuestos a participar en las nuevas elecciones del zar.⁹ Resulta especialmente útil

8. *Ibid.*, p. 124.

9. No todos los bolcheviques estaban de acuerdo con este cambio de táctica. A. A. Bogdánov, lugarteniente de Lenin en 1905, se convirtió en líder de la corriente otzovista [revocadora], la cual, bajo el pretexto de una retórica revolucionaria sobre el «centro bolchevique» que cedía «todas las posiciones bolcheviques una tras otra», exigía la liquidación de toda la labor legal del partido, incluida la destitución de los diputados del POSDR de la Duma (ROBERT DANIELS [ed.], *A documentary history of communism*, 1985, vol. 1, p. 45). Otra variante del boicotismo eran los «ultimatistas», que querían romper relaciones con los diputados de la Duma a menos que estos aceptaran acatar un ultimátum que estipulaba que debían obedecer todas las decisiones del Comité Central. Una conferencia ampliada del consejo editorial de *Proletary*, el periódico bolchevique, celebrada en París del 21 al 30 de junio de 1909, aprobó una resolución que condenaba tanto el otzovismo como el ultimatismo. El otzovismo y el ultimatismo,

centrarse en la intervención de los bolcheviques en esta campaña electoral para la Segunda Duma (que duró hasta 1907), ya que aplicaron en líneas generales el mismo enfoque a todas las posteriores, digamos, elecciones «burguesas»; al menos hasta 1918, cuando, en condiciones de poder soviético, participaron en las elecciones a la Asamblea Constituyente.¹⁰ Lo primero que llama la atención son las actitudes fundamentalmente diferentes de las dos alas del Partido hacia los bloques y acuerdos electorales.

Los mencheviques propusieron que el Partido formara un bloque electoral con los kadetes. Si el Partido no lo hacía, las masas nunca se lo perdonarían. El zar había sesgado todo el sistema electoral para favorecer a la clase propietaria. Así pues, a la hora de formar gobierno, la elección se reduciría a los kadetes o a las Centurias Negras, y los

afirmaba, «reflejan la ideología del indiferentismo político, por un lado, y el vagabundeo anarquista, por otro». Con toda su fraseología revolucionaria, la teoría del otzovismo y el ultimatismo es, de hecho, en gran medida, la otra cara de las ilusiones constitucionales [...]. Todos los intentos realizados hasta ahora por el otzovismo y el ultimatismo para dotar a la teoría de una base de principios los han llevado inevitablemente a negar los fundamentos del marxismo revolucionario. Las tácticas que tienen en mente conducen a una ruptura total con las tácticas del ala izquierda de la socialdemocracia internacional aplicadas a las condiciones rusas actuales; conducen a desviaciones anarquistas [...]. El bolchevismo, como corriente definida dentro del POSDR, no tiene nada en común ni con el otzovismo ni con el ultimatismo [...]; la facción bolchevique debe librar una lucha decidida contra estas desviaciones del camino del marxismo revolucionario» (*ibid.*, pp. 43-4).

10. Las elecciones a la Asamblea Constituyente fueron pospuestas constantemente por un gobierno provisional temeroso tras la Revolución de Febrero. Las elecciones no se celebraron hasta después de la Revolución de Octubre y, aunque los bolcheviques participaron, la asamblea fue disuelta por la fuerza en enero de 1918 por orden del gobierno soviético.

mencheviques no dudaron en manifestar su preferencia entre estos dos males. Al lector no le sorprenderá saber que los bolcheviques no tardaron en mostrar su desacuerdo. Insistieron en que la independencia de la clase obrera era la cuestión principal. «Nuestra tarea principal es desarrollar la conciencia de clase y la organización de clase independiente del proletariado», escribió Lenin. Solo esa clase puede liderar «una revolución democrática burguesa victoriosa. Por lo tanto, la independencia de clase a lo largo de las campañas electorales y de la Duma es nuestra tarea general más importante».¹¹

Los bolcheviques no aplicaron este enfoque únicamente a los kadetes. Se aplicó también a los trudovikí, a los socialistas populares y al Partido Socialista Revolucionario. Lenin insistió en que:

El argumento sobre el carácter proletario-campesino de nuestra revolución no nos da derecho a concluir que debemos llegar a acuerdos con tal o cual partido campesino democrático en tal o cual etapa de las elecciones a la Segunda Duma entre bolcheviques y mencheviques. Ni siquiera es un argumento suficiente para limitar la independencia de clase del proletariado durante las elecciones, y mucho menos para renunciar a dicha independencia.¹²

Así, en las ciudades, donde se concentraba la población obrera, Lenin dijo que el Partido:

nunca debe, *salvo en caso de extrema necesidad*, abstenerse de presentar candidatos socialdemócratas absolutamente independientes. Y no existe tal necesidad urgente. Unos cuantos kadetes o trudovikí más o menos (¡especialmente del tipo

11. LENIN, *CW*, vol. 11, 1977. p. 279.

12. *Ibid.*, p. 280.

socialista popular!) no tienen ninguna importancia política seria, pues la propia Duma solo puede, en el mejor de los casos, desempeñar un papel subsidiario y secundario.¹³

Para los bolcheviques era cuestión de principios hacer hincapié en la independencia política de la clase obrera y presentar candidatos independientes. Por eso, en 1912 se negaron a aceptar ni siquiera un bloque de partidos de la clase obrera.¹⁴ Cuando se selló su ruptura definitiva con los mencheviques —en la práctica, expulsándolos—, los bolcheviques decidieron presentarse a las elecciones a la Duma de forma independiente. Así lo describió más tarde uno de los candidatos bolcheviques que resultó elegido:

Los bolcheviques consideraron necesario presentar candidatos en la curia de los trabajadores y no toleraron ningún acuerdo con otros partidos o grupos, incluidos los mencheviques-liquidacionistas. También consideraron necesario presentar candidatos en la denominada «segunda curia de electores urbanos» [...], y en las elecciones rurales, debido al gran carácter agitador de la campaña.¹⁵

El hecho de presentar candidatos independientes del partido y negarse a formar parte de bloques no significaba que los bolcheviques ignoraran las ventajas de los «acuerdos parciales». Para comprender lo que esto significaba, es necesario explicar en qué consistía la intrincada ley electoral del zar. La Duma del zar no se elegía por sufragio directo. El zar consideraba que era más seguro dividir a la población en

13. *Ibid.*, p. 286.

14. Véanse, en particular, los siguientes artículos de Lenin, escritos entre 1911 y 1912: «La campaña para las elecciones a la IV Duma» y «Problemas fundamentales de la campaña electoral» (*CW*, vol. 17); «El partido clandestino y el trabajo legal» y «Resultados de las elecciones» (*CW*, vol. 18).

15. A. BADAYEV, *The Bolsheviks in the Tsarist Duma*, p. 9.

«curias» o «estamentos». Cada uno tenía su propia ponderación (las clases populares, muy inferior a su número real) y, con su poder de voto diferenciado, cada curia elegía a su vez a «electores», que finalmente elegían a los diputados propiamente dichos.

En la distribución de escaños por parte de estos «electores» elegidos de forma intermedia, los bolcheviques consideraban perfectamente admisibles los «acuerdos parciales».¹⁶ Lenin utilizó el siguiente ejemplo hipotético para ilustrar cómo funcionarían. Si en el campo hubiera 100 electores y «49 fueran de las Centurias Negras, 40 de los kadetes y 11 socialdemócratas», entonces «sería necesario un acuerdo parcial entre los socialdemócratas y los kadetes para asegurar la elección íntegra de una lista conjunta de candidatos a la Duma, sobre la base, por supuesto, de una distribución proporcional de los escaños de la Duma según el número de electores».¹⁷ Así pues, en este caso, si había cinco escaños en juego, los bolcheviques veían todas las razones para excluir por completo a las Centurias Negras —es decir, siempre y cuando los kadetes estuvieran dispuestos a cederles a ellos, los socialdemócratas, uno de los escaños—.

Esto se facilitaría dejando claro a las masas qué acuerdos se ofrecían y se estaban negociando. ¿Con quién iban a pactar los electores kadetes? ¿Con los comunistas revolucionarios o con los contrarrevolucionarios de los «Cien Negros»? De este modo, el POSDR podría obligar a los 40 kadetes a llegar a un acuerdo con los 11 socialdemócratas y dejar a los «Cien Negros» fuera de juego. Naturalmente, si el equilibrio fuera diferente, si resultara más favorable, se aplicaría el mismo tratamiento a los kadetes si existiera la posibilidad de llegar a un acuerdo con electores inclinados a apoyar al Partido Socialista Revolucionario; y, a su vez,

16. LENIN, *CW*, vol. 11, 1977, p. 289.

17. *Ibid.*, p. 291.

si las cuentas salieran favorables, se haría todo lo posible por separar de este partido a los elementos genuinamente revolucionarios.

Por supuesto, sobre todo en las ciudades, los escaños en la Duma del zar eran secundarios. Aquí «la importancia de las elecciones no viene determinada en absoluto por el número de diputados que se enviarán a la Duma, sino por las oportunidades que tienen los socialdemócratas de dirigirse a los sectores más amplios y concentrados de la población, que son los “más socialdemócratas” en virtud de su posición general».¹⁸ Así, en las ciudades no debería haber «acuerdos de ningún tipo en la etapa inferior, cuando se lleva a cabo la agitación entre las masas; en las etapas superiores, todos los esfuerzos deben dirigirse a derrotar a los kadetes durante el reparto de escaños mediante un acuerdo parcial entre los socialdemócratas y los trudovikí, con el fin de derrotar a los socialistas populares mediante un acuerdo parcial entre los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios».¹⁹

Como era de esperar, los bolcheviques y Lenin se enfrentaron a lo que conocemos como la «teoría del mal menor», una teoría que se utiliza en nuestra contra y que, en la práctica, tiene por objeto ilegalizar cualquier actividad comunista independiente en el ámbito electoral. Esta teoría podrida fue, al parecer, el principal argumento que esgrimieron los kadetes para autopromocionarse. Como señaló Lenin:

Toda la campaña electoral de los kadetes está orientada a atemorizar a las masas con el peligro de las Centurias Negras y el peligro que representan los partidos de extrema izquierda; a adaptarse al filisteísmo, la cobardía y la debilidad

18. *Ibid.*, p. 296.

19. *Ibid.*, p. 283.

de la pequeña burguesía, y a convencerla de que los kadetes son las personas más seguras, más modestas, más moderadas y más sensatas.²⁰

En otras palabras, los kadetes se presentaron ante el electorado como *el mal menor* y dijeron: «Voten por reformas superficiales, voten por la seguridad». Amenazaron a las clases medias con lo que consideraban los males mayores: el peligro, por un lado, de dejar entrar a los pogromistas de las Centurias Negras, y, por otro, de Lenin y esa gente terrible que «provocó» todo el derramamiento de sangre y los disturbios de Moscú en los días oscuros de diciembre de 1905.

Aquellos que creían que los kadetes eran progresistas se vieron a su vez obligados a adaptarse a su método, e incluso a adoptarlo. Los mencheviques no querían que la clase obrera hiciera nada que pudiera molestar a los kadetes. No debía hacerse nada que pudiera empujarlos al bando del mal mayor: las Centurias Negras. Para animar a los kadetes a seguir el camino que conducía a la revolución burguesa, querían apoyarlos con ofertas de listas conjuntas, bloques y alianzas. Era eso —decían los mencheviques— o las Centurias Negras. Así resumió Lenin la plataforma menchevique:

Que los socialdemócratas critiquen a los kadetes ante las masas todo lo que quieran, pero que añadan: sin embargo, son mejores que las Centurias Negras, y por eso hemos acordado una lista conjunta.

Y así es como Lenin lo rebatió:

Los argumentos en contra son los siguientes: una lista conjunta entraría en flagrante contradicción con toda la política de clase independiente del Partido Socialdemócrata. Al recomendar a las masas una lista conjunta de kadetes y socialdemócratas, no podríamos evitar provocar una

20. *Ibid.*, p. 415.

confusión irremediable en las divisiones de clase y políticas. ¡Minaríamos los principios y el significado revolucionario general de nuestra campaña con tal de conseguir un escaño en la Duma para un liberal! Subordinaríamos la política de clase al parlamentarismo en lugar de subordinar el parlamentarismo a la política de clase. Nos privaríamos de la oportunidad de evaluar *nuestras* fuerzas. Perderíamos lo que es duradero y perdurable en todas las elecciones: el desarrollo de la conciencia de clase y la solidaridad del proletariado socialista. Ganaríamos lo que es transitorio, relativo y falso: la superioridad de los kadetes sobre los octubristas.²¹

A Lenin no le asustaban las advertencias mencheviques de que la labor electoral comunista independiente daría paso a las Centurias Negras. Como podemos ver, trató estos argumentos con el desprecio que merecen:

El [...] fallo de este manido argumento es que implica que los socialdemócratas ceden tácitamente la hegemonía en la lucha democrática a los kadetes. En caso de que se produzca una división de votos que asegure la victoria de un centuria negra, ¿por qué se nos debería culpar a *nosotros* por no haber votado a los kadetes y no a los *kadetes* por no habernos votado a nosotros?

«Somos una minoría», responden los mencheviques, con espíritu de humildad cristiana. «Los kadetes son más numerosos. No se puede esperar que los kadetes se declaren revolucionarios».

«¡Claro! Pero eso no es motivo para que los socialdemócratas se declaren kadetes. Los socialdemócratas no han tenido, ni podrían haber tenido, mayoría sobre los demócratas burgueses en ningún lugar del mundo donde el resultado de la revolución burguesa fuera incierto. Pero *en todas partes*, en todos los países, la *primera* participación independiente de

21. *Ibid.*, p. 285.

los socialdemócratas en una campaña electoral se ha visto recibida con los aullidos y ladridos de los liberales, *que acusan a los socialistas de abrirles la puerta a las Centurias Negras*.

Por lo tanto, no nos perturban en absoluto las habituales pataletas mencheviques de que los bolcheviques están haciéndole el juego a las Centurias Negras. Los liberales ya nos han entrenado en ello. Al negarse a luchar contra los kadetes, están ustedes dejando que las masas proletarias y semiproletarias, perfectamente capaces de seguir el liderazgo de los socialdemócratas, caigan bajo la influencia ideológica de aquellos. Tarde o temprano, a menos que dejen de ser socialistas, tendrán que luchar de forma independiente, a pesar del peligro que representan las Centurias Negras. Y es más fácil y más necesario dar el paso adecuado ahora que más adelante. En las elecciones a la Tercera Duma [NB: creo que en realidad se trataba de las elecciones a la Segunda Duma; debido a los boicots y las disoluciones de la época, la numeración era bastante caótica. La Segunda Duma duró de febrero a julio de 1907 y la Tercera de 1907 a 1912] [...] se verán aún más empantanados en relaciones antinaturales con los traidores de la revolución. Pero el *verdadero* peligro de las Centurias Negras, repetimos, no radica en que obtengan escaños en la Duma, sino en los pogromos y los tribunales militares, y ustedes están dificultando que el pueblo luche contra este peligro real al ponerles anteojeras de kadete en los ojos.²²

En pocas palabras, las diferencias entre bolcheviques y mencheviques se reducían al hecho de que, mientras los bolcheviques querían «independencia total en la campaña electoral», los mencheviques querían una Duma kadete sólida «¡con un gran número de socialdemócratas elegidos como semikadetes!».

22. *Ibid.*, pp. 314-5.

Mientras que los mencheviques estaban dispuestos a sacrificar su independencia política para derrotar en las urnas al mal mayor, los bolcheviques luchaban y trabajaban por la revolución. En pos de ello, era mejor tener una Duma compuesta por «200 Centurias Negras, 280 kadetes y 20 socialdemócratas» independientes de los cadetes que una Duma compuesta por «400 kadetes y 100 socialdemócratas» elegidos como semikadetes. Y Lenin añadió, desafiante: «Nosotras preferimos la primera opción, y nos parece infantil pensar que la expulsión de las Centurias Negras de la Duma supone el fin de la amenaza que representan».²³

Para respaldar su postura, la editorial bolchevique publicó ediciones en ruso de obras de sus compañeros alemanes Karl Kautsky y Wilhelm Liebknecht. Por ejemplo, en *Las fuerzas motrices y las perspectivas de la revolución rusa*, el muy influyente Kautsky se deshacía en elogios hacia la revolución de 1905 y las tácticas de barricada de los bolcheviques, y se mostraba desdeñoso ante el potencial revolucionario de la burguesía rusa.²⁴ Una munición antimenechevique maravillosa, y utilizada con buenos resultados. El folleto de Liebknecht *¡Nada de compromisos, nada de acuerdos electorales!* fue, si cabe, aún más útil. Podemos hacernos una idea de lo que decía en el prefacio que escribió Lenin, que, por así decirlo, dio un giro radical a la «teoría del mal menor». He aquí un breve extracto:

La conciencia de clase de las masas no se ve corrompida por la violencia ni por leyes draconianas: la corrompen los falsos amigos de los trabajadores, la burguesía liberal, que *desvía* a las masas de la lucha real con frases vacías sobre la lucha. Nuestros mencheviques y Plejánov no comprenden que la lucha contra los kadetes es una lucha para liberar las mentes

23. *Ibid.*, pp. 315-6.

24. NEIL HARDING [ed.], *Marxism in Russia*, 1983. pp. 352-72.

de las masas trabajadoras de las falsas ideas kadetes y de los prejuicios sobre la combinación de la libertad popular con el antiguo régimen.

Liebknicht puso tanto énfasis en el hecho de que los falsos amigos son más peligrosos que los enemigos declarados que dijo: «La introducción de una nueva ley antisocialista sería un mal menor que el oscurecimiento de los antagonismos de clase y las líneas divisorias entre partidos mediante acuerdos electorales».

Traduzcamos esta frase de Liebknicht a los términos de la política rusa a finales de 1906: «Una Duma de Centurias Negras sería un mal menor que el oscurecimiento de los antagonismos de clase y las líneas divisorias entre partidos mediante acuerdos electorales con los kadetes» [...]. Solo los malos socialdemócratas pueden restar importancia al daño causado a las masas trabajadoras por los traidores liberales a la causa de la libertad del pueblo, que se ganan su favor mediante acuerdos electorales.²⁵

El enfoque bolchevique no solo se impuso en el congreso del POSDR celebrado en Londres en 1907, sino que pasó a inspirar y a caracterizar las tácticas y la estrategia adoptadas y aplicadas con firmeza por la Tercera Internacional (Comunista) tras su formación en 1919.

25. LENIN, *CW*, vol. 11, 1977, p. 403.

4. La Tercera Internacional

El 4 de marzo de 1919, entre los muros del Kremlin, donde antaño vivieron los zares de la antigua Rusia, se fundó la Tercera Internacional como partido revolucionario mundial. Organizada en el «marco de una organización proletaria internacional», unió a revolucionarios de todo el mundo «en torno a una plataforma ideológica común».¹ Esta «plataforma ideológica común», formalizada en las resoluciones y tesis de sus congresos y del comité ejecutivo, equivalía en la práctica a la generalización y aplicación global de los principios, la estrategia y las tácticas del bolchevismo, sobre todo en el ámbito del Parlamento y las elecciones parlamentarias.

El principal problema *interno* de la Comintern durante sus primeros años no fue el oportunismo de derecha; este se manifestó principalmente en el ámbito *externo*, en la denominada «Internacional Dos y medio» [o Internacional de Viena] y en los restos de la Segunda Internacional. No, el principal problema interno del movimiento comunista mundial en sus inicios fue el izquierdismo. Repugnados por la corrupción y la venalidad de la socialdemocracia oficial, que culminaron en la gran traición de agosto de 1914, existía, como hemos visto, la creencia generalizada y profundamente arraigada de que, para evitar correr la misma suerte, era fundamental mantenerse alejado de la Sodoma de nuestros días —el Parlamento burgués— y de la Gomorra de las elecciones burguesas. Esta moralina boicoteadora nació de un temor genuino y no solo caracterizó a los comunistas de «izquierda», sino también a la influyente IWW

1. G. ZINOVIEV. «Paris–Bern–Moscow», en JOHN RIDDLE [ed.], *Founding the Communist International*, 1987, p. 306.

[Trabajadores Industriales del Mundo] en Estados Unidos y a otros sindicalistas, incluidos muchos del movimiento de comités obreros en Gran Bretaña.

La Comintern dedicó un gran esfuerzo y mucha paciencia a intentar alejar a los camaradas inexpertos de las abstracciones y certezas aparentemente seguras del comunismo «de izquierda», amén de forjar la unidad en la acción y un diálogo constructivo con los sindicalistas. Esto no tenía nada que ver con establecer una especie de doctrina de la infalibilidad de Moscú. El famoso *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*² y las resoluciones de la Comintern dirigidas contra el izquierdismo estaban diseñadas para unir *de la manera más eficaz* las fuerzas de la revolución para la revolución contra el Estado burgués, incluido «el sistema parlamentario burgués».³ Los leninistas que dirigían la Comintern sabían bien que nunca podríamos derrocar al Estado burgués y establecer la dictadura del proletariado mediante sermones sobre rectitud y pureza. Eso equivaldría a que el movimiento comunista se convirtiera en una «estatua de sal»⁴ inútil, aunque inmaculada. Las ilusiones por el parlamentarismo entre las masas debían superarse haciendo uso del propio parlamentarismo. Esto se hizo explícito en el II Congreso de la Comintern, celebrado del 20 de julio al 6 de agosto de 1920. Su resolución sobre el Parlamento, «El Partido Comunista y el Parlamento», es un documento magistral.⁵ Además, aunque inevitablemente anticuado en tal o cual aspecto, conserva su fuerza y aplicabilidad.

2. El folleto de Lenin se escribió con motivo de la inauguración del II Congreso de la Comintern. Impreso casi al mismo tiempo en ruso, francés, alemán, italiano e inglés, se repartió entre todos los delegados a su llegada a Moscú.

3. LENIN, *CW*, vol. 28, 1977, p. 458.

4. *Génesis* 19:26.

5. Redactado y presentado por Bujarin.

La resolución insistía en que la «forma estatal» del socialismo debía ser la dictadura proletaria y la «república soviética».⁶ Se daba por sentado que esto nunca podría lograrse de forma pacífica a través del Parlamento burgués. La tarea de la clase obrera consistía en destruir el Estado burgués. Por cierto, para aquellos que aún puedan sentir cierta simpatía por el socialismo municipal al estilo del GLC,⁷ vale la pena añadir que la Comintern quería «destruir» también el Estado capitalista local y sustituirlo por «soviets locales de diputados obreros».⁸

Nada de esto suscitó objeciones ni indignación por parte de los comunistas de «izquierda». Sin embargo, no ocurrió lo mismo con la generalización de la experiencia parlamentaria bolchevique —desde las elecciones a la Duma de 1906-7 hasta la Asamblea Constituyente de 1918— como modelo para el movimiento comunista mundial en su conjunto. Era «obligatorio», decía la resolución de la Comintern, que el partido dirigente del proletariado utilizara todas las posiciones legales a su alcance, entre ellas el Parlamento. De hecho, debía utilizarse como un «centro auxiliar» en la labor

6. ALAN ADLER [ed.], *Theses, resolutions, manifestos of the first four congresses of the Third International*, 1980, p. 99.

7. Un ejemplo es el Partido Comunista Británico del *Morning Star*. Para justificar su audaz decisión de presentar a dos candidatos en las elecciones municipales de mayo de 1992, su secretario para Escocia, John Foster, escribía lo siguiente: «Ellos [el PCGB] sostienen que los ayuntamientos representan el único bastión que queda de la democracia» (*Morning Star*, 5 de mayo de 1992). NdE: el *Morning Star* es un periódico de izquierdas que nació bajo el nombre de *Daily Worker*, en 1930, y cuya deriva socialdemócrata recorrió un camino paralelo al declive del PCGB que originalmente lo auspició (más sobre esto en la página 101). Este último cuenta ahora con el periódico *Weekly Worker*.

8. ALAN ADLER, *Theses, resolutions...*, p. 100.

revolucionaria del partido.⁹ El Parlamento, como habían demostrado los bolcheviques, proporcionaba una excelente plataforma para difundir ideas revolucionarias y para *combatir las ilusiones parlamentarias* entre las masas.

Por lo tanto, la Comintern se oponía rotundamente a la minoría comunista «de izquierda» que quería boicotear las elecciones parlamentarias por escrúpulos morales y supuestos principios. Tal «postura» era «ingenua e infantil» y «no resistía el más mínimo escrutinio».¹⁰ Principalmente, solo cuando «las condiciones estuvieran maduras para pasar inmediatamente a la lucha armada por el poder de la Tercera Internacional» sería «admisible» un boicot.¹¹

A diferencia de nuestros partidarios de la vía parlamentaria, el II Congreso de la Comintern sostenía firmemente que el Parlamento carecía de «importancia relativa» (la «lucha por el poder se libra fuera del Parlamento»¹²). Los actuales defensores de la unidad, ya sean del tipo «comunista oficial» o del SWP [Partido Socialista de los Trabajadores], harían bien en tomar nota de que, por este motivo, la Comintern afirmó que la «unidad de todos los elementos comunistas» no debía determinarse por las tácticas parlamentarias, sino por la aceptación del «principio de la lucha armada por la dictadura proletaria».¹³

Evidentemente, esto no significaba que el parlamentarismo comunista careciera de valor. Al contrario: para que el parlamentarismo comunista se desarrollara por la vía correcta y tuviera el máximo impacto, la Comintern estableció 12 puntos que «debían tenerse en cuenta».¹⁴ En nuestra opi-

9. *Ibid.*, p. 101.

10. *Ibid.*, p. 102.

11. *Ibid.*, p. 103.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.*

14. *Ibid.*, pp. 103-5.

nión, estos puntos conservan su validez. Las organizaciones comunistas, sus diputados y sus candidatos deberían seguir «teniéndolos en cuenta». Podemos resumirlos así:

1. El Comité Central y el Partido Comunista deben «inspeccionar sistemáticamente» la calidad y la capacidad organizativa de su grupo parlamentario.
2. Los candidatos y los diputados deben haber demostrado su lealtad al Partido.
3. Los diputados comunistas deben aceptar la disciplina y las decisiones del Comité Central.
4. Los diputados comunistas deben combinar el trabajo legal con el ilegal.
5. Los diputados comunistas deben «subordinar toda su labor parlamentaria a la labor extraparlamentaria de su partido». El «objetivo» de la labor parlamentaria comunista es «la propaganda, la agitación y la organización».
6. Los diputados comunistas «deben desempeñar un papel de liderazgo en las manifestaciones de masas y otras actividades revolucionarias iniciadas por la clase obrera».
7. Los diputados comunistas no deben comportarse como socialdemócratas ni «establecer relaciones comerciales con sus electores».
8. Los diputados comunistas no son «legisladores» que buscan el acuerdo con otros legisladores. Son agitadores del partido en el «campo enemigo». Los diputados comunistas son «responsables no ante la masa atomizada de votantes, sino ante el Partido Comunista».
9. Los diputados comunistas deben pronunciar discursos comprensibles para el trabajador medio.
10. Los diputados comunistas de la clase obrera no deben dejarse intimidar por el Parlamento; deben hablar, aunque sea «siguiendo el guion al pie de la letra».

11. Los diputados comunistas no solo deben desenmascarar a la burguesía, sino también a los reformistas y a los centristas.
12. Los diputados comunistas solo merecen tal nombre si «muestran una hostilidad incesante hacia el sistema burgués y sus lacayos socialpatriotas».

El III Congreso de la Comintern se fijó como objetivo ganarse a la mayoría de los trabajadores para el comunismo. Dado que la ola revolucionaria desencadenada por la Revolución de Octubre había comenzado a remitir, esto ya no podía lograrse mediante un desafío directo a los falsos líderes de la socialdemocracia y a los «traidores de la burocracia sindical». Era necesario maniobrar, concretamente mediante la táctica del «frente único proletario».¹⁵ Lo que esto significaba era que los partidos comunistas plantearan y *lideraran* la lucha por un programa de reivindicaciones inmediatas que respondiera a las necesidades apremiantes de la masa de trabajadores. A través de este enfoque se podría crear un frente único «desde abajo» que erosionara y derribara las vacilaciones, reservas y prejuicios de la masa de trabajadores respecto a los comunistas.

En el IV Congreso de la Comintern Zinóviev —presidente de la Internacional— señaló que «el repliegue del proletariado aún no se ha detenido».¹⁶ Lo que esto significaba era que el frente único obrero, esbozado de forma somera en el III Congreso, «es ahora más relevante que nunca».¹⁷ Por lo tanto, el frente único desde abajo se complementó con un «frente único desde arriba». Para impulsar la lucha por el frente único desde abajo, es decir, para abrir a la masa

15. *Ibid.*, p. 301.

16. Citado en E. H. CARR, *The Bolshevik Revolution*, 1977, vol. 3, p. 440.

17. ALAN ADLER, *Theses, resolutions...*, p. 395.

de trabajadores a la influencia del comunismo, era legítimo «negociar con los líderes esquirols de los socialdemócratas» y proponer un frente único entre las direcciones.¹⁸

No obstante, a pesar de que la resolución sobre la táctica de la Comintern afirmaba que «la táctica del frente único no tiene nada que ver con las llamadas “combinaciones electorales” de los dirigentes en pos de uno u otro objetivo parlamentario», se consideró la posibilidad de que los comunistas utilizaran su fuerza parlamentaria para formar lo que se denominaba un «gobierno obrero».¹⁹ Francamente, esta fórmula fue fruto de una época de frustración, una época de creciente retroceso respecto a lo que se había considerado el umbral de la victoria mundial. Sin duda, era una fórmula bastante ambigua. Incluso según sus autores, entrañaba «peligros».²⁰ Y hay que decir que más tarde fue utilizada por oportunistas con fines reformistas. Sin embargo, no hay ningún misterio en cuanto a lo que la Comintern pretendía lograr.

El gobierno obrero tendría que contar con el apoyo de «organizaciones obreras combativas», e incluso un acuerdo «puramente» parlamentario «debería conducir a una lucha encarnizada contra la burguesía o incluso a una guerra civil».²¹ La dictadura «completa» del proletariado «solo» podría alcanzarse si estuviera bajo la dirección del Partido Comunista. No obstante, un gobierno de trabajadores y campesinos o un gobierno de coalición socialdemócrata-comunista —cuyas «tareas más elementales deben ser armar al proletariado, desarmar a las organizaciones contrarrevolucionarias burguesas, asumir el control de la producción, trasladar la carga principal de los impuestos a las clases propietarias y romper la

18. *Ibid.*, p. 396.

19. *Ibid.*

20. *Ibid.*, p. 398.

21. *Ibid.*, p. 395.

resistencia de la burguesía contrarrevolucionarias—²² podría representar un «punto de partida» para el Estado socialista.²³ Eso no sería así en absoluto, resolvió la Comintern, con un «gobierno obrero liberal» laborista o un «gobierno obrero» socialdemócrata.²⁴

22. *Ibid.*, pp. 397-8.

23. *Ibid.*, p. 399.

24. *Ibid.*, p. 398.

5. La excepcionalidad británica

El izquierdismo es, sin duda, fruto de la impaciencia revolucionaria. Por eso, en general, debemos tener una actitud tolerante hacia quienes lo padecen. Esta fue de hecho la postura de Lenin, como dejó claro en su folleto *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*.

Lo curioso es que, de vez en cuando, aparecen oportunistas de derechas que reclaman que leamos ese escrito de Lenin. No hace falta decir que lo hemos leído y que hemos aprendido mucho de él. Al parecer, los que no lo han hecho son ellos, porque si lo hubieran leído, no podrían entusiasmarse tanto con una obra impregnada de un compromiso casi fanático con el marxismo ortodoxo. ¿De dónde nace entonces ese característico entusiasmo por Lenin?

La respuesta es sencilla: esta obra en particular, o al menos su título, les sirve para evitar abrir cualquier debate. Cada vez que estos parlamentaristas se cruzan con nuestros vendedores de prensa, bajan la mirada, aceleran el paso y vociferan con entusiasmo el título del panfleto como si recitaran las sagradas escrituras ante el mismísimo Conde Drácula. Piensan que con solo mencionarlo nos dejan sin palabras e incluso que nos pulverizan. Invocan la autoridad del viejo revolucionario para justificar su miserable política, convencidos de que Lenin combatió todo lo que queda a la izquierda de su *derechismo*. Como dijo cierto filósofo: «*ignoratio elenchi!* [¡conclusión irrelevante!]». La izquierda comunista con la que Lenin polemizó se definía por su rechazo de principio a la participación de militantes comunistas en el Parlamento burgués —y en ocasiones a participar en sindicatos reaccionarios—. Nada que ver con nuestra postura.

Pero sí que existen críticos derechistas más formados que al menos han leído la obra de Lenin. Lo que ellos reivindicaban no es solo la cita de su título —gracias a Dios— ni el sentido general de la polémica, sino la necesidad de replicar la aplicación *específica* de su táctica a la situación de Reino Unido en 1920, es decir, una táctica para los comunistas en su relación con el Partido Laborista.

En otros países la tarea que se propuso la Komintern fue lograr *inmediatamente* una ruptura entre sus militantes y la socialdemocracia, para lo cual existían muchos caminos. Lo que Lenin propuso para Gran Bretaña fue la *afiliación* de los miembros del Partido Comunista al Partido Laborista para lograr un gobierno laborista.¹ ¿En qué sentido era, entonces, Gran Bretaña una excepción a la regla?² No nos tomará mucho tiempo mostrarlo.

A finales del siglo XIX la situación inglesa, en comparación al resto de Europa, era un complejo rompecabezas. Su industria continuaba siendo la más avanzada y sus sindicatos los más grandes y organizados; sin embargo, la clase obrera apenas pasaba políticamente de ser un puntal del Partido Liberal. Mientras en Alemania, Francia e Italia los comunistas estaban construyendo grandes partidos de masas, el poderoso movimiento obrero inglés se encontraba paralizado por el temor a que un giro hacia su independencia política entregara el gobierno a los *tories*, considerados un «mal mayor».³

1. Véase LENIN, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*.

2. ALAN ADLER, *Theses, resolutions, manifestos of the first four congresses of the Third International*, 1980, p. 404.

3. Cartas de Marx a Engels, en MARX&ENGELS, *Selected Correspondence*, 1965, p. 140.

Todo fenómeno capaz de superar el estado de parálisis de uno de los sectores más importante del proletariado internacional debía ser alentado por el marxismo. Es por ello que Engels saludó con entusiasmo la formación del Partido Laborista, independiente⁴ a pesar de sus limitaciones:

El primer gran paso para un país que entra por primera vez en el movimiento es organizar a los trabajadores en un partido del trabajo independiente, sin importar de qué forma, siempre que sea su propio movimiento y un partido claramente diferenciado. Mientras se trate de esto, los trabajadores serán impulsados hacia adelante incluso a través de sus propios errores y adquirirán sabiduría a través de sus fracasos.⁵

Lenin adoptó la misma postura cuando el recién fundado Partido Laborista solicitó su ingreso en la Segunda Internacional en 1908 y frente a él se opusieron algunos delegados franceses —seguidores de Guesde—, los socialrevolucionarios rusos, el ala revolucionaria del socialismo búlgaro y la Federación Socialdemócrata Británica. Al igual que Kautsky, defendió la admisión del Partido Laborista. Pero mientras que Kautsky y la mayoría lo apoyaron porque confiaban en que sería un buen representante de la lucha de clases en Reino Unido, Lenin propuso —sin éxito— una enmienda que precisaba que debería ser aceptado porque representaba un primer paso de las organizaciones proletarias británicas hacia una política de clase consciente y la construcción de un partido obrero *socialista*.⁶

4. Véase DAVID HOWELL, *British workers and the Independent Labour Party*, 1983, p. 300.

5. Cita de F. Engels en TONY CLIFF & DONNY GLUCKSTEIN, *The Labour Party. A Marxist History*, 1988, p. 14.

6. LENIN, *CW*, vol. 15, 1977, p. 235.

Lenin estaba convencido de que, «*en la práctica*», el Partido Laborista no era un partido independiente de los liberales y no buscaba la independencia política de la clase proletaria.⁷ Las posturas y las decisiones de sus dirigentes lo confirmaron en innumerables ocasiones. No obstante, los defendió frente a la feroz oposición de Henry Hyndman, líder de la Federación Socialdemócrata, pues despreciaba a todos aquellos sectarios que hacían del marxismo un dogma estéril. La tarea de los comunistas era trabajar «*allí donde* las masas obreras se encontraran».⁸ En aquel contexto, con los sindicatos de masas tomando la iniciativa para la creación del Partido Laborista, había ese espacio de acción; a pesar de que estos sindicatos fueran «cerrados, elitistas y hostiles al socialismo», habían empezado a *moverse* hacia este «de forma torpe, contradictoria y vacilante».⁹

Era imposible presentar hechos que disputasen la lectura de Hyndman sobre el Partido Laborista, que criticaba por ser semiliberal y por no estar comprometido ni con el socialismo ni con la lucha de clases. Lenin creía fervientemente que los acontecimientos políticos empujarían a los trabajadores británicos a reconocer la necesidad de un partido revolucionario. Hoy el ejemplo más cercano sería el caso de Estados Unidos. Allí la clase obrera organizada carece de un partido de masas y se limita a apoyar al Partido Demócrata con el fin de frenar a los republicanos. Si el equivalente estadounidense del TUGW, la AFL-CIO, rompiese con esta tradición, se abrirían las puertas a un avance cualitativo para el movimiento obrero. Con todos sus inevitables errores programáticos y teóricos, un movimiento de ese tipo debería ser apoyado, pues no habría duda de que reflejaría la presión

7. *Ibid.*, p. 234.

8. *Ibid.*, p. 237.

9. *Ibid.*, p. 237.

de las bases y podría representar un trampolín hacia la construcción de un verdadero partido proletario. Para Lenin, el Partido Laborista británico desempeñaba ese papel en 1908.

Ahora bien, sus esperanzas no lo cegaron ante la realidad del rumbo del laborismo. Su papel como reclutador para la Primera Guerra Mundial, su colaboración con el gobierno para mantener el orden social durante tal carnicería, su participación en el gabinete de guerra y sus vítores por la ejecución de James Connolly dejaron claro que era «un partido enteramente burgués [...] que existe con el propósito de engañar, manipular y embaucar sistemáticamente a los obreros».¹⁰ Como otros oportunistas de la Segunda Internacional, se adhirieron a los intereses de su burguesía nacional. Por eso Lenin afirmó que el Partido Laborista no podía ser juzgado únicamente en términos de su composición de clase, sino que uno tendría que comenzar analizando la política de sus líderes, a quienes calificó como «el peor tipo de reaccionarios».¹¹

Entonces, ¿por qué propuso Lenin la afiliación de los comunistas al Partido Laborista? Los laboristas contaban con el apoyo de la mayoría del movimiento obrero organizado, los financiaba con sus cuotas y votaban por él en las elecciones. Debido a los horrores de la Gran Guerra y el ejemplo de la Revolución Rusa, los trabajadores británicos se movieron rápidamente hacia la izquierda. Para mantener su hegemonía en el movimiento obrero, el Partido Laborista adoptó la célebre Cláusula 4 y recuperó como líder al socialpacifista Ramsay MacDonald, fingiendo haber experimentado una conversión socialista. En la Convención de Leeds de 1917 MacDonald apoyó una resolución que pedía la formación de soviets de obreros y soldados «en cada pueblo, ciudad y

10. LENIN, *CW*, vol. 31, 1977, p. 258.

11. *Ibid.*, p. 258.

distrito rural». ¹² En su apología al reformismo, *Parlamento y revolución*, escribió: «Unas elecciones al Parlamento nos dotarán del mismo poder que Lenin alcanzó mediante una revolución». ¹³

Según Lenin, en esta coyuntura los comunistas —a los que a menudo les resulta complicado acercarse a las masas— podrían aprovechar la influencia del Partido Laborista, lograr que las masas los escuchasen y ganar una plataforma amplia para la difusión y desenmascarar sus límites si conseguían que llegara al poder. Su intención era que las comunistas pudieran actuar libremente dentro de él, como había hecho el Partido Socialista Británico, que proporcionó buena parte de los militantes al recién formado PCGB. ¹⁴

Sin embargo, Lenin sostuvo la lucha por la afiliación como una táctica útil, nunca como un problema estratégico. De hecho, consideraba que, incluso si los laboristas *rechazaran* al PCGB, eso revelaría su verdadera naturaleza. Y, en cambio, si el PCGB lograba su afiliación, advertía que sería «muy equivocado» que degradaran sus principios para permanecer en el Partido Laborista. ¹⁵ Los dirigentes laboristas podían expulsarlos, pero para Lenin eso tendría «un efecto altamente beneficioso en las masas de los obreros de Gran Bretaña». ¹⁶

Ese mismo espíritu sustentaba su propuesta de llevar a los laboristas al gobierno, pues jamás habían formado gobierno y, según Lenin, merecían ser puestos a prueba. Concederles a «estos caballeros una cierta dosis de apoyo parlamentario», ¹⁷

12. RALPH MILIBAND, *Parliamentary Socialism*, 1973, pp. 55-6.

13. BERNARD BARKER [ed.], *Ramsay MacDonald's Political Writings*, 1972, p. 232.

14. LENIN, *CW*, vol. 31, 1977, p. 88.

15. *Ibid.*, p. 261.

16. *Ibid.*

17. *Ibid.*, p. 81.

implicaba sostenerlos como quien sostiene «la cuerda del ahorcado».¹⁸ Los comunistas no entrarían en un bloque con ellos por considerarlos un mal menor frente a los *tories* y liberales.¹⁹ Un Partido Laborista en el poder sería expuesto y atacado por el Partido Comunista.

Así, cuando el Partido Laborista formó gobierno el 23 de enero de 1924, el PCGB lo acogió con satisfacción, ya que representaba las esperanzas de la clase trabajadora y una oportunidad para que los obreros conscientes vieran con sus propios ojos si el camino parlamentario hacia el socialismo era viable o un callejón sin salida. Todo esto tuvo lugar en el contexto del declive económico y político de Gran Bretaña, en especial por la carnicería y los costes de la Primera Guerra Mundial. No resulta sorprendente por tanto que la llegada del Partido Laborista en las más altas instancias del Estado no se debiera a sus propios méritos de trabajo obstinado, enérgico y coherente, sino a la incapacidad de los viejos partidos para gobernar como antes. El gobierno de MacDonald fue un gobierno minoritario que dependía de los liberales, quienes, ante el auge de las expectativas obreras tras la guerra, consideraron más conveniente llevar a los laboristas al poder que formar una coalición de los partidos burgueses tradicionales. Así, aunque los comunistas sabían claramente que la clase trabajadora no podría liberarse de la esclavitud económica ni de la sujeción política sin la derrota de la burguesía en una lucha revolucionaria, la experiencia concreta de un gobierno laborista daría a los trabajadores británicos «una experiencia destinada a cuestionar la fortaleza de la democracia burguesa» (resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre el gobierno laborista británico y el PCGB).²⁰

18. *Ibid.*, p. 88.

19. *Ibid.*, p. 87.

20. JANE DEGRAS [ed.], *The Communist International 1919-1943*, vol. 2, 1971, p. 83.

Los comunistas no se hacían ilusiones respecto al gobierno laborista. *No* era un gobierno de lucha de clases proletaria; al contrario, insistían en que «aspira a fortalecer el sistema estatal burgués mediante reformas y la instauración de una paz de clases». ²¹ Por tanto, se esperaba que el gobierno laborista *traicionase* los intereses de la clase trabajadora. Esto no se consideraba algo negativo: contribuiría a curar las ilusiones de la clase obrera británica sobre la democracia capitalista y a «acelerar considerablemente el movimiento de la clase trabajadora hacia una posición revolucionaria». ²² Para facilitar este proceso, la Internacional Comunista instruyó al PCGB para «presionar al gobierno laborista y al Partido Laborista para que emprendieran una lucha decidida contra la clase capitalista», de modo que los trabajadores pudieran convencerse, a través de su propia experiencia, de la «ineptitud total» de los dirigentes laboristas, su «carácter traidor» y su «inevitable quiebra». ²³

La tarea inmediata consistía en lanzar campañas de masas para poner a prueba a los dirigentes laboristas y movilizar a la clase trabajadora en una acción conjunta. Con este fin, se plantearon las siguientes exigencias al gobierno laborista:

1. Abordar el problema del desempleo mediante una fiscalidad efectiva sobre los capitalistas y mediante la toma, bajo control estatal y obrero, de las empresas cerradas por ellos.
2. Nacionalizar los ferrocarriles y las minas, bajo administración conjunta con las organizaciones obreras.
3. Empezar medidas enérgicas para liberar a los campesinos y obreros de Irlanda, India y Egipto del yugo del imperialismo.

21. *Ibid.*, p. 83.

22. *Ibid.*, p. 83.

23. *Ibid.*

4. Luchar activamente contra el peligro de guerra en Europa y establecer una alianza con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Al presentar estas demandas, se esperaba que el PCGB «mantuviera su independencia ideológica, táctica y organizativa». Este era un requisito indispensable para convertirse en un «partido revolucionario de masas con gran influencia».²⁴

Es evidente que estas tácticas eran propias de su época. No constituían un dogma entonces, y no deberían considerarse como tal hoy. En 1924, el gobierno laborista, «como leal servidor de Su Majestad, el rey del imperio de los capitalistas», actuaba completamente en línea con los intereses burgueses. No hizo nada por combatir el desempleo, rechazó el control obrero. Mantuvo la industria en manos privadas, preservó el dominio imperialista británico y sus relaciones con la Unión Soviética no fueron de carácter proletario, sino típicamente burguesas.²⁵ Además, el Partido Laborista rechazó la afiliación del PCGB en 1923 y volvió a hacerlo una y otra vez, llegando a modificar en 1946 sus normas para poner fin a futuros intentos.

Desde 1924 los laboristas han estado en el poder en numerosas ocasiones. En cada una de ellas han sido, en esencia, indistinguible de los *tories* y, durante la última década, se han desplazado de forma constante hacia la derecha pro-CEE, promercado, probombas y progueras. No sorprende que hoy los trabajadores no alberguen ilusiones socialistas sobre ellos. Podrán considerarlo un mal menor frente a los *tories*, pero esa es otra historia que contaremos más adelante. Sobre todo, hoy debemos tener en cuenta que nuestro Partido Comunista ha sido objeto de una campaña organizada por parte de los revisionistas para clausurarlo. Todo esto no significa

24. *Ibid.*, p. 84.

25. *Ibid.*, p. 135.

que las tácticas defendidas por Lenin y la Internacional Comunista nunca vuelvan a tener relevancia, sino únicamente que no son aplicables en la actualidad.

6. La lógica del oportunismo

Nadie podrá ignorar que el mundo del comunismo oficial ha colapsado, pero convendría enfatizar que, al igual que ocurrió con la Segunda Intencional, lo que ha colapsado ha sido el oportunismo.

Por ello, el gran diario conservador *The Economist* expresó su pesar por el estado de la izquierda: sin un movimiento obrero reformista bien organizado, las explosiones sociales podrían resultar incontrolables. Concluía un reciente artículo con la siguiente observación:

Hace mucha falta una nueva izquierda. El fin del comunismo ha dejado al mundo, por así decirlo, de pie sobre una sola pierna. La marcha hacia adelante no podrá reanudarse hasta que la otra pierna recupere su vigor.¹

Una valoración que coincide con el informe del Pentágono *Problemas del comunismo*:

El debilitamiento de los partidos comunistas no es necesariamente algo positivo para las democracias occidentales [...]. Ellos canalizaban el descontento social hacia la política electoral y partidaria, así como hacia la acción sindical [...]. La caída de los partidos comunistas en los años ochenta y noventa eliminó a estos responsables defensores del descontento. Puede que todavía lleguemos a lamentar la desaparición de la escena política de aquellos dóciles partidos comunistas de los setenta y ochenta que lograban absorber la agitación social directa en formas de acción productivas.²

1. *The Economist*, 21 de diciembre de 1991.

2. *Problems of Communism*, octubre de 1992.

A diferencia de la Segunda Internacional, el colapso del comunismo oficial y de su oportunismo no se produjo en un solo momento histórico, como en el caso de agosto de 1914. Fue, en cambio, un largo proceso de desangramiento. Esto no significa que no podamos señalar puntos cualitativamente relevantes: uno especialmente crucial fue el que se formalizó en el VII Congreso de la Comintern.³

El comunismo oficial siempre consideró este congreso —el último de la Internacional Comunista, celebrado en 1935— como el auténtico culmen de sus logros.⁴ En realidad, representó su menchevización. Ante la creciente amenaza de la Alemania liderada desde 1933 por el belicista Hitler, un Stalin asustado ordenó, *de facto*, a los partidos comunistas de los países capitalistas subordinar su estrategia a la defensa de la URSS. Hasta entonces, aunque a menudo fue más un principio retórico que una práctica real, la defensa de la Unión Soviética siempre había estado estrechamente ligada al internacionalismo proletario y a la expansión de la revolución mundial. A partir de 1935 pasó a convertirse en un fin en sí mismo que exigía la preservación del *statu quo* internacional. Así, en lugar de luchar por derrocar a su propia burguesía nacional, los partidos comunistas tenían como deber orientar su acción a lograr un giro en la política de los Estados burgueses que permitiera relaciones más favorables con los soviéticos.

Los mencheviques habían buscado en su momento formar un bloque con los liberales para mantener a las Centurias Negras fuera del poder. Después de 1935 los partidos comunistas oficiales asumieron el mismo método (cabe recordar a quienes culpan de todo a Stalin que aquellos lo hicieron

3. Para una lectura interesante del suceso, véase E. R. CARR, *The Twilight of Comintern 1930-1935*, 1986.

4. Véase NOREEN BRANSON, *History of the Communist Party of Great Britain 1927-1941*, 1985.

con un entusiasmo genuino). El objetivo revolucionario se relegó a un futuro cada vez más indefinido, se redescubrieron las supuestas virtudes del Parlamento y, con el peligro fascista como justificación de cada giro hacia la derecha,⁵ los comunistas consolidaron un frente popular: primero con los laboristas, después con los liberales y, finalmente, con conservadores «progresistas» como la duquesa de Atholl.⁶ Como Lenin advirtió a los mencheviques, esa política no solo embotaba la conciencia revolucionaria de la clase trabajadora, sino que oscurecía la auténtica fuente de la contrarrevolución.

El fascismo de los años veinte y treinta estaba en expansión, y no simplemente como resultado de los planes de «los sectores más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero».⁷ Crecía debido a la crisis y descomposición del sistema capitalista *en su conjunto*. El fascismo representa la organización de esa decadencia. Naturalmente, puede adoptar múltiples expresiones —militar, monárquica, religiosa— y no limitarse a ser un movimiento de masas que moviliza a las clases medias, como sostienen los dogmáticos trotskistas. Su esencia, su papel, siempre consiste en resolver de manera negativa la situación revolucionaria abierta por la descomposición del capitalismo. En otras palabras, se trata de

5. En 1937 el PCGB dejó de usar el término «dictadura del proletariado» debido a «la necesidad de dejar claro que este asunto no está planteado en la situación actual de Gran Bretaña». En 1938, el lema «Trabajadores de todos los países, uníos» fue eliminado de la cabecera del *Daily Worker*. Véase SAM BORNSTEIN & AL RICHARDSON, *Two Steps Back*, 1982, p. 4.

6. La duquesa de Atholl fue miembro del Partido Conservador hasta diciembre de 1938, cuando dimitió y desencadenó una elección parcial en su circunscripción de Perth.

7. Estas fueron las palabras utilizadas por el secretario general de la Comintern, Georgi Dimitrov, en su informe al VII Congreso (G. DIMITROV, *The Working Class Against Fascism*, 1935, p. 10).

recurrir al terror crudo contra la clase trabajadora y sustituir la democracia burguesa y el pluralismo por el totalitarismo, con el fin de aplastar a quienes están abajo y recomponer las divisiones y fracturas dentro de la clase dominante.⁸ Por tanto, para erradicar verdaderamente el peligro fascista, no había otra opción: la clase trabajadora debía continuar la obra iniciada por los bolcheviques en octubre de 1917, no reinventar el menchevismo.

Al haber reeditado el menchevismo, el comunismo oficial se encontró en una pendiente resbaladiza cuyo fondo fue el programa reformista, la «vía británica hacia el socialismo» y el liquidacionismo organizativo de la Democratic Left. Con el fascismo temporalmente neutralizado —tras la derrota de las potencias del Eje en 1945 y la posterior redistribución del mundo por el dinámico superimperialismo estadounidense—, se necesitaba encontrar una nueva encarnación del mal como en su día lo fueron las Centurias Negras que permitiera a los oportunistas mantener el socialismo fuera de la agenda central de la clase trabajadora. En los años cincuenta y sesenta fueron los Estados Unidos; en los 70, la Comunidad Europea; en los 80, el thatcherismo, fenómeno que llegó a ser pintado en clave semifascista. Al hacerlo, los eurocomunistas podían invocar el nombre de Dimitrov y del VII Congreso, amén de proponer alianzas de obispos con obreros de la construcción, junto al SDP y a los *tories* anti-Thatcher. En 1992 esas mismas personas acabaron convertidas en un mezquino centro de asesoramiento sobre el voto táctico. Unos resultados tan lamentables son inevitables si un partido de clase renuncia a la tarea de hacer la revolución para abrazar, en cambio, el posibilismo burgués y la teoría oportunista del mal menor.

8. Véase R. YUROKOGLU, *The Disintegration of Fascism In Turkey*, 1985.

Hoy, como la Democratic Left ya no actúa en el ámbito de la política de la clase trabajadora, resulta fácil descartarla sin detenerse a estudiar la historia de su desintegración como parte del comunismo oficial. Esto es un error. La realidad es que la mayor parte de la izquierda en Gran Bretaña sigue padeciendo del mismo oportunismo. Es cierto que, en la mayoría de los casos, este oportunismo no está tan desarrollado; no obstante, si se le permite permanecer, si no es combatido, se le dará alas para propagarse y ejercer influencia sobre los trabajadores más avanzados, repitiendo el mismo error.

7. La naturaleza de la revolución en Gran Bretaña

Antes de abordar propiamente la cuestión electoral en la Gran Bretaña actual, debemos ocuparnos de las tareas de nuestra clase obrera —del mismo modo que lo hicimos con las de los trabajadores rusos en el capítulo anterior—. Como se recordará, según los bolcheviques anteriores a 1917, Rusia se enfrentaba a la necesidad de una revolución burguesa —o, en otros términos, democrática—. Dada la timidez de la fuerza política burguesa, esta revolución tenía que ser liderada por el proletariado en alianza con el campesinado: una revolución social que, al adoptar la forma de una insurrección popular, conllevaba la posibilidad, si el equilibrio de fuerzas de clase a nivel nacional e internacional lo permitía, de avanzar *sin interrupciones* hacia el socialismo. A partir de esta estrategia, la táctica, la organización y el estilo bolcheviques crecieron orgánicamente y acabaron floreciendo.

¿Y qué ocurre en Gran Bretaña? Nuestro camino es más amplio y directo. En gran medida gracias a Oliver Cromwell y a la máquina de vapor, hace mucho que completamos nuestra revolución burguesa. La revolución proletaria nos observa desde cada ventana. Salvo contadas excepciones extravagantes, los grupos, facciones y sectas que componen la izquierda revolucionaria estarían formalmente de acuerdo con esto. Incluso aquellos que, por su origen y por su continua pretensión, quieren hacernos creer, pese a sus programas *reformistas*, que son revolucionarios, también admitirían que el capitalismo no tiene futuro, que el socialismo es la respuesta largamente esperada.¹

1. Para nuestra crítica a las tendencias revolucionarias del «oficialismo comunista» y de *Militant*, véase CONRAD, *Which Road*, 1991.

Que la tarea estratégica principal que tenemos por delante sea la revolución proletaria no significa que pensemos ni por asomo que la revolución, esto es, la insurrección, sea un prospecto inminente.² La prioridad que nos ocupa es la lucha *revolucionaria* por las reformas. No dormimos con las botas puestas: en el momento de redactar estas líneas, aún no existe una situación revolucionaria en Gran Bretaña. No estamos en condiciones de decir cuándo *exactamente* se desarrollará tal situación; solo afirmamos que, en algún momento, lo hará. El método marxista que utilizamos y defendemos no es una bola de cristal. No obstante, en términos de nuestro programa, en términos de la necesidad histórica, lo que afrontamos es mucho más sólido que cualquier adivinación mística. Porque la contradicción principal en Gran Bretaña es la siguiente: el carácter privado de la expropiación y el producto social de la producción, y dado que esa contradicción ha alcanzado un grado de madurez, cuando no de sobremadurez, la tarea que se hace imperativa es *aplantar* el Estado burgués. Solo así podremos instaurar el orden socialista, la primera etapa del comunismo, y resolver las contradicciones del capitalismo, que, de no resolverse, amenazan la propia supervivencia de nuestra especie.

El avance hacia la revolución implicará, como siempre, una serie de acontecimientos accidentales y fortuitos. Pero para garantizar que esos acontecimientos sirvan y complementen el objetivo principal, es esencial que no nos dejemos desviar por quienes, por sus propios intereses, pretenderían imponer al movimiento continuo de los acontecimientos una *etapa artificial* a la que aspirar, antes de poner al socialismo en lo más alto de nuestra agenda. Todo lo contrario: cada

2. Esa fue la posición del Workers Revolutionary Party bajo Gerry Healy, una locura convertida en dogma por sus continuadores, *News Line*.

demanda de reforma, cada consigna, cada acción, cada táctica y cada estrategia deben estar *subordinadas* a la conquista del socialismo mediante un salto revolucionario.

Lejos de conducir a un dogmatismo estéril, los bolcheviques demostraron que esta firmeza de principios permite y exige flexibilidad. Naturalmente, esa flexibilidad solo sigue siéndolo si se ejerce en el contexto y bajo la orientación del programa revolucionario. Si lo que podría ser una táctica legítima se considera un fin en sí mismo, el resultado inevitable es perder el rumbo, es decir, el oportunismo. Vincular, desde el programa, la práctica cotidiana con el objetivo principal y *determinante* del socialismo nos protege de dejarnos llevar o seducir por la emoción del momento, la rutina y la popularidad voluble de determinada huelga, movimiento o campaña.

Aquí es donde la mayoría de las organizaciones de izquierda —ya sea en teoría o, sin duda, en la práctica— se alejan de nosotros. Con la excusa de una avalancha de palabrería y charlatanería sobre practicidad y realismo, la izquierda reformista levanta objetivamente todo tipo de barreras ante la clase obrera y frente a cualquier intento práctico y realista de dotarla de conciencia socialista. No hace tantos años era común para ellos insistir en que, antes incluso de plantearnos la cuestión del poder estatal, debíamos persuadir a un gobierno laborista para que se comprometiera con lo que se llamó «estrategia económica alternativa»: ³ una mezcla de

3. NdE: La *Alternative Economic Strategy* (AES) es el nombre de un programa económico propuesto por Tony Benn, un miembro disidente del Partido Laborista británico, durante las décadas de 1970 y 1980. La describió en su diario así: «Primero, la Estrategia A, que es el Gobierno de unidad nacional, la estrategia conservadora de una política salarial, impuestos más altos en general y deflación, con Gran Bretaña permaneciendo en el Mercado Común. Luego, la Estrategia B, que es la verdadera política laborista de salvar puestos de trabajo, un vigoroso programa de microinversiones, control de las importa-

sueños semikeynesianos de autarquía económica y una lista sindicalista de propuestas legislativas.⁴ Dadas las derrotas de la última década, las perspectivas reformistas son ahora todavía más modestas. Sin embargo, la receta para desarmar a la clase obrera, robarle su sentido de misión histórica, es la misma. Hoy en día, antes de poder avanzar algo, se nos dice que debemos desalojar a la mayoría parlamentaria conservadora. Así que, mientras que para los comunistas el principal enemigo es el capitalismo monopolista y la tarea esencial es la revolución, para los reformistas el principal enemigo son los conservadores —en ocasiones reducidos incluso a los thatcheristas— y la tarea principal es mantenerlos fuera del gobierno. Esta es la diferencia entre el arte burgués de lo posible y la ciencia comunista de la necesidad. Y de estos dos métodos diferentes deben derivarse políticas que no solo divergen, sino que se oponen e incluso se antagonizan: definitivamente no se trata de dos caminos hacia un mismo fin.

Huelga decir, a estas alturas, que la izquierda reformista no es la única que se adhiere a este enfoque etapista. En términos de práctica política, gran parte de la izquierda revolucionaria padece la misma infección *burguesa*, siendo un ejemplo paradigmático el SWP. En su propaganda el SWP defiende el socialismo, eso es cierto, aunque no es sorprendente que una organización que, por principio, rechaza la idea misma de elaborar y comprometerse con un programa sea incapaz de establecer el vínculo entre la teoría y la práctica. El resultado es que queda hipnotizada por el curso fortuito de los acontecimientos existentes en la superficie sin guiarse por la resolución de la necesidad. Así, al igual que la izquierda reformista, el SWP siempre está librando batallas, pero sin saber cómo ganar realmente la guerra. Como lo evidencian

ciones, control de los bancos y las compañías de seguros, control de las exportaciones y del capital, impuestos más altos para los ricos y la salida de Gran Bretaña del Mercado Común».

4. Ver GRAFTON, F., *The Leninist*, n.º 1, noviembre de 1981.

innumerables titulares de *Socialist Worker*, el lema dominante del SWP en la década de los 80 —que se mantuvo en los 90— era «¡Fuera los conservadores... y que entre el Partido Laborista!».

Si el capitalismo monopolista es nuestro principal enemigo y el socialismo nuestra principal tarea, se deduce que en Gran Bretaña debemos —como hicieron los bolcheviques respecto a su tarea de revolución democrática— considerar, juzgar y evaluar las diversas clases y partidos desde esa perspectiva. Comencemos por la derecha, con el Partido Conservador. Aunque es innegable que en términos de base electoral no es un partido del capital monopolista, cuando se trata de política —que es el verdadero criterio— no cabe duda: el Partido Conservador es un partido del capital monopolista, un partido contrarrevolucionario, un partido reaccionario. Lo mismo ocurre con los liberales demócratas: herederos directos del Partido Whig del siglo XIX, que fue, hasta la aparición del Partido Laborista, el partido del capitalismo industrial. Aunque su naturaleza sea algo menos evidente que la de los conservadores actuales, está comprometido en cuerpo y alma con el sistema existente y con la clase capitalista monopolista dominante. Ellos son hoy nuestras Centurias Negras y octubristas.

Aparte de agrupaciones marginales como el Partido Verde o la Democractic Left, las clases medias de nuestro país no tienen una expresión política real y directa; de hecho, su existencia como fuerza política organizada es prácticamente nula. Es muy probable que eso no cambie. Ciertamente, en este momento, los votos y la identificación de la clase media se reparten entre los dos partidos burgueses tradicionales y el Partido Laborista.

Esto, por lo tanto, nos lleva directamente a la clase obrera y al Partido Laborista. A pesar de todas las afirmaciones en sentido contrario, Gran Bretaña no se encamina hacia

la «ausencia de clases» de la clase media. En términos de población, está cada vez más proletarizada. Al fin y al cabo, aunque el número de trabajadores manuales ha disminuido de forma constante —una tendencia que continuará—, la cantidad de aquellos cuya única forma de subsistencia es vender su fuerza de trabajo ha crecido inexorablemente. Además, puestos que en el pasado se consideraban la cúspide de los logros de la clase media hoy están proletarizados por completo: enfermeras, profesores o secretarías, por citar solo tres. Sin embargo, aunque desde el punto de vista sociológico Gran Bretaña es predominantemente obrera, en la ideología existe un abismo enorme.

El Partido Laborista puede haber «nacido de las entrañas del TUC»⁵ (Ernest Bevin), pero políticamente ha demostrado ser profundamente reaccionario. En el gobierno, a todos los efectos, no ha diferido en nada de los conservadores, y cuando está en la oposición ofrece críticas «amistosas» y consejos técnicos —como hacen los *tories* cuando se intercambian los papeles—. El Partido Laborista ha servido lealmente al imperialismo británico en dos guerras mundiales y en numerosas guerras coloniales, entre ellas la de Irlanda. En toda su historia nunca ha organizado una huelga, pero ha apuñalado por la espalda a muchos trabajadores que sí lo hicieron, sobre todo a los mineros en la Gran Huelga de 1984-5. Por lo tanto, el Partido Laborista debe definirse como un partido obrero de la burguesía monopolista. Su papel, y el que cabe esperar que desempeñe, es el de un partido contrarrevolucionario que, en *nuestro* espectro político, ocupa la misma longitud de onda «rosa muy frío» que ocupaban los kadetes en la Rusia previa a 1917.

5. NdE: El Trades Union Congress (TUC) es la mayor federación sindical de Gran Bretaña. Data de 1868, y reúne en la actualidad a 48 sindicatos afiliados y a alrededor de cinco millones y medio de miembros.

No es este el lugar para entrar en el análisis detallado de cómo la clase capitalista monopolista, que en total no representa más del 1 % de la población, logra dominar la política y la sociedad en Gran Bretaña. Por el momento, digamos que, como clase *imperialista* que explota tanto al mundo como a Gran Bretaña, puede compensar con riqueza, poder, conexiones e ideas hegemónicas lo que le falta en número.

Partiendo de este esbozo de las clases británicas y su política, ¿qué podemos decir sobre las tareas estratégicas de los comunistas? Nuestra tarea no es presentar a los conservadores como un mal absoluto al que hay que expulsar del poder en favor de un mal menor. Tampoco consiste en reforzar las ilusiones existentes en la clase obrera de que el Partido Laborista es ese mal menor, y mucho menos en fomentar la *creencia* de que se le *puede* forzar a que luche. En primer lugar, debemos construir un partido revolucionario de masas de la clase obrera, es decir, debemos forjar de nuevo nuestro Partido Comunista. Sin ese partido no se puede hacer ni lograr nada serio. Para avanzar hacia la revolución, el PCGB debe sustituir al Partido Laborista como partido natural de la clase obrera y organizar al sector más avanzado de esta. Entonces, y solo entonces, la clase obrera podrá empezar a actuar como clase por sí misma, aislar sectores de la clase media del capital monopolista y explotar las divisiones en la clase dominante, todo lo cual es indispensable para la revolución.

8. Las elecciones del 92

Para unir los hilos históricos y teóricos que han conformado hasta ahora nuestro debate, vamos a pasar a analizar las elecciones generales de 1992. Al igual que ocurrió con las elecciones de 1906-7 en Rusia, estos comicios ponen de relieve las diferencias entre el leninismo y el oportunismo.

Las elecciones generales del 9 de abril de 1992 fueron las primeras «normales» que se celebraron en Gran Bretaña en cerca de una década. Lo que quiero decir con esto es que la política británica volvió al modelo bipartidista de los años cincuenta y sesenta, alterado por los efectos contradictorios del auge de la lucha de clases en las décadas de los años sesenta y setenta. A finales de los sesenta las propuestas del programa laborista *En lugar de la lucha* fueron bloqueadas por la acción obrera liderada por los comunistas. La Ley de Relaciones Laborales de Heath corrió la misma suerte a principios de los años setenta, que también vio la liberación de los Cinco de Pentonville y dos huelgas mineras victoriosas, culminando en unas elecciones generales que comenzaron con Edward Heath preguntando al país «¿quién gobierna Gran Bretaña?», sin que obtuviera la respuesta que esperaba. No es extraño que hubiera rumores de golpes de Estado y editoriales en *The Times* lamentando que Gran Bretaña se hubiera vuelto ingobernable.¹

A pesar del heroísmo de los mineros, impresores, marineros, trabajadores siderúrgicos y otros sectores clave de la clase obrera, los años de Thatcher demostraron cómo la victoria en la guerra de clases pertenecía a la burguesía. Nuestros

1. Para una detallada discusión de este periodo, aunque desde una perspectiva derechista, véase CLUTTERBUCK, R., *Britain in agony*, 1980.

líderes demostraron debilidad, falta de visión y completa incapacidad para romper con los límites de la política capitalista. Por encima de todo, los revisionistas habían hecho lo posible por destruir nuestro Partido Comunista. Como sabemos, con el fracaso del impuesto sobre el censo y su postura retrógrada hacia la CE, la «Dama de Hierro» se convirtió en un problema para la élite conservadora. No obstante, el hecho de que bajo Thatcher la clase dominante inclinara la balanza de las fuerzas de clase a su favor creó las condiciones para la campaña «de nuevo realista» de Kinnock, que hizo «avanzar» al Partido Laborista, devolviéndole a su posición histórica que ocupó entre 1945 y 1979: la alternativa «segura» para el gobierno.

A pesar de lo que afirmara el *Marxism Today* —cuyo cierre no nos inspira tristeza alguna— y su *alter ego*, el *Living Marxism*, el Partido Laborista nunca murió. La escisión del SDP fue responsable de las enormes mayorías parlamentarias de Thatcher, no el declive de los trabajadores manuales ni un cambio trascendental en las actitudes populares. En resumen: tras su vacilación hacia la izquierda reformista a principios de los ochenta, el Partido Laborista volvió a la corriente principal de la política burguesa. Las diferencias con los *tories* volvieron a ser de matiz, no de fondo. El Partido Laborista ni siquiera fingía que iba a lograr el pleno empleo, abolir las armas nucleares e instaurar el socialismo. Por eso, la única ilusión de las masas —en contraposición a los oportunistas— en el Partido Laborista era creer que no podía ser peor que los conservadores.

Para nosotros la campaña electoral de 1992 representó una etapa muy significativa y necesaria en la lucha por refundar el PCGB, una oportunidad de valor incalculable para desafiar al laborismo y plantear, de manera masiva, la importancia de la independencia política de la clase obrera de toda influencia burguesa. Los oportunistas, en cambio,

tenían una agenda completamente diferente. Lo principal era echar a los conservadores, algo que, al menos para la mayoría de ellos, solo se podía lograr con la llegada del Partido Laborista al poder.² Quienes consideran que los conservadores son el principal problema, inevitablemente ven al Partido Laborista como parte de la solución. Dado su pésimo historial antiobrero en el gobierno, el compromiso abierto y descarado de Kinnock con el capitalismo y, como era previsible, la falta de convencimiento y el profundo escepticismo de las masas, los propagandistas del oportunismo se vieron obligados a desplegar casi todos los argumentos posibles para justificar el llamamiento a votar al Partido Laborista. El resultado fue, invariablemente, una mezcolanza ecléctica y una total falta de coherencia. Nuestro propósito aquí no es detenernos en grupos concretos, sino desenmascarar a la izquierda oportunista en su conjunto. Por eso, lo mejor es abordar los argumentos que

2. Desesperada por las perspectivas del Partido Laborista, y virando hacia la derecha a una velocidad increíble, la Democratic Left se erigió en un centro de asesoramiento táctico para el voto. Su enfoque político fue retomado, aunque con un barniz más radical, por Robin Blackburn, quien, en un artículo publicado en la revista *New Left Review* —de la que es editor—, proponía el siguiente curso de acción: «En Inglaterra tendrá sentido votar al Partido Laborista o al Partido Liberal Demócrata, según cuál de los candidatos esté en mejor posición para derrotar al Partido Conservador, teniendo en cuenta en cierta medida la postura individual sobre la democratización». Mientras que la Democratic Left vería una coalición liberal-laborista (*lib-lab*) como un paso en la dirección de una futura mayoría laborista, Blackburn considera que tal acuerdo es *preferible* porque, según él, el Partido Laborista por sí solo sería «menos propenso a introducir la representación proporcional, aunque igual de moderado en todos los demás aspectos». Según Blackburn, la representación proporcional permitiría que en algún momento futuro una formación de la Nueva Izquierda pudiera medir su apoyo electoral (*New Left Review*, enero-febrero de 1992).

sostienen el «¿por qué votar al Partido Laborista?»,³ en lugar de centrarnos en los lamentables resultados cuando se les dio forma organizativa.

Podemos enumerar los argumentos principales esgrimidos por la izquierda oportunista para justificar el apoyo y el voto al Partido Laborista bajo los siguientes siete títulos *fatales*:

1) «Solo a través del Partido Laborista conseguiremos el socialismo». Por supuesto, Kinnock y compañía ni siquiera prometían el socialismo. Tampoco lo harían Smith y los suyos. De modo que, durante las elecciones generales de 1992, el argumento de que el Partido Laborista traería el socialismo no podía ser más que una falacia reformista, resumida en consignas como «queremos un gobierno laborista socialista».⁴ La dependencia del regreso de un gobierno laborista es el *leitmotiv* del programa del «comunismo oficial», conocido como «la vía británica hacia el socialismo», y de la línea editorial *What we stand for*, recogida en el *Militant*.⁵ El Nuevo Partido Comunista (NPC) kim-il-sungista comparte casi la misma obsesión con las posibilidades del Partido Laborista. Sueña con el día en que pueda deshacer la obra de la Tercera Internacional y de Lenin, para «superar la división entre las alas revolucionaria y socialdemócrata del movimiento obrero» y convertirse en un componente federado del Partido

3. NdE: Consigna ampliamente utilizada por la izquierda oportunista durante la campaña del 92.

4. *Militant*, 3 de abril de 1992.

5. NdE: Fundado en 1964 con el nombre de *Militant*, se autodenominaba «la voz marxista de los trabajadores y los jóvenes» y desempeñó un papel importante en la creación de una fuerte agrupación de izquierda dentro del Partido Laborista británico, hasta tal punto que el grupo llegó a ser conocido como la «tendencia *Militant*», por el nombre del periódico que vendían y leían. En 1997 *Militant Labour* (sucesor de la tendencia *Militant*) cambió su nombre por el de Partido Socialista, y el periódico *Militant* pasó a llamarse *Socialist* ese mismo año.

Laborista.⁶ Nosotros decimos: «que construyan sus castillos en el aire; los verdaderos comunistas nunca se doblegarán ante el laborismo».

2) «Aunque el Partido Laborista promete muy poco, algo es mejor que nada... ¡incluso es mucho!». Los trabajadores «se beneficiarían de forma directa y considerable de la sustitución de los conservadores, hasta si es por el actual Partido Laborista».⁷ Se añade que

hay cosas positivas en el programa del Partido Laborista [...]. El laborismo se ha comprometido a eliminar algunas de las peores características de las leyes antisindicales. Ha prometido mejorar de inmediato las pensiones y las prestaciones por hijos, y restablecer el vínculo entre las pensiones y los salarios. Además, prevé introducir un Parlamento en Escocia.⁸

Aquí tenemos un caso claro de cómo se le dice a la clase obrera que se conforme con migajas cuando deberíamos estar exigiendo toda la panadería.

3) «El Partido Laborista no será tan efectivo como los *tories* a la hora de atacar a la clase trabajadora». «La clase trabajadora estará en mejores condiciones de defenderse frente a un gobierno laborista vinculado a los sindicatos».⁹ «Un gobierno laborista es más sensible a la presión popular».¹⁰ En otras palabras, se nos pide que elijamos al opresor más «humano». No haremos tal elección.

4) «Lo más importante es deshacernos de los *tories*, y eso solo se puede lograr con el Partido Laborista». «Vota hoy al Partido Laborista. No hay otra manera de acabar con los

6. CHARLES FRASER, organizador industrial del NPC, *The New Worker*, 10 de abril de 1992.

7. *Socialist Organiser*, 26 de marzo de 1992.

8. *Morning Star*, 12 de marzo de 1992.

9. *Socialist Organiser*, 26 de marzo de 1992.

10. *Morning Star*, 12 de marzo de 1992.

tories y abrir la puerta a cambios radicales en la política británica. Eso solo se puede conseguir con un gobierno laborista [...]; votar por cualquier otra opción es un voto tirado a la basura». ¹¹ Es cierto que el Partido Laborista era la única alternativa realista de gobierno dentro del capitalismo en abril de 1992. En cuanto a que no había otra forma de abrir la puerta a un cambio radical, nada más alejado de la realidad.

5) «La moral de la clase trabajadora mejorará con una victoria laborista». La «derrota de Major y de los *tories* contribuirá a devolver la confianza en sí mismos a millones de trabajadores que hoy están demasiado desanimados para luchar directamente por sus propios intereses [...]. Si vencemos a los *tories* en las elecciones, se reactivarán las huelgas y la militancia industrial. Se reavivará la lucha de clases abierta». ¹² «La llegada de un gobierno laborista creará las mejores condiciones para luchar por quitar a Kinnock y a los reformistas en su conjunto, junto con los estalinistas, de las espaldas de la clase obrera y construir una dirección revolucionaria». ¹³ «Si los laboristas ganan las elecciones, la clase trabajadora verá reforzada su confianza. Ellos [*sic*] se animarán a exigir la derogación de la maldita legislación antisindical. La clase obrera también pasará a la contraofensiva con reivindicaciones de aumento de salarios, mejores condiciones de trabajo y una jornada laboral reducida». ¹⁴

6) «La moral de la clase trabajadora se verá aún más minada por una victoria de los conservadores». «Una victoria *tory* aumentará la desmoralización entre todas aquellas personas que anhelan el cambio». ¹⁵ «Si los *tories* vuelven al poder, afirmarán estar encomendados a lanzar una nueva ofensiva

11. Editorial del *Morning Star*, 9 de abril de 1992.

12. *Socialist Organiser*, 26 de marzo de 1992.

13. *Workers Press*, 21 de marzo de 1992.

14. ERIC TREVETT, líder del NPC, 13 de marzo de 1992.

15. *Socialist Worker*, 28 de marzo de 1992.

contra los sindicatos».¹⁶ Un mes más tarde la clase obrera de la CDU —alias la Alemania *tory*—, respondió a tamaño absurdo con la mayor ola de huelgas desde 1933. Y ocho meses después, en la Gran Bretaña *tory*, el *principal* tema de debate era la cuestión de la huelga general (véase el siguiente capítulo).

7) «Vota al Partido Laborista porque la mayoría de los trabajadores votan al Partido Laborista». «Mientras millones de trabajadores sigan depositando sus esperanzas en un gobierno laborista, nosotros diremos: ¡Vota al Partido Laborista, pero organízate para luchar!».¹⁷ Y estas personas se autodenominan líderes. No lo son. Son animadores en una burbuja que, automáticamente, sin pensar, sin referencia ni al pasado ni al futuro, se alinean detrás del Partido Laborista. Objetivamente, este tipo de personas contribuyen a depositar ilusiones en el laborismo, igual que hicieron sus antecesores políticos en el Partido Liberal hace un siglo.

Con estas *excusas* actuando como pegamento oportunista, cuando llegó el 9 de abril los oportunistas que normalmente se peleaban entre sí fueron capaces de unirse en apoyo menchevique a Kinnock: «No se debe permitir que nada se interponga en el camino de la victoria laborista», afirmó su perfecto representante, el editor de *Morning Star*, Tony Chater.¹⁸ Naturalmente, quienes se consideran a la izquierda de Chater añadieron esta o aquella salvedad, pero al final todo se redujo a lo mismo: seguir a Kinnock. «Vota al Partido Laborista..., pero construye una alternativa socialista»;¹⁹ «vota al Partido Laborista... ¡prepárate para la lucha que se

16. ERIC TREVETT, líder del NPC, 13 de marzo de 1992.

17. *Workers Power*, marzo de 1992.

18. *Morning Star*, 12 de marzo de 1992.

19. *Socialist Worker*, 28 de marzo de 1992.

avecina!»;²⁰ «vota al Partido Laborista... ¡y lucha por las políticas socialistas!»;²¹ «¡vota al Partido Laborista..., ¡pero rechaza las cobardes políticas de Kinnock!».²²

De todos ellos, quizás el SWP fue el menos optimista sobre lo que traería un gobierno laborista: «Todo socialista debería [...] votar al Partido Laborista sin la más mínima ilusión de que un gobierno de Kinnock sería mejor que el de los *tories* [...]. Una victoria *tory* aumentará la desmoralización entre todas aquellas personas que anhelan el cambio. Una victoria laborista hará que el cambio parezca un poco más posible, aunque el Partido Laborista realmente no prometa ningún cambio».²³

A juzgar por el historial del Partido Laborista, no hay motivo alguno para creer que un gobierno de Kinnock hubiera beneficiado a la clase obrera. Más bien, hay razones de sobra para pensar que un gobierno comprometido con el capitalismo, un sistema decadente y podrido que se basa en la explotación despiadada de los trabajadores, habría hecho todo lo posible por debilitar y socavar la combatividad de la clase obrera.

Mostrando su propia confusión y su clara tendencia hacia la irracionalidad, el SWP terminó defendiendo precisamente este argumento mientras al mismo tiempo llamaba a votar al Partido Laborista —aunque, para añadir más contradicción, se negó a hacer campaña o a trabajar realmente para conseguirlo—. Al repasar la reciente oleada de gobiernos de tipo laborista en el mundo —Francia, Grecia, España, Portugal, Australia, Nueva Zelanda—, el SWP describió una historia plagada de desgracias. En Francia, España y Portugal los gobiernos laboristas rompieron huelgas; el gobierno laborista

20. *Workers Press*, 30 de marzo de 1992.

21. *Socialist Outlook*, 21 de marzo de 1992.

22. *Workers News*, marzo-abril de 1992.

23. *Socialist Worker*, 14 de abril de 1992.

de Nueva Zelanda, hasta su derrota en 1990, «superó a Thatcher en la privatización de las industrias estatales». El desempleo creció un 12 %, los salarios reales disminuyeron con la ayuda de la burocracia sindical y la afiliación sindical se desplomó del 60 % a poco menos del 25 % de la población activa. Pero es Australia la que el SWP considera «el mejor ejemplo». Y, en efecto, parece serlo:

El Partido Laborista ha presidido la brecha con el crecimiento más rápido entre ricos y pobres en la historia de Australia [...]. Su política económica ha sido la misma que la del capitalismo de libre mercado defendida por Thatcher [...]. Los trabajadores han sido desmovilizados y El Partido Laborista ha infligido derrotas que son la envidia de los *to-ries* británicos.²⁴

Sin duda, ya que el Partido Laborista de Kinnock no prometía nada —y desde luego no el socialismo—, habría aplicado el mismo programa reaccionario y desmoralizador que su partido hermano australiano. Por eso es más que ingenuo pensar que «beneficiaría» a los trabajadores, y mucho más «exigir que el Partido Laborista tome medidas en defensa de los derechos y el nivel de vida de la clase trabajadora».²⁵ Solo la propia clase obrera puede luchar por sí misma y defender sus intereses.

Mientras que la izquierda oportunista creía que una victoria laborista en abril de 1992 cambiaría el equilibrio de fuerzas de clase en contra de la clase dominante, lo cierto es que los sectores más sensatos de la burguesía no veían preocupación alguna por la perspectiva de un gobierno de Kinnock. El *Financial Times* es un buen ejemplo: se trata de un periódico *de* la burguesía *para* la burguesía, que no tiene tiempo para las histerias y ataques antilaboristas de cierta parte de la

24. *Socialist Worker*, 28 de marzo de 1992.

25. *Workers Power*, marzo de 1992.

prensa que *desprecia* a las masas. Aunque el *Financial Times* afirmaba que el Partido Laborista no merecía ganar, se posicionó contra los conservadores porque estos merecían perder. Como demostró el miserable John Major —¡su mayor baza!—, los conservadores se han quedado sin ideas, se han corrompido y se han desgastado. Tal vez era hora de renovar el equipo, como sugirió el periódico rosa.²⁶

Por sorprendente que sea, no cabe duda del alcance de la derrota laborista del 9 de abril de 1992. La mayoría *tory* de 21 escaños de diferencia fue pequeña en comparación con las anteriores, eso es innegable. No obstante, fue su cuarta victoria consecutiva, con una mayoría suficiente para que Major completara una legislatura completa, de cuatro o cinco años. El Partido Laborista ganó 40 escaños, pero su nueva dirección sabía que aún le quedaba mucho por hacer si quería asegurarse la mayoría en las siguientes elecciones generales. La comisión de delimitación de circunscripciones de 1995 se encargará de dejarlo atado: se espera que «conceda» a los conservadores entre 12 y 20 escaños adicionales.²⁷ Hay que decir, además, que, desde el punto de vista económico y político, Major se encontró acorralado: tuvo que luchar en las peores condiciones posibles. Gran Bretaña atravesaba

26. NdE: Nombre por el que se conoce coloquialmente al *Financial Times*, debido al color rosado del papel de su edición impresa.

27. NdE: Este pronóstico de Conrad seguramente se debe a que las *Boundary Commissions*, con sus sucesivas delimitaciones de distritos, repercuten en favor de los conservadores por la distribución de escaños de cada partido. Como explica un interesante artículo sobre la reforma electoral británica, la sobrerrepresentación de Gales y Escocia, así como una representación media más baja —en torno al 9% de electores—, hace que esos cambios disminuyan el rendimiento del voto laborista. Ver MARÍA GARROTE DE MARCOS (2011), «LA REFORMA DEL SISTEMA ELECTORAL BRITÁNICO: A PROPÓSITO DEL REFERENDUM DEL 5 DE MAYO DE 2011», *Teoría y Realidad Constitucional*, n.º 28, UNED, pp. 528-9.

una doble recesión. Millones culpaban a los conservadores del desempleo, las ejecuciones hipotecarias, las subidas de tipos de interés y el declive industrial.

Entonces ¿por qué perdió el Partido Laborista? No tuvo nada que ver con el supuesto «atractivo» de John Major. En absoluto. Sus ineficaces programas de alta tecnología, su insinceridad al estilo Val Doonican y sus ridículas discusiones con miembros del SWP —ante las cámaras de televisión— solo lo dejaron en evidencia como el político de segunda categoría que es. Tampoco el poder se le escapó de las manos por el «triunfalismo» de Neil Kinnock en Sheffield. Ni tampoco se debió, como este afirmaba, a la influencia venenosa de la prensa conservadora. El Partido Laborista perdió porque, con la excepción parcial de Escocia, no existía un movimiento real en la sociedad que impulsara un cambio *radical*.

Por lo tanto, a pesar de una prolongada recesión, el Partido Conservador mantuvo intacto ese 40 % de votos del que disfruta desde 1979, una base social masiva integrada no solo por las clases medias, que se sentían amenazadas por las propuestas fiscales de John Smith, sino también por un amplio sector de la clase trabajadora, en especial su estrato superior y cualificado, los llamados C2.²⁸ Puede que no sintieran entusiasmo por los *tories*, pero no veían necesidad de pasarse al Partido Laborista. Eso, sumado a un considerable residuo liberal-demócrata surgido de la antigua «rompedora» Alianza Liberal/SDP, se traduce en que la clase dominante británica puede seguir gobernando a través de su partido *preferido*.

28. Curiosamente, el debate en torno a los impuestos confirmó que la mayor parte de la población en Gran Bretaña pertenece a la clase obrera. Los conservadores se presentaron como defensores de lo que llamaron «familias de ingresos medios», que según ellos mismos constituían apenas un 20 % de la población.

¿Significa eso que las elecciones de 1992 carecieron de importancia? No. Su característica más notable fue el serio desafío que representó el Partido Laborista. Este se recuperó considerablemente respecto a la debacle de 1983. Por aquel entonces, sumido en crisis interna y en la escisión del SDP —que le robó millones de votos—, obtuvo un 27,6 % de apoyo.²⁹ Había buenas razones para pensar entonces que los *tories* estaban a punto de consolidarse como el partido *dominante* en Gran Bretaña, como los liberales demócratas en Japón y los demócratas cristianos en Italia.

Eso no implicaba que el Partido Laborista estuviera «muerto». Más bien, como hemos dicho, que había pasado «de ser el partido alternativo al gobierno, como lo fue en los cincuenta, sesenta y setenta, a convertirse en un partido en crisis, un papel que desempeñó durante los años veinte y treinta».³⁰ Por eso no compartimos en absoluto la ridícula tesis académica de que la crisis del Partido Laborista se explicaba fundamentalmente por el descenso del número de trabajadores manuales y la revolución cultural burguesa thatcherista.

Nunca ha habido, ni habrá, una correlación directa entre el número de trabajadores manuales y los votos laboristas. Tampoco había nada permanente ni mucho menos hegemónico en Thatcher y el thatcherismo. Aun así, muchos vuelven a llegar a la conclusión de que el Partido Laborista nunca podrá ganar por sí solo unas elecciones generales.³¹

29. En 1970 los laboristas obtuvieron un 43,1 % de los votos. En 1979, un 36,9 %. En 1983, un 27,6 %. Bajo el liderazgo de Kinnock lograron recuperarse parcialmente: en 1987 alcanzaron un 30,8 % y en 1992 un 34,2 %. Aun así, los conservadores mantenían una ventaja considerable, con un 42,8 %.

30. *The Leninist*, n.º 52, 17 de julio de 1987.

31. «El Partido Laborista sigue percibiéndose a sí mismo como un gran partido, con un destino noble. Se equivocan. El 35 % obtenido en los comicios de la semana pasada sugiere que, a menos que rom-

Curiosamente, las voces más firmes no proceden de los expertos burgueses, sino de quienes se imaginan como líderes de la nueva, novísima, «nueva izquierda librepensadora»: el *New Times* de la Democratic Left, Robin Blackburn y su *New Left Review* o el *New Statesman and Society*.

Si alguna vez ha habido un caso en el que lo viejo se presenta como nuevo, es este. No se trata de una valoración desinteresada. Es un recurso polémico necesario para defensores pequenoburgueses de la Carta 88³² y una coalición liberal-laborista para impulsar su modernización constitucional. Olvidando sus propias predicciones de victoria laborista, o al menos de que el Partido Laborista emergería como el partido más grande en un Parlamento sin mayoría, estos supuestos representantes de lo «nuevo» desenterraron la desacreditada «tesis declinista», una versión del mondismo³³ de los años treinta y la idea de la clase obrera aburguesada de los años cincuenta, reinventada por el profesor rojillo Eric Hobsbawm tras los éxitos electorales de Thatcher en 1979 y 1983.

¿Cómo están las cosas realmente? Pese a la continua evolución de la clase obrera —inevitable y progresiva—, el Partido Laborista vuelve a ser el partido *alternativo* al gobierno. Los

pan con su propia historia, no tienen futuro alguno» (Joe Rogaly, *Financial Times*, 14 de abril de 1992).

32. NdE: Charter 88 fue un grupo de presión británico que abogaba por la reforma constitucional y electoral y que debe su origen a la falta de una constitución escrita. Comenzó como una edición especial del *New Statesman* en 1988 y tomó su nombre de Charter 77, el movimiento disidente checoslovaco cofundado por Václav Havel.

33. NdE: *mondism*, llamado así por Alfred Mond, fue un sistema propuesto por primera vez en Gran Bretaña a finales de la década de 1920, mediante el cual los sindicatos intentarían mantener el nivel de vida de la clase trabajadora y contribuir a la eficiencia industrial cooperando con los empresarios. Esta forma de colaboracionismo recibió fuerte apoyo de los líderes sindicales de derecha.

271 diputados laboristas provienen del 34,2 % de los votos, todavía bastante lejos de los conservadores. Sin embargo, si algo está en claro retroceso son los demócratas liberales. Los dos *principales* partidos del sistema político vuelven a acercarse en un peso social y parlamentario similar.

Políticamente también hubo acercamientos. La reorganización ministerial posterior a las elecciones llevada a cabo por Major marcó el fin de la cruzada thatcherista y un paso hacia el consenso de clases. En realidad, el Partido Laborista dio un paso aún mayor, sobre todo al adoptar políticas conservadoras: leyes antisindicales, privatizaciones, criminalización de la ocupación ilegal, armas nucleares, etc. Por tanto, pese a todas las afirmaciones recientes en sentido contrario, no hubo ningún choque ideológico de fondo entre *tories* y laboristas en la campaña electoral de 1992.³⁴ De hecho, para muchos votantes la diferencia entre los dos partidos era que los conservadores eran «el malo conocido».

Teniendo esto en cuenta, junto a la probabilidad de que bajo el liderazgo de John Smith el Partido Laborista se desplace aún más a la derecha, no se puede subrayar lo suficiente que no fue la clase trabajadora la que sufrió la derrota el 9 de abril de 1992. Para reafirmar lo que es el abecé de todos los trabajadores con conciencia de clase, las elecciones son el objeto, no el sujeto de la historia. Todo lo que el verdadero sujeto histórico, la clase obrera, ha conquistado se debe enteramente a su propia fuerza, no al color de este o aquel gobierno capitalista. Entre el 8 y el 10 de abril de 1992 no hubo ningún cambio en el equilibrio de fuerzas: las organizaciones de la clase trabajadora permanecieron intactas.

34. El «manifiesto del Partido Laborista evita incluso los gestos simbólicos hacia el viejo laborismo [...] ni siquiera se menciona el socialismo» (Dawnay, I., *Financial Times*, 19 de marzo de 1992).

Las agrupaciones y la prensa de corte menchevique en Gran Bretaña pintaron un panorama muy diferente. Según el llamado Partido Comunista Británico (PCB) de Tony Chater, las elecciones generales fueron un «desastre». ³⁵ *Socialist Worker* usó exactamente la misma expresión, al igual que el periódico trotskista *Socialist Outlook*. ³⁶ Todos ellos, y muchos otros, coincidían en que el Partido Laborista habría ganado si no hubiera sido por las políticas del «nuevo realismo» de Kinnock, Smith, Gould, Edmonds, Laird y compañía. La versión del PCB que ofrece John Major volvió a hablar en nombre de todos cuando dijo: «Las elecciones generales han demostrado que es precisamente esto [el debilitamiento del programa laborista] lo que hace que el Partido Laborista sea inelegible». ³⁷

Esto es un autoengaño patético. En Gran Bretaña las ideas dominantes son las ideas burguesas. El Partido Laborista se volvió *elegible* precisamente gracias a las revisiones políticas de Kinnock, la purga de Militant, etc. Pero hay más: los lamentos y llantos por la derrota laborista, los consejos no solicitados y la fingida tierna preocupación por su suerte ponen de manifiesto el *principal problema* de la izquierda británica, con toda su pobreza teórica y su filisteísmo: una fe profundamente arraigada, aunque completamente injustificada, en la supuesta naturaleza progresista y el potencial del Partido Laborista en el gobierno. Sin duda, la puerta está abierta para que estas organizaciones se conviertan en el ala izquierda de la burguesía, tal como hicieron los mencheviques en 1917. Lo único que falta es que la burguesía

35. *Morning Star*, 14 de abril de 1992. NdE: El Partido Comunista Británico (CPB en inglés) surgió de una disputa entre eurocomunistas y marxistas-leninistas en el PCGB en 1988, escisión que fue liderada por la redacción del *Morning Star*.

36. *Socialist Worker*, 18 de abril de 1992.

37. *Socialist Outlook*, 17 de abril de 1992.

las convoque, como un director de colegio, para que «entren». En palabras de Lenin, «es una expresión muy dura, pero justa».³⁸

Quienes realmente conciben el capital monopolista como el principal enemigo no hacen una lista de los partidos *a su servicio*. No participamos en elecciones burguesas apoyando al partido burgués que «los capitalistas menos quieren ver en el poder» frente a aquel que es su primera opción.³⁹ Este peligroso método, si se aplicara, *debería* conducir a sus defensores a recomendar el voto al BNP en lugar de al Partido Laborista. Gran Bretaña no se veía en una situación revolucionaria, y puede que no hubiera perspectivas inmediatas de socialismo. Eso no significaba que tuviéramos que elegir entre diferentes partidos burgueses. Sugerirlo es seguir, consciente o inconscientemente, el camino del menchevismo: dejar que nuestras prioridades las marquen, por un lado, el peligro conservador y, por otro, la ilusión de «conseguir que los laboristas luchen». No, nuestra prioridad, como lo fue para los bolcheviques, es construir una política *independiente* de la clase obrera, incluida la independencia del Partido Laborista.

Esto no significa una alternativa socialista mal definida y semirreformista al estilo del SWP. Necesitamos una verdadera alternativa al Partido Laborista: un partido revolucionario de masas firmemente basado en el centralismo democrático y el marxismo-leninismo, capaz de organizar a la clase obrera como clase para sí y de llevarla a la conquista del poder estatal, es decir, el Partido Comunista reconstituido. Eso es a lo que el Comité Central Provisional del PCGB se ha comprometido, y con ese objetivo firmemente en mente nos presentamos a las elecciones generales de abril de 1992.

38. Chater, T., *Morning Star*, 11 de abril de 1992.

39. *The New Yorker*, 13 de marzo de 1992.

A diferencia de la charca oportunista, siempre hemos sido claras al respecto: el principal enemigo de la clase obrera no son los conservadores. Sugerir que lo son es perder de vista el bosque por estar mirando un solo árbol. El principal enemigo es el sistema capitalista, su Estado y *todos* sus partidos políticos, incluido el partido capitalista monopolista que se disfraza de obrero, el Partido Laborista. Eso no significa que consideremos a conservadores y laboristas como un bloque homogéneo. La sección avanzada de la clase obrera debe emerger hacia una posición en la que tenga una política propia y pueda aprovechar los conflictos entre los conservadores y los laboristas. Para llegar a ese punto, la tarea de los comunistas nunca fue, ni es, seguir la conciencia existente de la clase obrera. Por el contrario, es cuestionar el supuesto derecho automático del Partido Laborista a los votos militantes de la clase obrera y luchar por un Partido Comunista reforzado que sustituya al Laborista como el partido *natural* de la clase trabajadora. Eso implicaba presentar candidatos comunistas.

Como era previsible, buena parte de la izquierda oportunista se opuso a nuestra decisión de presentar candidatos. Al igual que Kinnock y compañía, invocaron la «unidad» y dijeron que lo importante, después de 13 años de conservadurismo *tory*, era deshacerse de Major y su equipo. Bajo la marca del PCB del *Morning Star*, esta claudicación ante la influencia *burguesa* del laborismo se vistió de forma vergonzosa con ropajes comunistas. «Cada voto que no vaya al Partido Laborista ayudará a los partidos más a la derecha», proclamó John Roster, su secretario escocés.⁴⁰ No se trataba de una broma del Día de los Inocentes. Era una traición flagrante a toda la tradición electoral comunista anterior, y especialmente a John L'Estrange Malone, Shapurji Saklatvala, Willie Gallacher, J. T. Walton Newbold y Phil Piratin cuando eran

40. *Morning Star*, 1 de abril de 1992.

diputados comunistas. La verdad es que la clase obrera jamás estará unida «a menos que se trace una línea divisoria y se emprenda una lucha implacable contra quienes sirven para difundir la influencia burguesa entre el proletariado». ⁴¹ Esa *condición previa* para la unidad de clase es precisamente por lo que hemos estado luchando desde que las fuerzas leninistas del PCGB iniciaron la lucha ideológica abierta en 1981. Por eso acogimos con entusiasmo las elecciones generales de abril de 1992, porque nos permitieron trazar una clara «línea divisoria» entre el oportunismo y el comunismo revolucionario.

Durante las campañas electorales de 1983 y 1987 los *tories* pensaron que sería ingenioso reimprimir los puntos clave del manifiesto del PCGB en una serie de anuncios en los periódicos. No es que hubieran cambiado de color repentinamente: Thatcher y su partido estaban decididos a acabar «definitivamente» con el comunismo tanto dentro como fuera del país. No, lo que los conservadores buscaban era otra cosa: comparar nuestro manifiesto con el del Partido Laborista. Y que el electorado llegara a la conclusión de que el Partido Laborista se había desplazado tan drásticamente hacia la izquierda que, a todos los efectos, apenas se distinguía de los comunistas. Algo de cierto en ello había.

El laborismo de Michael Root, Tony Benn y Eric Heifer, junto con el «comunismo oficial» de Gordon McLennan, Tony Chater y Nina Temple, habían convergido en torno a unas políticas similares. Sí, el Partido Laborista se había desplazado hacia la izquierda. Tras la debacle del gobierno de Wilson/Callaghan, los dirigentes sindicales y los parlamentarios del Partido Laborista decidieron dar un giro en esa dirección para retener la lealtad de los militantes y activistas obreros. El «comunismo oficial» también había cambiado. Pero mientras el Partido Laborista nunca se alejó de

41. LENIN, *CW*, vol. 17, 1997, pp 222-3.

su territorio tradicional de la política sindicalista dentro del capitalismo, no se puede decir lo mismo del «comunismo oficial». La razón por la cual el «comunismo oficial» había terminado volviéndose indistinguible del Partido Laborista no era que este se hubiera convertido al comunismo, eso nunca ocurrirá, sino que el «comunismo oficial» estaba entrando en la etapa final de su desintegración y colapso. Su defensa del reformismo de izquierda evidenciaba que hacía tiempo había abandonado el comunismo y marxismo genuinos y la teoría y la práctica revolucionarias de Marx, Engels y Lenin. Los «comunistas oficiales» eran comunistas solo de nombre: abrazaban el laborismo y se movían hacia una política abiertamente procapitalista.

Gracias al trabajo, sobre todo en la campaña electoral, llevado a cabo por el Comité Central Provisional (CCP) del PCGB, el nombre de nuestro partido logró desvincularse de tales elementos. Ahora, un miembro del Partido Comunista se define como aquel que acepta nuestra disciplina y lucha por reforjar el partido en consonancia con los principios esbozados en las conferencias leninistas del PCGB, en particular la IV Conferencia. Todos los demás —los seguidores de Chater, los miembros del NCP, los «izquierdistas puros» y los izquierdistas democráticos— han quedado en evidencia como charlatanes, renegados y liquidadores. La bandera roja del Partido Comunista ya no está oscurecida por su sucia política laborista. Por eso, en 1992, ni la prensa conservadora ni el propio Partido Conservador pudieron sostener que el Partido Laborista no fuera distinto del Partido Comunista. Para todos los verdaderos partidarios de la clase trabajadora, esta es una gran noticia y un motivo de celebración.

Es cierto. Gary Bushell, columnista de *The Sun* y exmiembro del SWP, escribió una historia absurda intentando difamar a Kinnock como la «elección de los camaradas».⁴² No cuajó.

42. *The Sun*, 4 de abril de 1992.

Los «camaradas» a los que se refería no eran, como decía, «los rojos de línea dura de Gran Bretaña», ni tampoco el CCP del PCGB. Ni mucho menos: quienes «estaban deseando que ganara el Partido Laborista» eran, como era de esperar, las publicaciones de la izquierda menchevique, como *Workers Power*, *Militant*, *Socialist Worker* y *Workers News*, que a lo largo de su existencia parasitaria se han alimentado del estanque del Partido Laborista y sus alrededores.

Mientras que estos grupos instaban a que los trabajadores votaran al Partido Laborista porque era el «mal menor», el CCP pudo llevar adelante una campaña comunista que presentaba a nuestra clase una alternativa real. Nuestro manifiesto comunista era una declaración clara de principios comunistas, y se basaba firmemente en lo que la clase obrera necesita en esta etapa de la historia mundial, y no en lo que el capitalismo dice que puede permitirse.

Inevitablemente, la izquierda oportunista reaccionó con un clamor de protestas, nos acusaron de que íbamos a abrir la puerta a los conservadores, nos exigieron retirarnos en favor del Partido Laborista e incluso nos dijeron que nuestro manifiesto no era revolucionario.⁴³ Obviamente, ignoramos sus calumnias, desoímos sus consejos y nos tomamos sus lecciones de pureza revolucionaria con nada más que una sonrisa irónica. Estábamos decididos a usar las elecciones generales para propagar el comunismo y la revolución, poner a prueba nuestras fuerzas y construir nuestra

43. El grupo trotskista *Workers Power* defendió «el voto al Partido Laborista porque, al ser un partido con base en la clase obrera, es importante someterlo a la prueba del gobierno», mostrando así su completa rendición al laborismo y prometiendo que solo en «circunstancias especiales haríamos excepciones». En cuanto a nuestros candidatos, se negó a prestarles apoyo, aparentemente porque no «defendíamos un programa comunista revolucionario» (*Workers Power*, marzo de 1992).

organización. Renunciar a ello por ayudar al Partido Laborista «sería subordinar la política de clase al parlamentarismo, en lugar de subordinar el parlamentarismo a la política de clase».⁴⁴

En cuanto a la acusación de que dejaríamos la puerta abierta a los *tories*, se trata, por supuesto, del mismo tipo de reproche que se lanzó contra Lenin y los bolcheviques. Se suponía que ellos iban a «dejar entrar a las Centurias Negras» con su actividad electoral. Sin embargo, al igual que los bolcheviques, no teníamos ninguna intención de dejar la hegemonía sobre la clase obrera en manos de las fuerzas del liberalismo o del oportunismo. En caso de que una división del voto asegurara la victoria de un conservador, no veíamos motivo alguno para que se nos culpara por no haber votado al laborista, y no al laborista por no habernos votado a nosotros. Al igual que los mencheviques antes que ellos, nuestros oportunistas insistían en que no podíamos esperar que los laboristas se declarasen revolucionarios. Pero, al igual que los bolcheviques antes que nosotros, nuestra respuesta era sencilla. No veíamos ninguna razón por la que los comunistas debieran declararse laboristas.⁴⁵

Es evidente que los candidatos que se presentaban con nuestro manifiesto comunista merecían el apoyo de los verdaderos partidarios de la clase obrera. Pero, además, también propusimos una plataforma mínima de defensa de la clase trabajadora: contra el impuesto de capitación, contra los controles de inmigración, contra la discriminación de gays y lesbianas, por un salario mínimo de 250 libras semanales, por el derecho al trabajo o prestaciones completas, por pensiones estatales equivalentes al salario mínimo, por el aborto gratuito, por guarderías públicas y gratuitas las 24 horas, por la retirada incondicional de las tropas británicas de Irlanda

44. LENIN, *CW*, vol. 11, 1997, p. 285.

45. LENIN, *CW*, vol. 11, 1997, pp. 314-5.

y por el derecho a la autodeterminación de Escocia y Gales. Si los candidatos de *otros* partidos u organizaciones —incluidos los del Partido Laborista— la apoyaban, decíamos que también merecían nuestro apoyo. Cuando ningún candidato estaba dispuesto a firmarla, pedíamos que los votantes escribieran «comunista» en su papeleta. No se debía votar a quienes se negaban a luchar contra el capitalismo, pues solo podían tergiversar y oprimir a la clase obrera. Al hacerlo, nos dirigíamos principalmente «a personas que sabemos de antemano que no nos seguirán».⁴⁶ La izquierda laborista no nos siguió, pero sí reveló su auténtica naturaleza. Los laboristas de izquierda, como Ken Livingstone, se negaron incluso a mencionar el socialismo en sus discursos electorales, ni que decir tiene a defender una plataforma cuya lógica es revolucionaria. Este tipo de personas no merecían el apoyo de los comunistas, y por tanto no lo obtuvieron. ¿Y qué hay de los candidatos de Militant?

Nuestra organización apoyó activamente a Lesley Mahmood en las elecciones parciales de Walton en 1991. ¿Por qué? Porque queríamos que Militant rompiera, tanto organizativa como políticamente, con el laborismo. Apoyamos a Mahmood «como una sogá sostiene al ahorcado».⁴⁷ Fuera del Partido Laborista, Militant sería más fácil de someter a la propaganda comunista y al debate abierto. La ruptura organizativa de Militant con el Partido Laborista se ha logrado *de facto*; lo que toca ahora es abordar su política. No podíamos hacerlo dando un apoyo automático: teníamos que desafiarlo. Lo hicimos mediante nuestra plataforma de defensa de la clase obrera. Al final, Militant también mostró su verdadera naturaleza. Puede haberse separado formalmente del Partido

46. ZINOVIEV, G., citado en DEGRAS, J., *The Communist International 1919-1943*, vol. 2, 1971, p. 1.

47. NdT: en inglés la frase es más efectiva por el juego de palabras con el término *support*, que tiene como acepciones tanto «apoyar» como «sostener».

Laborista, pero no lo ha hecho políticamente. La política de sus candidatos no difería del laborismo de izquierda, por lo que dijimos que no merecían apoyo.

No nos disculpamos por considerar que la tarea principal era la lucha por refundar el PCGB. Por eso presentamos candidatos el 9 de abril. Si eso significaba que algún reformista de tono rosa perdería su escaño en el Parlamento, era un precio que valía la pena pagar. La elección de un solo comunista habría hecho mucho más por la clase obrera que 50 diputados laboristas. De hecho, si tuviéramos que elegir, preferiríamos cuatro diputados comunistas y 10.000 votos comunistas no oficiales, aunque eso significara —según el sistema mayoritario— un gobierno *tory* (evocamos aquí con toda intención a Lenin). Una victoria *tory* no significaría «desmoralización», como dice *Socialist Worker* a sus lectores, sino que la clase obrera está lista para luchar, lista para avanzar hacia cosas más grandes y mejores. Al fin y al cabo, lo que los trabajadores británicos necesitan para convertir su descontento en acción consciente es su Partido Comunista. Por consiguiente, la lucha por ese partido antecede a la lucha por los salarios, contra el fascismo, el impuesto de capitación o sacar a Gran Bretaña de Irlanda [*NB*: lo que supone romper Reino Unido]. Lejos de ser un planteamiento sectario que perjudique esas campañas, debemos reconocer que sin su Partido Comunista la clase obrera está descabezada. Sin su Partido Comunista, se reduce a una clase esclava, sin perspectivas excepto la de atenuar momentáneamente el *grado* de explotación, y no de abolir dicha explotación.

Nuestra organización no abordó la campaña electoral sumando los recursos «de sobra». Ese es el típico enfoque del oportunismo. Tomamos la necesidad política como punto de partida: elegimos cuatro candidatos y lanzamos una campaña en Escocia, Inglaterra y Gales en torno a nuestro manifiesto revolucionario sin concesiones. Los izquierdistas

que apoyaban al Partido Laborista nos dijeron que esto nos aislaría de las masas de la clase obrera. Pero basta juzgarlos por sus propios resultados. Las personas que mostraron tanta preocupación por que nuestra política independiente pudiera alejarnos de las masas no tuvieron ningún impacto independiente. De hecho, no tuvieron ningún impacto. Toda la campaña del Partido Laborista fue dirigida desde arriba, desde Walworth Road, se llevó a cabo en y para la televisión. Los «comunistas oficiales», los trotskistas y los laboristas de izquierda eran irrelevantes para todos, salvo para ellos mismos —y hasta eso es discutible—.

En nombre del Partido Comunista, en cambio, conseguimos dirigirnos a millones de personas de la clase trabajadora y enfrentarnos no solo a la dirección laborista, sino también a su izquierda. Ken Livingstone —columnista en *The Sun* con un sueldo de 750 libras a la semana y antiguo aspirante a líder laborista— fue uno de ellos. A través de nuestra candidata por Brent East, Anne Murphy, desenmascaramos su postura, sobre todo respecto a Irlanda. Mientras nosotros defendíamos la necesidad de que los trabajadores británicos exigieran la retirada *inmediata* de las tropas y se solidarizaran con las fuerzas de liberación nacional, Livingstone pedía tal retirada durante el *transcurso* de la legislatura del Partido Laborista. En otras palabras, cuando conviniera al imperialismo. Mientras nosotros deseamos ver a Gran Bretaña *derrotada* y expulsada de Irlanda, como Estados Unidos lo fue de Vietnam, Livingstone aboga por un acuerdo reformista dentro del marco del imperialismo que contemple que Gran Bretaña se retiraría de forma gradual y pacífica.

Desde el principio dejamos claro que nuestra intervención tenía como objetivo utilizar las elecciones burguesas como plataforma de propaganda: utilizar sus periódicos, la radio y la televisión para difundir la noticia de que el comunismo sigue vivo. Nuestros resultados fueron modestos: Tam

Burn (Glasgow Central), 106; Mark Fischer (Rhondda), 245; Stan Kelsey (Bethnal Green y Stepney), 156; y Anne Murphy (Brent East), 96. Nunca esperamos una gran votación comunista en las condiciones de abril de 1992. Nuestro objetivo era conseguir la máxima publicidad y demostrar que existe una respuesta combativa al capitalismo, que el comunismo no cayó con el Muro de Berlín. Quienes se burlan de los votos comunistas solo muestran su reformismo y fetichismo parlamentario. Los comunistas en Gran Bretaña somos débiles en términos de apoyo popular, pero debemos partir de la realidad, de dónde estamos y no de dónde nos gustaría estar... Y, en términos de impacto, propaganda y desarrollo de fuerza, hemos tenido un excelente comienzo.

La presentación de nuestro manifiesto tuvo una amplia cobertura mediática: principalmente en *The Independent*, donde se le dedicó un reportaje fotográfico de un cuarto de página; apareció en el *Daily Star*, en la *BBC Radio 4* y en los informativos del *World Service*. La decisión de garantizar que los 250.000 electores recibieran nuestro manifiesto fue más que acertada. Durante la campaña nos encontramos con frecuencia con personas que decían «he leído vuestro manifiesto y...»; ya fuera para mostrarse de acuerdo o en desacuerdo, lo importante era que lo habían leído. Por primera vez en años, para muchos por primera vez en su vida, habían leído un texto de propaganda electoral comunista revolucionaria.

También logramos cobertura local para nuestros candidatos. En *Willesden and Brent Chronicle* Anne Murphy fue presentada al electorado bajo el título «Defender a la clase trabajadora», y en *Greater London Radio* volvió a debatir con Livingstone sobre Irlanda. En *Capital Radio* Stan Kelsey, candidato por Bethnal Green y Stepney, también explicó a los oyentes la posición comunista sobre el tema. Participamos en numerosas reuniones públicas organizadas por grupos comunitarios o asociaciones de vecinos, donde se hicieron

preguntas sobre todo tipo de temas: desde las restricciones del aparcamiento hasta el desempleo o la vivienda. En una de esas reuniones, en Brent East, el programa «Newsroom South East» de la *BBC TV* mostró la absurda paranoia de Livingstone cuando acusó a nuestros militantes de ser jagentes del MI5! No teníamos necesidad de recurrir a semejante disparate, teníamos un arma mucho más poderosa: la verdad. Entre otras cosas, la verdad de que el comunismo es la respuesta y de que el Partido Laborista es un partido proimperialista de los patronos. La relación del Partido Laborista con el Estado quedó perfectamente al descubierto en Escocia, donde el candidato Tam Dean Burn fue expulsado por la fuerza de la reunión pública de Roy Hattersley, después de que este charlatán, normalmente locuaz, se negara a discutir la guerra en Irlanda. Nuestro camarada fue filmado por la BBC escocesa mientras la policía y los matones del Partido Laborista lo sacaban a la fuerza del local, y aun así seguía exigiendo que Hattersley respondiera por los crímenes del Partido Laborista en Irlanda.

No nos limitamos únicamente a los medios burgueses para nuestra propaganda. Junto con la edición especial para las elecciones generales de nuestro órgano central, *The Leninist*, llevamos a cabo un relanzamiento experimental del *Daily Worker*. Algunos lo recibieron con malos ojos. Tony Charter y su *Morning Star* amenazaron con demandar a nuestros compañeros ante los tribunales burgueses porque no les habíamos pedido su imprimátur. Afirmaban que el título *Daily Worker* era de su propiedad privada y exigían —en nombre de los derechos burgueses— que lo cerráramos. Como buenos comunistas, no les hicimos caso y continuamos con la publicación.⁴⁸ El *Daily Worker* resultó ser un arma de agita-

48. El martes 7 de abril de 1992 un grupo de nuestras compañeras llevó a cabo una ocupación simbólica de media hora de las oficinas del *Morning Star*. Al día siguiente, ese miserable periódico informó de nuestra acción con el titular: «Los leninistas acosan a las trabajadoras

ción inestimable para nuestra campaña, aportando a nuestra política una inmediatez que el quincenal *The Leninist* no podía proporcionar.

En definitiva, nuestra campaña para las elecciones generales de 1992 trazó una línea nítida entre el oportunismo y el leninismo y acercó el día en que nuestra clase tendrá por fin el partido comunista de masas que necesita. Apoyándose en la rica herencia del pasado, nuestra campaña de abril de 1992 apuntaba, sobre todo, hacia el futuro.

del *Star*». Se dijo a los lectores que nuestra acción se producía por una «negativa a conceder» el «derecho de uso del nombre *Daily Worker*». La verdad es algo distinta.

En el edificio solo había una mujer entre el personal. Subió directamente las escaleras para llamar a la policía, se quedó allí y no volvió a aparecer. Es difícil «acosar» a alguien con quien no se tiene contacto. En cambio, la compañera encargada de coordinar nuestra ocupación fue atacada tanto por el organizador nacional del PCB y exportero de los Euros, Nidge Tovey, como por el miembro del comité ejecutivo del PCB, John Haylett. Con ello, el *Star*, además de mentir, lo único que hace es mostrar su hipócrita sexismo.

El *Morning Star* se jactó de haberse «negado a presentar cargos» contra nuestros compañeros. Eso debería ser una cuestión de principios. Pero en realidad no había ninguna base para presentar cargos, como reconoció la propia policía llamada por el *Star* cuando nuestros compañeros se enfrentaron a ellos. Sin embargo, cuando desapareció una llave durante la ocupación, se amenazó a los compañeros con presentar cargos, llevarlos a la comisaría más cercana y registrarlos. Cuando se le preguntó si esta medida contaba con la aprobación del *Morning Star*, el oficial al cargo respondió que «sí».

En cuanto a la «negativa» a dejarnos «usar el nombre *Daily Worker*», pueden «negarlo» cuanto quieran, nunca pedimos permiso. Pero las órdenes judiciales, las multas y el encarcelamiento de compañeros líderes son algo muy distinto. Eso es con lo que nos amenazó el *Morning Star*, y esa fue la razón de nuestra ocupación. Algo que, fiel a su estilo, y a pesar de su supuesta defensa de la «glasnost», el periódico omite contar a su menguante círculo de lectores.

9. A modo de conclusión

Las elecciones generales de abril de 1992 se celebraron en un clima de paz social poco alentadora y de reacción política desorientadora. En el ámbito sindical, seguíamos a la sombra de 1984-5 y de la derrota de la Gran Huelga de los mineros. La colaboración de clases alcanzó nuevos mínimos. Incluso entre la izquierda en general, los acuerdos de conveniencia se convirtieron en una práctica habitual. Las estadísticas gubernamentales sobre huelgas mostraban que el número de días «perdidos» en 1991 era el más bajo registrado.

En el frente político, para agravar el pesimismo, la mayoría seguía considerando las contrarrevoluciones democráticas en Europa del Este y la antigua Unión Soviética como victorias del poder popular. Estudiantes derribando el Muro de Berlín, visitas al supuestamente lujoso dormitorio de Elena Ceausescu, Yeltsin sobre un tanque disidente: esas eran las imágenes dominantes. Irónicamente, para empeorar las cosas, a muchos les empezaba a parecer que el llamado poder popular había abierto una caja de Pandora: que, de alguna manera, era el socialismo burocrático, y no la restauración del capitalismo, el principal responsable del desempleo masivo resultante, el resurgimiento religioso, los asesinatos chovinistas, las guerras nacionalistas, la delincuencia, los neofascistas, la prostitución y otras formas de regresión social.

No es de extrañar que, mientras la clase dominante calentaba su ideología decadente en las brasas moribundas del socialismo y afirmaba que el sistema de mercado era la elección del pueblo, la política *independiente* de la clase trabajadora pareciera a los filisteos una idea inalcanzable y lejana, una idea propia solo de excéntricos, chiflados y leninistas.

Al depositar sus esperanzas y esfuerzos en la elección del partido de Kinnock —que iba en cabeza en las encuestas—, los oportunistas creían que la coyuntura adversa podría moderarse. Los votantes no les hicieron el favor. El resultado de las elecciones generales fue un doble golpe bien merecido tanto para los encuestadores como para la izquierda prolaborista. Gallup y Mori volvieron a sus ordenadores y el menchevismo británico se sumió en otro episodio de desmoralización autoimpuesta.

No obstante, como suele ocurrir, la vida siguió su curso. El aumento vertiginoso de los tipos hipotecarios, el desempleo, la aceleración de los ritmos de trabajo y un desvanecimiento generalizado de las expectativas hicieron que las tensiones sociales se intensificaran. El Partido Laborista, con su programa *tory* diluido y su nuevo líder conservador, no ofrecía vías de escape para la ira popular —y, de existir estas, eran escasas y dispersas, y en su mayoría negativas—. Los «clientes» se quejaban en la parada de autobús y en la estación de tren; el Scotland United convenció a miles de personas para que ondearan la cruz de San Andrés y culparan a los ingleses, amén de proporcionar a los ministros de la Iglesia las congregaciones más numerosas de la historia. En los comedores de las fábricas se calculaban las indemnizaciones por despido con cierta amargura. Y cada fin de semana había aparecían denuncias sobre jóvenes marginados que se dedicaban a dar vueltas en coches robados, destrozar propiedades y encararse con la policía local tras una noche de juerga.

Seis meses después todo había cambiado. Pero no por unas elecciones ni por un cambio en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Laborista, sino por el antagonismo dinámico entre gobernantes y gobernados, también conocido como lucha de clases. Los escándalos del Gobierno y de la Casa Real, el MTC, Maastricht y la adoración ciega del *laissez-faire*, todo ello en medio de una obstinada recesión, provocaron

divisiones en la clase dominante que, por fin, dieron a las masas una vía positiva para canalizar su ira. Los primeros en abrir la brecha fueron los mineros. La propuesta despiadada y antisocial de cerrar 31 de las minas del país y despedir a 30.000 mineros indignó al NUM y a una amplia sección de la «opinión pública», incluidos bastiones del grupo de poder *tory*. Allí donde otros se resignaban a su destino, los mineros dijeron: ¡no!

Durante la semana del 18 al 25 de octubre de 1992 Londres vio cómo 40.000 y luego 200.000 personas —según cifras de la policía— salían a las calles para mostrar su apoyo. A esto le siguieron innumerables manifestaciones regionales. Por todo el país surgieron grupos de apoyo a los mineros y se formó una red nacional para ofrecer una perspectiva política más amplia. Mientras relanzábamos el *Daily Worker* y poníamos a nuestra organización en pie de guerra, los gurús de los medios de comunicación comenzaron a expresar abiertamente su preocupación por un invierno o primavera de descontento. Lo que temían no era tanto una repetición de la Gran Huelga de los mineros de 1984-5, sino un enorme levantamiento general del tipo que echó por tierra el miserable contrato social de recortes salariales de Callaghan en 1978-9.

Había buenas razones para creer que podría suceder esto y mucho más. Al fin y al cabo, lo que motivó a los cientos de miles de personas que se unieron a la causa de los mineros no fue la compasión condescendiente de la clase media, sino la solidaridad de la clase trabajadora, arraigada en los propios intereses de esta. Los sectores obreros del automóvil, la administración local, la ingeniería, los servicios postales, la siderurgia, la construcción naval, la radiodifusión, los hospitales, el metro de Londres, los ferrocarriles y muchos otros se enfrentaban a despidos despiadados, recortes salariales reales y un deterioro de las condiciones laborales. Incluso sin

coordinación, estaba claro que existía el potencial para una explosión social. Con coordinación existía el potencial para recuperar todo el terreno perdido frente al gobierno *tory* tras una década de derrotas y cambiar el equilibrio de fuerzas de clase en Gran Bretaña, alejándolo de los patronos y decantándolo de forma decisiva a favor de la clase trabajadora.

No es de extrañar, pues, que en noviembre de 1992 el principal tema de controversia, reflexión, debate y planificación entre los trabajadores con conciencia de clase fuera la posibilidad de una huelga general. Es cierto que algunas organizaciones, sobre todo el SWP, lanzaron la consigna de la huelga general con el único fin de situarse a la izquierda del movimiento de masas que se estaba gestando; una postura sectaria destinada a captar adeptos y a superar en retórica a quienes consideraban sus oponentes de izquierda.¹

1. La postura del SWP fue característicamente sectaria; es decir, estaba diseñada para promover sus estrechos intereses y no los de la clase en su conjunto. Cabe señalar que, para evitar cualquier peligro embarazoso de que el SWP y sus miembros fueran puestos a prueba seriamente y se vieran obligados a ponerse al servicio de la clase, el llamamiento a la huelga general se dirigió exclusivamente al Consejo General del TUC, un órgano compuesto por traidores declarados, colaboradores de clase y cobardes sin carácter.

El SWP no tenía intención alguna de plantear la necesidad de crear consejos de acción, formar cuerpos de defensa de los trabajadores o subvertir el ejército, y mucho menos de luchar por un centro alternativo de liderazgo e iniciativa de la clase trabajadora que, dado un impulso favorable en la lucha de clases, pudiera rivalizar y luego sustituir no solo al TUC, sino también al gobierno.

Para todos aquellos miembros del SWP que podrían tachar este discurso de extremismo de izquierdas: eso era precisamente lo que nuestro Chris Harman defendía en la *Socialist Worker Review* de enero de 1985: «una vez que se llega al punto en que la consigna de la huelga general es correcta, hay que estar preparado para complementarla con otras consignas que empiecen a abordar la cuestión del poder: rei-

Con todo, no cabe duda de que la idea de una huelga general pertenecía a la clase en su conjunto, para la cual era un momento propicio. El estado de ánimo de las bases gozaba de impulso propio y rápidamente encontró eco en las altas esferas. Arthur Scargill abogó en el TUC de Doncaster por un «día de acción» (una «abstención» de 24 horas «ingeniosamente formulada» para eludir las leyes antisindicales de los conservadores). Derek Fullick, de Aslef, fue más allá y afirmó que era necesaria una serie de huelgas generales de un día. Y

vindicaciones sobre cómo se organiza la huelga —comités de huelga, consejos obreros—, sobre cómo se defiende la huelga —piquetes móviles, piquetes masivos, guardias de defensa obrera— y sobre cómo pasa a la ofensiva contra el Estado —organización dentro del ejército y la policía—».

Ni que decir tiene que, en la Gran Huelga de 1984-5, el SWP se *opuso* a la convocatoria de una huelga general, a pesar de que era tanto posible como necesaria. Harman intentaba escandalizar a sus bases con las implicaciones de una consigna de huelga general, no equiparlas programáticamente. Los *tories* fueron mejores servidores de *su* clase. Ellos también hicieron todo lo posible para impedir que otros trabajadores se unieran a los mineros, para comprar al ayuntamiento de Liverpool liderado por Militant y para apaciguar una huelga ferroviaria y dos huelgas portuarias nacionales.

A su manera, el SWP se sumó a ellos, haciendo todo lo posible por desacreditar la reivindicación de una huelga general. Si la idea de dar *realmente* un paso hacia la revolución no bastaba para apaciguar a sus seguidores, siempre quedaba la burocracia sindical. Al parecer, una huelga general era imposible entonces debido a «la forma en que la dirección del Partido Laborista y el consejo general del TUC han saboteado el movimiento de solidaridad con los mineros» (Chris Harman, *Socialist Worker Review*, enero de 1985). ¿Eso significa que el SWP carece de una teoría coherente? ¿O más bien que el TUC y el Partido Laborista han experimentado una conversión repentina a la política revolucionaria en el camino hacia la *Mansion House* de Doncaster? Lo dejamos al juicio de quien esté leyendo estas líneas.

en cuanto a los líderes sindicales, Neil Greatrex, sustituto de Roy Lynk como presidente de la UDM, fue el que más se destacó al pedir sin rodeos una huelga general contra el cierre de las minas.

Mi intención aquí no es demostrar que la derrota del Partido Laborista *no* dio lugar a un abatimiento desalentador entre la clase obrera. Eso es algo que la vida ya ha respondido y que, en el mejor de los casos, solo modificará el estribillo del «mal menor» que utilizan los oportunistas para justificar su apego congénito al laborismo. Tampoco quiero abordar *directamente* las perspectivas y los problemas de la política de la clase trabajadora en este momento (estas líneas se escriben en la primera semana de diciembre de 1992). No, voy a utilizar lo que sabemos y entendemos sobre la relación correcta entre las elecciones parlamentarias y las tácticas revolucionarias para mostrar cómo podemos evitar que una posible revolución en Gran Bretaña se subestime o se precipite hacia un desastre total.

Para ello, voy a realizar un ejercicio que consiste en extrapolar libremente a partir del presente con el fin de imaginar por nosotros mismos un posible futuro revolucionario cercano. Naturalmente, esto no tiene nada que ver con la astrología, la clarividencia o las previsiones económicas del gobierno. No estamos haciendo una predicción, sino simplemente imaginando una «ficción política» para arrojar luz sobre el presente desde un ángulo poco convencional, pero útil. Es cierto que el futuro por el que luchamos es inevitable: un futuro comunista caracterizado por la libertad generalizada. Pero eso no significa que pensemos que esté predeterminado, solo que es progresivo en términos de desarrollo social. Nuestra estrategia combina esto con un análisis concreto de la situación concreta. Por lo tanto, no pretendemos saber a qué ritmo, ni mucho menos exactamente cómo se desarrollará la «historia futura». Es imposible decir si 1993, 1994 o 1995 traerán consigo un enfrentamiento de clases,

un compromiso o una confrontación decisiva. No obstante, hay que decir que nuestro futuro posible no solo es una posibilidad en términos generales, en el sentido de que tarde o temprano Gran Bretaña se enfrentará a una situación revolucionaria, sino que se deriva de las luchas inmediatas de la clase trabajadora, que presagian grandes cambios.

Para sentar las bases de nuestro futuro imaginado, analizaremos críticamente las consecuencias que, según *Militant*, podría tener su llamamiento a una huelga general de 24 horas. Tras haberlo criticado, volveremos a utilizar sus argumentos, esta vez como materia prima fundamental para construir dicho futuro. La mejor manera de hacerlo es «interrogando» el artículo «¿Por qué una huelga general de 24 horas?», publicado en *Militant* por su editor, Peter Taaffe.² Dado que se trata del grupo de izquierda más importante de Gran Bretaña en este momento, esto goza de un atractivo polémico innegable, junto a una ventaja particular: el artículo de Taaffe no solo es fuente de autoridad, sino que marca un giro significativo hacia la izquierda.

Anteriormente, *Militant* había defendido su propia versión de la vía parlamentaria hacia el socialismo, consagrada en el folleto programático reeditado periódicamente *Militant: What we stand for* [*Por qué luchamos*], escrito por el propio Taaffe.³ En «¿Por qué una huelga general de 24 horas?» no se condiciona el socialismo a una mayoría parlamentaria socialista. De hecho, ni siquiera se menciona el Parlamento. En cambio, lo que Taaffe sostiene es que una huelga general de 24 horas convocada por el TUC *podría*, «de igual manera que el apetito crece al comer», sentar las bases para el doble poder y, finalmente, el socialismo, mediante la transformación de los órganos de lucha de la clase trabajadora en órganos de su poder estatal.

2. *Militant*, 30 de octubre de 1992.

3. Para una crítica más extensa, véase el capítulo 4 de *Which Road?*

Antes de continuar, hay que señalar que el método de Taaffe y Militant es muy esquemático. En el *Daily Worker* defendimos que la retirada impuesta al gobierno por los mineros debía utilizarse para *preparar* una huelga general que uniera las luchas sectoriales, fusionándolas todas en torno a la lucha por la supresión de las leyes antisindicales *tories*.⁴ Por el contrario, Militant se aferró obstinadamente a su llamamiento de ir paso a paso hacia una huelga general de 24 horas. Taaffe admite que era poco probable que tal huelga por sí sola detuviera al gobierno en seco u obligara a dar marcha atrás en su programa de cierre de minas. También reconoce el peligro de que el TUC «sancionara» una huelga general de 24 horas solo «como un medio para que la clase trabajadora se desahogara».⁵

Así pues, Taaffe necesita una hábil maniobra centrista para justificar la afirmación de que «el mejor eslogan para preparar a la clase obrera para futuras luchas es una huelga general de 24 horas». Es evidente que una huelga así solo podría ser una acción de protesta. Lo que comienza a medianoche y dice que terminará a medianoche del día siguiente carece de cualquier dinámica interna. Pero Taaffe no quiere saber nada de eso. Sin dejarse intimidar por sus propias advertencias, elude los hechos. Sería un «terremoto político» tras el cual las cosas nunca volverían a ser «las mismas».⁶ Más aún, promete a sus seguidores que una huelga general de 24 horas exitosa sería «una potente advertencia» y «podría unir a la clase trabajadora en oposición no solo al gobierno, sino al propio capitalismo».⁷ Una afirmación contundente para lo que es básicamente un día festivo sobrevenido. Pero sigamos con el baile: «Si el gobierno y la clase dominante no dan marcha atrás, se sentarían las bases para una acción más

4. *Daily Worker*, 23 de octubre de 1992.

5. *Militant*, 30 de octubre de 1992.

6. *Ibid.*

7. *Ibid.*

decisiva». Lo que consistiría, al parecer, primero en una *serie* de huelgas generales de 24 horas y, después, en «una huelga general total» que «plantee la cuestión de la toma del poder por parte de la clase trabajadora». ⁸

Como se puede ver, Taaffe considera que un movimiento vivo de la clase obrera —que llega incluso a «tomar el poder»— es una serie de castigos que infligiremos al Gobierno si este se niega a ceder. Esto es una técnica de tortura, no política de clase. Este enfoque impregna toda la política de Militant, que antepone lo que parece práctico a lo que es necesario.

De ahí que el argumento de Militant en contra de una huelga general se base en la afirmación de que «en esta etapa no contaría con el apoyo de la gran masa de la clase obrera». ⁹ Lo cual puede que sea cierto. Pero entonces, convendremos, es casi seguro que una huelga general de 24 horas «en esta etapa» tampoco contaría con el apoyo de la gran masa de la clase trabajadora. El método de Militant, si fuera coherente, debería moderarse aún más, hasta el punto en que sus consignas conecten con la gran masa. Eso lo llevaría a la aceptabilidad burguesa y al absurdo: ¿una huelga de una hora? ¿Una huelga de un minuto? Teniendo en cuenta la práctica de Militant, nos vemos obligados a preguntarnos: ¿cuándo se negó la gran mayoría de la clase obrera a pagar el impuesto de capitación? Sin embargo, el lema de Militant era: «¡No paguéis!». ¿Cuándo mostró la gran masa su disposición a votar por candidatos parlamentarios laboristas no oficiales? En las elecciones de abril de 1992 los tres partidarios de Militant, incluidos dos diputados en funciones, perdieron. ¿Apoya la gran masa de la clase trabajadora el socialismo? Por desgracia, no. Eso nunca ha impedido que Militant defienda el socialismo, aunque normalmente de tipo reformista.

8. *Ibid.*

9. *Ibid.*

Los verdaderos marxistas basan sus consignas en lo concreto, aunque con ello no queremos decir que nos resignemos. Al contrario, luchamos por lo que debe ser. Eso implica vincular activamente el presente con el futuro, el ahora con lo necesario. Por supuesto, «indagamos», a través de la agitación, qué piensa «en esta etapa» la «gran masa de la clase trabajadora». Lo hacemos, empero, no para aceptar dócilmente el veredicto popular, sino para desarrollar un diálogo sólido, estimulante y dinámico que, dadas las condiciones adecuadas, pueda convertirse en un movimiento de masas, con el fin de convertir lo necesario en una fuerza material.

Es evidente que los revolucionarios son el agente mediador fundamental. Con una teoría correcta pueden organizar a quienes tienen una conciencia avanzada en un partido de vanguardia, un partido comprometido con ganar a las grandes masas para el comunismo. Sin ella se pliegan a la conciencia de las grandes masas, que hoy en día están compuestas de manera abrumadora por trabajadores con una conciencia de clase poco desarrollada o estándar. Con una teoría correcta pueden decir con honestidad lo que se necesita para satisfacer las necesidades de las grandes masas. Sin ella imponen etapas a la lucha de clases de las grandes masas cuando tales etapas no existen. Al fin y al cabo, no hay ninguna ley que diga que antes de una huelga general deba haber otra de 24 horas, ni siquiera una serie de huelgas generales de 24 horas. Si —y Taaffe más o menos lo admite— tal huelga no fuera suficiente para alcanzar ni siquiera los objetivos más mínimos, entonces, por definición, es una consigna incorrecta en nuestras condiciones. Es más bien lo opuesto: la coyuntura de fuerzas y acontecimientos en los últimos meses de 1992 no pedía una huelga general inmediata, ni tampoco una de 24 horas. A lo que apuntaba es a la preparación de lo que se necesitaba para derrotar al gobierno: una huelga general con o sin el TUC.

Tanto Militant como nosotros, los comunistas, considerábamos posible una huelga general. Y aunque Taaffe exagera enormemente el impacto de su huelga de 24 horas, no puede negar la auténtica lógica interna de una huelga general indefinida. La «esencia misma» de una huelga general, dice, «plantea la cuestión de que la clase obrera tome el poder, establezca su propio gobierno y Estado obrero democrático y organice una economía socialista planificada».¹⁰

Así es. Una huelga general indefinida es diametralmente opuesta a una maniobra al estilo del Gran Duque de York, en la que el TUC nos lleva tranquilamente desde el Embankment hasta Hyde Park. Los ministros del Gobierno no podrían ignorarla. Tampoco la bolsa ni los operadores de divisas podrían ver los acontecimientos con ecuanimidad. Una huelga general de 24 horas declara desde el principio su intención de rendirse; que el día siguiente será igual que el anterior. Una huelga general indefinida haría que, desde el primer día, las acciones y los valores se desplomaran, la libra se hundiera y el Gobierno entrara en pánico ante la disyuntiva de transigir o arriesgarlo todo con una represión severa. Por su propia naturaleza, el TUC haría todo lo que estuviera en su mano para mantener las cosas dentro de los cauces bien establecidos de la política de protesta y llegar a un pacto rápido. Sin embargo, una huelga general desataría un torrente de actividad autónoma desde abajo que enseñaría en un solo día lo que no se aprende en diez años normales. A cada momento se incrementa la probabilidad de que una huelga general estalle, tome un rumbo independiente y engulla a toda la sociedad burguesa. Imaginemos, pues, cómo su ímpetu podría alcanzar nuestro doble poder y el de Taaffe y plantear la «cuestión de la toma del poder por parte de la clase obrera».¹¹

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

Día uno. Al término de la moratoria acordada sobre el cierre de minas, Gillian Shephard, presidenta de la Junta de Comercio, anuncia ante una agitada Cámara de los Comunes que el Gobierno ya no puede mantener la subvención de Michael (ahora lord) Heseltine a la industria del carbón. La crisis económica y la supervivencia de Gran Bretaña exigen sacrificios de todos los sectores de la comunidad. O bien los mineros aceptan recortes salariales y la semana laboral de siete días, o bien aceptan despidos masivos. Obligado por la resolución del congreso extraordinario de Wembley sobre el cierre de minas y las leyes antisindicales del Gobierno, y con una ola de huelgas de un millón de trabajadores que ya afecta a la administración local, a las fábricas de automóviles de Honda y a BT, el secretario general del TUC, David Lea, anuncia a regañadientes «lo que tanto tiempo llevaba temiendo»: la huelga general. El arzobispo de Canterbury aparece en el programa de James Whale,¹² tacha al Gobierno de anticristiano y aboga por la tolerancia.

Día dos. A pesar de las instrucciones del TUC y de su dirección oficial, los trabajadores ferroviarios y del metro de Londres se suman a la huelga. En muchas ciudades y pueblos los hospitales pasan a estar bajo control obrero y el total de huelguistas asciende a cuatro millones. Por todo el país los grupos de apoyo a los mineros constituyen el núcleo de los consejos de acción que, formados por delegados revocables de las secciones sindicales, comités de delegados sindicales, CLP, partidos y grupos de izquierda, y una amplia variedad de otras organizaciones de trabajadores, eligen un Consejo Nacional de Acción en una conferencia celebrada en Leeds. A nivel local comienzan a ejercer cierto poder: en Glasgow, Newcastle, Liverpool, Birmingham, Cardiff, Swansea,

12. NdE: personalidad de la radio británica de los 80-90. Hoy la fantasía tendría que evocarse con un programa de similares dimensiones controversiales, como puede ser el podcast de Joe Rogan, principalmente porque James Whale murió el año pasado.

Doncaster, Sheffield, Gravesend y muchas otras localidades, los consejos de acción dictan órdenes sobre qué servicios esenciales continuarán, qué se transporta y qué se produce. La policía ataca los piquetes matando a dos en Glasgow.

Día tres. Tras una oleada de repulsa por las muertes, más trabajadores se suman espontáneamente a la huelga. El tipo de cambio de la libra se equipara al del dólar. Un grupo armado de patriotas liderado por el teniente coronel Mad Max Mitchell destroza el edificio del Parlamento en Londres. Se generalizan los saqueos en los supermercados. Cien mil personas se manifiestan en la George Square de Glasgow; se producen enfrentamientos entre la policía y los trabajadores.

Día cuatro. Las imprentas de Wapping se niegan a publicar el titular de *The Sun* que pone en evidencia al TUC. El periódico sale a la venta, pero con la portada en blanco. Para proteger los piquetes, la disciplina y las imprentas y emisoras de radio locales obreras, muchos comités de acción crean cuerpos de defensa. El County Hall es tomado por anarquistas, que lo rebautizan como *Freedom Hall* [Sala de la libertad] e izan la bandera negra. Las ocupaciones estudiantiles se extienden por las universidades de todo el país. John Smith hace un llamamiento a la calma. Ken Livingstone pide elecciones generales.

Día cinco. Jacques Delors advierte de que la CE no puede permanecer indiferente ante una Gran Bretaña sumida en el caos. La libra cotiza a 0,87 dólares. Los trabajadores toman el control de Wapping, expulsan por la fuerza a los guardias de seguridad y a Gary Bushell, director de *The Sun*, lo bañan en tinta y lo pasean por la planta en una carretilla hasta dejarlo encerrado en el armario de las escobas. Tariq Ali sale elegido editor jefe en una asamblea general y la mesa de dirección de ITV queda fuera de juego. Lo más destacado del primer

día de emisión gratuita es la película clásica *Espartaco*. Una bomba mata a 20 personas en el Bull Ring de Birmingham y la policía culpa a los «fanáticos revolucionarios».

Día seis. Los sintecho ocupan el Hilton de Londres. Se interrumpen las emisiones de ITV. John Major envía al ejército para mantener el orden, gestionar el sistema de transporte y proteger las instalaciones clave. Los trabajadores del sector eléctrico amenazan con sumarse a la huelga a menos que se el ejército se retire. El Consejo Nacional de Acción hace un llamamiento a las tropas para que «no disparen».

Día siete. El Gobierno ofrece negociaciones al TUC. En Dublín el IRA afirma que tres soldados británicos se han unido a sus filas. Tariq Ali es destituido como editor de *The Sun*, al quien sustituye Paul Foot.¹³ En Berlín, Estambul, Roma, París, Madrid y Lisboa se organizan manifestaciones «en solidaridad con la revolución británica».

Día ocho. Comienzan las negociaciones entre el Gobierno y el TUC. El Consejo Nacional de Acción afirma que el TUC ha perdido toda legitimidad. Una multitudinaria manifestación en Londres exige el fin de las negociaciones y la dimisión del Gobierno. Rumores de malestar entre las tropas. Se ve a mucha gente luciendo claveles rojos en los cortes de carretera.

Día nueve. Fracasan las negociaciones entre el Gobierno y el TUC. Alegando problemas cardíacos, John Smith dimite como líder laborista. Su sustituto, Ken Livingstone, afirma que los *tories* han llevado a Gran Bretaña al borde del

13. NdE: por dar un poco de contexto del cuadro que está pintando Conrad, Tariq Ali es un historiador y cineasta pakistaní-británico, colaborador frecuente de *New Left Review* y *Sin Permiso* y asociado al Partido Laborista, mientras que Paul Foot era un periodista, sobre todo enfocado en casos de corrupción, y editor del *Socialist Worker*, periódico del SWP.

colapso. Los jefes del ejército en Irlanda del Norte lanzan un ultimátum: o actúa John Major o lo harán ellos. El príncipe Carlos proclama en las cadenas de Sky TV su patrocinio de un Movimiento de Salvación Nacional, cuyo consejo supremo está formado por Jonathan Porritt, el teniente coronel Max Mitchell, Bryan Gould y Patrick Harrington.

Día diez. A pesar de estar encabezada por Ken Livingstone, quien lidera la manifestación de 700.000 personas en Londres es la izquierda revolucionaria. Se difunde ampliamente el lema comunista «todo el poder para los consejos de acción». Representantes enmascarados de los comités de soldados leen mensajes de apoyo. Aunque se rumorea que padece demencia senil y se le ha diagnosticado estado vegetativo, Isabel Windsor disuelve el Parlamento, hace un llamamiento a la reconciliación de clases y fija la fecha para nuevas elecciones.

Nuestros diez días son pura ficción. No obstante, confío en que den una idea de cómo podría desarrollarse una huelga general, tan rápidamente que, en tan solo diez días, pondría sobre la mesa la cuestión del poder. Militant y otras organizaciones de izquierda se verían también interpeladas. ¿Qué harían? ¿Celebrarían la victoria por la caída del gobierno y la consecución de las elecciones generales? ¿Apoyarían entonces al Partido Laborista de Ken Livingstone, viendo en él un paso hacia el socialismo, bajo la premisa de que la «gran masa» de la clase obrera aún no apoyaría ninguna otra alternativa, y que es o eso o el ejército?

Curiosamente, en el artículo de Taaffe «¿Por qué una huelga general de 24 horas?», del que ya he hablado bastante, en ninguna parte se menciona la *idea* de la insurrección. Se ignora por completo la necesidad de que los trabajadores se armen y el carácter inevitable de la violencia, algo que no carece precisamente de importancia cuando se escribe sobre la toma del poder por parte de los trabajadores. Esto es una contradicción,

pero no es un descuido. En el documento programático *Militant: What we stand for*, Taaffe desestima el «lamento» de que Militant «establecería una Gran Bretaña socialista mediante la violencia» como una «distorsión». ¹⁴ Según él, «son los capitalistas, y no la clase obrera ni los marxistas, quienes siempre han intentado mediante la violencia revocar los resultados de las elecciones que amenazan su posición». ¹⁵

El hecho es que el artículo de octubre de 1992 «¿Por qué una huelga general de 24 horas?» no trataba de descartar el cretinismo parlamentario del programa de 1990. Lo que ocurrió en 1992 fue un giro a la izquierda dentro del *marco* del centrismo; no nos cuesta en absoluto demostrarlo. Una semana, *una edición* después de que Taaffe se deshiciera en elogios sobre los consejos obreros como un «nuevo poder gubernamental potencial», el «mensaje a los *tories*» de su periódico era «¡elecciones generales ya!». ¹⁶ Pronto, su consigna «Por una huelga general de 24 horas» recibió la misma prominencia que la consigna «Forzar unas elecciones generales». ¹⁷

Sin duda alguna, *si* la huelga general que Militant dice desear realmente hubiera ocurrido y desarrollado hasta el punto de crear un doble poder, entonces cualquier organización de izquierda que convocara elecciones generales estaría cometiendo, en términos de política de la clase obrera, un acto criminal. Al igual que en nuestro futuro imaginado, la clase dominante bien podría recurrir a unas elecciones generales en un esfuerzo desesperado por detener no solo una huelga general, sino una revolución. Contarían con que los sectores atomizados, atrasados y pasivos de la población superaran en número a aquellos que han alcanzado una conciencia y unas conclusiones revolucionarias.

14. PETER TAAFFE, *Militant: What we stand for*, 1990. p. 42.

15. *Ibid.*

16. *Militant*, 6 de noviembre de 1992.

17. *Militant*, 20 de noviembre de 1992.

Es muy posible que, en tales circunstancias, unas elecciones generales les dejaran con un Ken Livingstone como primer ministro; aunque no fuese su primera opción, la necesidad manda. Si no estuviera ahí, habría que inventarlo. Solo alguien con fama de «izquierda dura» podría salvar *democráticamente* el sistema. Un gobierno laborista de extrema izquierda confundiría a las fuerzas de la clase trabajadora y daría tiempo a la burguesía para reagruparse y prepararse. Es cierto que tendrían que permitir reformas sociales radicales y todo tipo de concesiones costosas. Sin embargo, una vez que las masas hubieran sido desactivadas y su ardor revolucionario se hubiera enfriado, llegaría el momento adecuado para que la crisis social se resolviera de forma negativa, lo que significa una cosa: fascismo.

No un auge del BNP, cuyos miembros lumpen siguen ocasionalmente las manifestaciones de izquierda portando la bandera británica y gritando *sieg heil*, ni tampoco una recreación del nazismo alemán ni de los fascistas italianos. Solo puede haber un *fascismo Britannica*: envuelto en las tradiciones y los adornos de Gran Bretaña, su mítico rey Arturo, su momento de gloria en la Segunda Guerra Mundial, quizá su realeza y su Iglesia, tal anticuerpo capitalista llevaría a cabo un terror sangriento. Escuadrones de la muerte, campos de concentración, tortura y la imposición de un régimen totalitario superarían momentáneamente las divisiones de arriba y aplastarían a la oposición de abajo. Ese es el precio que pagaríamos por *no hacer la revolución*.

Así pues, una situación revolucionaria no es una elección entre un John Major y un Ken Livingstone. Es una elección entre la revolución y la contrarrevolución, entre el Estado obrero y el Estado fascista, entre la vida y la muerte. Por eso, si la burguesía convocara elecciones en plena situación revolucionaria —elecciones contrarrevolucionarias en condiciones de doble poder—, nosotros, las comunistas, casi con

toda seguridad llamaríamos al boicot. Nuestros esfuerzos se dirigirían a la insurrección armada, y nuestra consigna sería «¡todo el poder para los consejos de acción!».

Aquellas fuerzas de izquierda que depositaran su confianza en un Partido Laborista de Livingstone y, posteriormente, en un gobierno de Livingstone —quizás con la esperanza de conseguir puestos en el gabinete— verían cómo el equilibrio político en un Consejo Nacional de Acción plenamente democrático y susceptible de destitución comenzaría a escaparles para pasar a nuestras manos y a las de otras fuerzas revolucionarias coherentes. Si las condiciones fueran verdaderamente revolucionarias, una enérgica campaña de boicot privaría al Parlamento, independientemente de la orientación política de su partido mayoritario, de toda autoridad. Las leyes, los llamamientos y los gestos del gobierno se esfumarían y resultarían inmediatamente ineficaces. La revolución, y el día en que podamos enviar una guardia proletaria a la Cámara de los Comunes para anunciar su abolición, no sería entonces más que una cuestión de tiempo.

Nos dedicamos en cuerpo y alma a hacer realidad la revolución, lo que incluye esforzarnos también durante las elecciones burguesas «normales».



Índice

PREFACIO	3
INTRODUCCIÓN	5
1. EL PARLAMENTO	7
2. TRABAJAR EN TERRITORIO ENEMIGO	25
3. BOLCHEVIQUES Y MENCHEVIQUES	33
4. LA TERCERA INTERNACIONAL	55
5. LA EXCEPCIONALIDAD BRITÁNICA	63
6. LA LÓGICA DEL OPORTUNISMO	73
7. LA NATURALEZA DE LA REVOLUCIÓN EN GRAN BRETAÑA	79
8. LAS ELECCIONES DEL 92	87
9. A MODO DE CONCLUSIÓN	115



